ALFAGUARA

Juan Cruz Ruiz

Mil doscientos pasos

Narrativa Hispánica

ALFAGUARA

Juan Cruz Ruiz

Mil doscientos pasos

Narrativa Hispánica

Juan Cruz Ruiz

Mil doscientos pasos

ALFAGUARA

A don Domingo Pérez Minik, mi maestro

A los chicos de mi barrio, ninguno de los cuales sale en esta novela. A Rafa Cobiella

A Juan Marsé, por el libro roto

A veces me escribe la infancia una tarjeta postal: ¿Te acuerdas?
MICHAEL KRÜGER*, Discurso del filósofo*

¿Y todo el camino continúa cuesta arriba?
Sí, hasta el mismo final.
CHRISTINA ROSSETTI, citada por Francis Scott Fitzgerald en una carta a su hija Scottie

Muchacho tú, ¿recuerdas cuando el sol generoso otorgaba su gracia, su soldada a los hombres, y en tus manos ponía todo el fuego del mundo?
¿Recuerdas tú que el agua era una fruta abierta y en cualquier estación aplacaba tu sed?
¿Qué hiciste entonces para merecer tal don?
[…] Ya tu patria es el tiempo.
LUIS FERIA

1

Pasaron el tiempo y una multitud de cosas, tantas que ahora forman un torbellino que llega hasta este lugar de la calle. No hay nadie, no se oyen ni los grillos, estoy aquí solo, la sombra del cuerpo se ha ido alargando, a la vez que vuelven a mí mechas sueltas de aquellos tiempos, nítidas como postales. Ahí está el garaje, al que llamábamos salón; las risas secretas; las ojeras hinchadas de las mañanas, «eso es la adolescencia, por eso no te mueres, anda, que tienes que ir a la escuela». Pesaban los cuadernos y los libros, pesaban las manos, los dedos, la cabeza y las lonas, pesaba el miedo y también la mirada del maestro, los ojos de los compañeros parecían decirme algo que yo no quería escuchar. «No pasa nada, cosas de chicos, mándalos al carajo, pero amigos te tienes que hacer».

Poco a poco me convertí en uno más del barrio y ya nunca más nadie dijo nada de mis ojeras, aunque yo las seguí viendo en el espejo, hasta ahora, un millón de años después, las manos frías en los bolsillos, solo ante el recuerdo, que retumba en mis oídos con el estallido de un disparo. Los muchachos encaramados a las palmeras, las tardes de la foguetería, el campo de fútbol, las pelotas de trapo, el abuelo domando burros, los burros saltando.

Un día un chico me aplastó la cabeza contra el muro blanco coronado de cristales rotos. Sangré, el barrio entero gritó un «ay», los que estaban allí y los que lo habían oído todo. Ahora estoy frente a ese mismo muro, que es grande, de piedra, lo llamábamos «el Muro». Desde aquí miro el tiempo que pasó, hora a hora, como si tuviera en mis manos una calcomanía de imágenes sueltas de las que también se desprenden gritos. Miro este paisaje y veo un álbum de fotografías de futbolistas tristes, uno se llama Herrerita, yo mismo le puse una orla negra cuando murió.

Estoy de pie ante el muro blanco, apoyado donde siempre nos apoyábamos los chicos para ver pasar los coches o a las mujeres gritando que llevaban pescado salado, hasta que anochecía y los grillos nos mandaban a casa. La mayor parte de nosotros no tenía lonas ni zapatos, pero en la tierra no había aún astillas, el suelo era dócil como la ropa que servía para limpiarnos el culo. Yo pisaba siempre sobre el esparto de las lonas, con andares de señorito.

Cuando no lo miro todo es pasado, pero de pronto abro los ojos y

esa pared me devuelve a la infancia. Hay sangre, gritos. «No muevas la cara, que te sangra».

La sangre es inolvidable; por eso me he parado aquí, por si la memoria es capaz de detener su chorro azulado, el horror de sentir que cae sobre ti la mano cerrada, un alarido y la sien repitiendo su sonido de ruina, el recuerdo devolviendo hasta el último gramo de ese líquido caliente y viscoso. «No mires, no mires, es solo sangre». Ahí sigue la huella, en mi memoria y sobre el muro, igual de sucio que entonces. Solo mi mente en retrospectiva es capaz, sesenta años después, de situar el lugar exacto en el que Crispín quiso matarme. Hay una señal, pero será de otra cosa. Una lagartija holgazana sube de pronto por la porción de piedra en la que fijo la vista. Es como un dedo pardo señalándome el lugar exacto de aquel momento, que evoco ahora sin rencor.

Al otro lado del barranco hay muchachos que vuelven de la escuela, es fácil distinguir entre este bullicio y aquel griterío. El barrio está enjalbegado, pero ahí sigue la lagartija, trayendo hasta mí el eco del día en que creí que iba a morir a manos de Crispín. Mi madre le dio un tortazo, eso me dijo luego, pero yo no lo vi, y si vi algo, no quise mirar. Hasta hoy, hasta ahora mismo. Me he pasado la vida olvidándome.

«El tiempo vuela, nos vamos poniendo viejos», cantaba un hombre a la guitarra en la taberna. Los demás parroquianos reían; yo pasaba por allí y en su cara hallaba celajes, escuchaba sonidos, un ruido del que me iba alejando para que no me vieran entrar en lo más hondo del sótano. Veo mi rostro de muchacho lleno de miedo, un rostro vergonzante. «Las ojeras se te quitan llorando», decía mi madre.

Solía bajar al sótano de los ratones pues allí, en la oscuridad, había descubierto un fulgor al que regresaba una y otra vez, como si el placer se alojara en ese lugar preciso de la casa y me estuviera esperando. La negritud, el tacto de mi propia mano, las barricas frías, la madera que amortigua los sonidos del placer. El pecado era anónimo, ¿quién iba a saberlo? Luego salía silbando de allí, porque sabía que nadie iba a enterarse.

En la esquina de arriba fue donde me agarró Crispín. «¿De dónde vienes, pollaboba?», dijo por saludo. Después lo fue repitiendo hasta que llegamos al Muro, mientras trataba de golpearme el hombro y yo lo esquivaba como podía. «¡Cobarde, di algo!, ¿de dónde coño vienes?, ¿qué pasa que no dices ni mu, cobarde de mierda?», pero yo estaba aturdido, como quien quiere huir de todo, de él, hasta del sonido de la calle, que era sordo como una tumba. «Este chico es un ruin», me iba diciendo a mí mismo, hasta que de pronto escuché el estampido, un

sonido tan fuerte que no parecía provenir de mi cabeza. Todo empezó a darme vueltas, pero aun así recuerdo los estertores del final de una riña a la que ya no podía oponer nada. Lo último que escuché fue a Crispín, que gritaba «¡me matas, cabrón, déjame darle!». Nadie me contaría más tarde quién vino a sujetarlo para que no me matara.

Ahora parece que todos aquellos años fueron un día solo en el que persiste la mirada de chico asustado que asiste a tremenda paliza como si él no fuera la víctima de la somanta de tortazos. «¡Te lo tienes merecido!», gritaba Crispín. La reverberación de esas palabras, sus convulsiones, la baba blanca cayéndole de las comisuras de la boca. La gente comenzó a arrojarle agua y él amortiguó los alaridos; su cara se fue convirtiendo poco a poco en la de un niño manso. «¡Despierta, no ha sido nada!». Ni supe a quién se lo decía. Una mujer, la barbera del barrio, se asomó sobre el hombro del panadero de camisilla gris y dijo: «Le dio un tontín, eso no es nada». Después alguien se acercó a mí, «pero este está sangrando, esto es una locura, que alguien traiga mil toallas». Nadie pidió que viniera un médico, pero un hombre que iba siempre mirando al suelo se ofreció a traer un botiquín, y recuerdo que un muchacho que luego sería rehén de reformatorio le pidió explicaciones mientras escupía al suelo: «¿Y qué coño es eso, un botiquín, pollaboba?». Aún ahora ignoro cómo empezó la reyerta, lo cierto es que alguien lo separó de mí y le golpeó en la sien mientras me maltrataba. «¡Crispín, que lo matas!», llegué a escuchar. Pero pronto me dejaron de lado, como a un herido de guerra, medio inconsciente, cuando fue el propio Crispín quien se desplomó en el suelo como un siquitraque. El hombre del botiquín dijo: «Un mal, le dio un mal». A mí me tendió la mano alguien que pasaba por allí y me levantó del suelo dándome pequeñas cachetadas, «pa que despiertes». Nunca supe quién había sido mi salvador, solo recuerdo una figura que se fue cojeando hacia la parte en que el barranco eran chozas, y tampoco si eso, como tantas cosas derivadas de la debilidad extrema, era el sueño oscurecido en el que viví entonces. Después sería mi madre la que me dio la mano. «Aquí no vuelves más».

El sol me entra por los ojos, no pasa el tiempo mientras hace sol, y aunque lo haga sigue enviándome su mensaje. Las excursiones al garaje, el pinocho, el descubrimiento anodino del placer en las huertas, hasta que ya eso dejó de ocurrir, por vergüenza «o porque ya no se puede hacer más, hay otras cosas», que fue lo que dijo Jero sentado con los pies al aire en el muro de la explanada. Luego lo llamó la madre: «Jero, vuelve, ¡no te ajuntes con cualquiera!». Jero también

sufrió su propio tontín, un día lo vieron encaramado en la palmera seca, lanzando berridos contra el mundo. El hombre que limpiaba minuciosamente aquel lugar, la escoba enorme por su lado y él recitando números, hasta que observó que el chico estaba a punto de tirarse al vacío y empezó a gritar números como un loco, se acercó a la palmera, miró fijamente al muchacho y le dijo, los ojos como platos, desafiante:

—O bajas o te barro.

Jero fue dejándose caer desde el ramillete de dátiles, y cuando llegó a una altura que ya no era peligrosa, el hombre siguió barriendo concentrado, como para que no quedara ni mácula en el terreno. Cuando Jero puso pie en tierra allí estaba su madre, que le agarró de la mano, y los hermanos sacándose mocos, y el padre distraído, «qué coño hizo el chico», y la mujer exclamando «qué coño hizo el chico, qué coño hizo el chico… ¡Tú no ves que el chico no está bien!». Después se lo llevaron en volandas, insultándolo como se insultaba entonces, pero él se zafó y corrió hasta la palmera de los orines, junto a la escuela. Allí me lo encontré. El maestro dijo: «Que no entre, que luego viene toda la familia y nos volvemos locos»; después cerró la puerta de la calle, y yo me quedé fuera. Cuando Jero me vio, vino hacia mí como si los dos fuéramos héroes de cuento. Eso no se hacía entonces, pero al acercarse a mi lado no dijo nada, sino que me dio un beso. Luego nos hicimos amigos; éramos inseparables.

Jugábamos a ser mayores y atrevidos, y a veces íbamos al mar a escondidas de los adultos. Siempre había algún chico que se hacía el valiente y se sacaba la pinga y se la acariciaba para burlarse de los demás, y a mí todo eso me causaba una enorme vergüenza. Una de esas veces Crispín me vio ladeado, como huyendo, y me gritó al propio oído, «¡cariante!», que era un insulto del barrio dicho para avergonzar a los muchachos que no seguían la vereda de la golfería. Yo volví la cara y eché a caminar como si llevara grillos en las manos, derecho de vuelta a mi casa. Por entonces aún no sabía que las palabras cargan siempre violencia, pero cuando notaba que había en ellas intención de dañar, que eran como arañazos, regresaba a mi casa, como si me estuviera esperando mi madre. Cuando ella me veía así, entrando de lado al cuarto que había junto al retrete, donde se guardaban algunos aperos de la huerta y una pelota de las de antes, iba hasta mí y me decía, sin gritar, solo para que supiera que ya estaba bien de hacerme de menos: «No te acobardes».

Yo conocía ya todas las maneras del miedo, y aunque me estimulaba

a no sentirlo, no sabía ponerle nombre, no tenía las palabras con las que ahora lo afronto, así que me atormentaba igual, el cabrón del miedo podía aparecer en cualquier momento, asomarse por cualquier esquina, mirándome desde el cielo raso. Niebla en los huesos, la calle de tierra, el chillido de los grillos, hierro volando eran esas alas negras. Cuando se oía un grito casi siempre era un insulto, «ven acá, cabrón, que me tienes harto», luego el silencio, interrumpido por el ventanal verde de las plataneras.

En la casa contaba sueños que eran mentira, y también contaba los dedos de mis manos, en solitario, como si aún fuera un niño cuyo juguete era su propio cuerpo.

En la escuela no hablaba nunca para que no me miraran, todo a mi alrededor me parecía una amenaza; los niños tenían la audacia de la que yo carecía, cuando decían cualquier cosa, era incapaz de nada que no fuese asentir callado, las manos dibujando naderías en el pizarrín sin colores. No veía la hora de que se acabara la clase y, cuando esta terminaba, don Domingo, como si se oliera algo, se acercaba a mí para preguntarme, mesándose la barba de chivo: «¿Todo bien o tienes algo que contarme?». Luego chasqueaba la lengua, como en las películas del Oeste, me guiñaba el ojo y se iba, con una mano en el bolsillo. Mi madre decía que era un hombre elegante, tan repeinado, «mira lo bien que le queda la barba al bandido». Si alguien me hubiera preguntado entonces sobre la vida en la escuela, solo habría movido los hombros sin responder nada.

Una tarde mi padre observó por un ventanillo de aire que la construcción del garaje iba a ceder, y así fue, se desplomó del todo, pero yo no estaba allí para verlo. Muchos años después, en mi larga ausencia, leí que las cosas no las rompe nadie, sino que simplemente se rompen, y no obstante, cuando vi a mi padre llorando mientras contaba el ruido de aquel techo al caer, que parecía de papel, sentí que tenía que ponerle una mano sobre el hombro y decirle «esto también se te olvidará». Sin embargo, no dije nada, porque en ese tiempo no tenía palabras o estas no servían para aliviar tragedias, y me quedé callado, sumido en un estupor que me ha seguido hasta hoy, cuando no se me ocurre qué decir ni en medio de los truenos. Desde entonces siempre que veo el ventanillo desde la calle me pregunto cómo pudo averiguar mi padre que una de esas vigas estaba contrahecha, si yo las veía perfectas, aguantando el armazón como las manos de un gigante. Adivinó una tragedia, como si alguien se lo hubiera escrito en el aire. Él se fijó bien y llamó a un hombre que entendía. Yo estaba a su lado, recuerdo que se golpeaba la frente, como si se la castigara, y que daba golpes secos sobre la tierra de la

calle con sus zapatos rehechos, y yo me olvidaba de sus conversaciones y de mi vergüenza y de sus bofetadas, e incluso de mis pecados sobre el lecho de pinocho. Sentía piedad de él, como si en ese mismo momento fueran a caer sobre su cabeza ya blanca el tiempo y la necesidad, y por tanto la vejez y, acaso, la muerte.

Poco después se vino abajo aquel techo que era su amparo, y se quedó solo, un hombre llorando. De lo que había abajo no se salvó nada, todo inservible, como el futuro, y él lloraba para que las lágrimas lo reconstruyeran. Ya no está para decirle lo que quizá hubiera sido el consuelo del hijo que se quedó sin palabras cuando se encontró ante la primera desgracia grande de la vida. Al lado de aquello, de aquel estruendo que él contaba como si lo conservara aún en los ojos y en los oídos y en la garganta de dentro que tienen los hombres para almacenar desgracias, el golpe que Crispín me había dado contra la pared sucia no era casi nada, una exageración de adolescente. Pero cómo dolió, y cómo lo recuerdo. Crispín fue a ver a mi madre una tarde de aquellas, con un morral donde no había nada, y le dijo: «Señora, me dio un tontín». Ella le respondió, sin énfasis: «Tontín sí que eres», y siguió recogiendo la basura de las vacas.

Mi padre. Lo había visto tan desolado cuando descubrió la grieta que me dieron ganas de abrazarlo, pero yo era muy chico como para expresar así los sentimientos. De modo que estuve callado mientras él hablaba con el que entendía. Señaló hacia el lugar preciso por donde podía vencerse aquel techo de tejas, y el maestro de obras le advirtió: «Un día, si no lo arreglas, aquí va a haber una desgracia». «Menos mal», le dijo mi padre, «ahí dentro no va ni Dios», así que no pasaría otra cosa que el desastre. Y pasó el desastre, un estruendo que alertó a todo el barrio, ahí está solo y llorando, «sin víctimas», dijo uno, igual que si lo dijera por la radio; había en la desgracia un resplandor como de pobres, todo el mundo simulando ayudar, mi padre dando patadas en el suelo como si haciendo ruido fuera a hacer desandar el tiempo y la desgracia. Allí se quedó mirando, intentando sostener así aquel derrumbe. «Ven acá», le dijo mi madre, y él deshizo aquella cara ausente y se dio la vuelta convocando el olvido. En la casa la mujer le dio un golpe cariñoso en el hombro, «en la vida todo se arregla menos la muerte», y él le respondió con una sonrisa que parecía la parte final de un sollozo. «Anda, ponte a comer». Yo lo veía todo como si llevara un espejo en la cara.

Cuando atardecía, mi padre solía venir de la sorriba; a otras horas venía de cuidar vacas ajenas, o huertas, y cuando estaba en la cantina

era porque le habían dicho que el barrio necesitaba de un sitio donde se descontaran las penas con vino. A veces cerraba la cantina cuando ya no había ni chochos en los envases vacíos, y el salón era un descuidero que parecía un fantasma al lado de la casa, y él pasaba a ver si la tronja seguía ahí, enhiesta como el refugio de un ahorcado. Le preocupaban también las ratas que iban y venían por las huellas olientes de las antiguas viandas pobres. Cuando acababa la escuela yo me iba a casa, a ayudar a mi madre con las mazorcas de millo y a lavarle los pies a mi padre. Mi madre llenaba una bañadera de agua caliente y yo cogía jabón y esparto. Mi padre con cualquier golpe veía las estrellas.

En ese tiempo, cuando al fin se produjo el estruendo, él veía aún caerse uno de sus castillos en el aire. Lo vi sufrir tanto que me pareció que ese era el fin del mundo del que hablaba el maestro, algo que caía de plano, como un techo roto o un castigo.

Yo había sentido un sudor frío al saber lo que había ocurrido, como lo siento ahora, recorriéndome lo que mi madre llamaba el espinazo. Juré no decirle a nadie qué íbamos a hacer allí por las tardes cuando no nos veían ni Dios ni el diablo, sino nosotros mismos desnudos como culebras. El techo nos habría caído encima; pobre Jero, pobre Crispín, me estremece aún pensar que aquella mole hubiera podido aplastarnos. Por entonces a mí me temblaron las piernas, pero los chicos no dijeron nada, no dijeron «estamos salvados», ni tampoco «por qué nos llevaste al peligro». Nadie mencionó nunca nada, y ahora que he vuelto, yo mismo siento que aquel apocalipsis fue un sueño, un mal sueño, y ya no tengo a nadie a quien preguntarle qué pasó ese día, por qué no fuimos, qué demonio de la vida nos avisó de que estábamos en peligro, de que aquella raya negra se iba a abrir e iba a arrojar piedra y muerte sobre nuestros pecados.

Lo que me sorprendió, en medio de la puta fiebre, fue la precisión de mi padre para advertir la identidad del desperfecto. Pura dejadez, el tiempo que lo pudre todo. Una raya recta, desviada al fin como una firma desmadejada. Sentí admiración por el viejo, de pronto lo vi fuerte y bello y alto y bien vestido, sus ojos acuosos, el círculo blanco que yo heredé. No quise decirle que sentí fiebre. Él se fue andando, mirando aún al techo, cavilando, y yo marché en otra dirección, hacia donde cantaban los grillos, cerca del estanque verde, aquella piel resbaladiza sobre la que se suicidaban las lagartijas. Escuché preguntar a mi padre, en la oscuridad: «¿Dónde está el chico?». «El chico está aquí, ¿es que no ves?». En un bolsillo del pantalón él llevaba un trompo, que me dio. «¿Dónde estabas?», preguntó. No le extrañó que dijera que había estado escuchando los grillos. «Donde tú llegas están los grillos», dijo mi madre, y se echó a reír. Había un silencio de plata bajo la luna, parecían pacíficos, como si no se

hubiera caído el techo. Más tarde, ya desde la cama, oí que hablaban de la dinamita, de dónde estaba. Mi madre hizo ssshhh con los dientes, para mandarlo callar. Otras veces escuché el mismo ssshhh, que siempre tenía que ver con ese secreto.

En ese tiempo me fijé en Alessandra, creí entonces que ya no se trataba de un chiquillaje y me atreví a decirle a Jero que me había enamorado. Él se rio con un estruendo malcriado, así que solo se me ocurrió pedirle que no le dijera nada a Crispín, que era un burletero. Fue lo primero que hizo, decírselo a Crispín, y yo estuve varias tardes sin hablarle. No pude aguantar mucho así, a esas edades todo se perdonaba, hasta que te hacían sangre.

2

El pinocho tuvo por entonces un efecto extraño, como si su tacto fuera una caricia que produjera ganas de otros tactos, «resbalarse por el pinocho es como nadar», dijo Crispín, mientras él mismo se deslizaba, riendo y tocándose junto a la carrocería marrón sahariano donde nos medíamos los penes. «Que te van a ver». «Si no hay nadie en ningún sitio, qué coño van a vernos». A veces se nos unían otros, podíamos llegar a ser muchos ahí dentro, y Crispín era el único que no sentía vergüenza. «Es que a mí me envalentona este olor a matojo», decía, y se echaba a reír con la boca burla, abierta, del tamaño de una mano.

Él creía que yo tenía miedo hasta de los celajes, y yo le pedía silencio con el dedo en la boca. «Tú eres tonto», me respondía. Cuando había más chicos él alzaba la voz, era el machote. «Lo que yo te diga, hazlo, aquí yo soy el jefe, el que más manda». Reía como si roncara. Crispín tenía un remolino en el pelo, le caía por la frente y, aunque era un chiquillo como yo, había desarrollado unas manos grandes, de carnicero, que amenazaban con estrangularme. Él decía que eran manos de degollar y ensayaba el procedimiento, hasta que yo le decía «para» y él resonaba, su respiración agrandada, en aquel recinto como si hiciera eco de la burla hasta que esta se convertía en maldad, un ruido que no he olvidado. Nosotros reíamos con esas cosas que decía, pero a veces iba en serio, siento aún en la garganta esa caricia rudimentaria de sus manos sin fin, estrangulándome de mentira, mi voz sorda, saliendo como el rugido de un animalillo. «Para ya, joder».

Por las noches todavía sentía el poder de esas manos. Pero estaba solo, no había nada que temer, aunque me resultaba un misterio verme tan temeroso ante esa violencia cuando hasta entonces la música de sus amenazas solo había causado risas y fiestas. Pensarlo me producía insomnio, lo peor que me podía ocurrir en casa, pues mi madre tenía instinto para saber si estaba durmiendo u observaba el techo oscuro. «Duérmete ya, muchacho, las noches se hicieron para dormir». Pero yo seguía muy quieto mirando el techo como si fuera el cielo, estrellas sin brillo en la oscuridad entorpecida por una rendija de luz de la calle, mortecina, inmóvil, la eternidad de las calles pobres, al otro lado no había nada sino plataneras y el balido de una vaca.

A veces llovía, y mi madre decía, desde la cama: «Es un milagro para la platanera». Mi padre se levantaba, en calzoncillos, yo escuchaba cómo hervía la leche, después se iba al patio y, sentado en un banco de clavos, las piernas abiertas, sorbía como si quisiera proclamar al barrio que ya estaba despierto.

Yo simulaba dormir. Aquellas manos volvían y volvían, creciendo hasta parecer peces calientes, alimañas del aire, premoniciones, mi garganta entre el vacío de los dedos imaginarios. Aún hoy regresan a mí, a pesar de que hace mucho tiempo ya que Crispín no está en mis sueños. Cuando lograba caer en el sueño, era como una maldición celeste.

Masturbarme entonces empezó a ser una manera de hablar conmigo, al menos eso había leído en un libro de Michel Quoist que me prestaron en la escuela. Pero yo no sentía que estuviera hablando con nadie, y menos con Dios o conmigo mismo, tan solo era un adolescente que gozaba mientras los hombres tomaban manises y bebían vino de Chiclana, como lo llamaba mi padre, un chico solo que imaginaba la luz sobre el pinocho, sin saber qué significaba exactamente la palabra placer.

Mi padre vendía el vino cuya uva pisábamos nosotros. Ninguno de ellos me vio nunca mientras los escuchaba a escondidas; fue así como aprendí que los hombres eran muy obscenos, que mi padre lo era, con sus pies rosados y sus manos grandes, calientes y callosas. El llanto rompió el espejo en el que se miraba. Desde que lo vi llorar, creo que lo quise más, como si eso me ayudara a ser parte de él, o tal vez solo de su sombra.

Mi madre ya me había alertado contra las malas palabras, «se te va a llenar la boca de bichos», y yo le decía que padre usaba igual palabrerío. «Pues no hay que repetir siempre lo que dicen los padres». «¿Y lo que dices tú?». «Las madres son otra cosa». Y me revolvía el flequillo que ella misma me había peinado. «Ay, baladrón».

3

Seguramente las personas desaparecen porque las olvidas, pero eso no es cierto en el caso de Alessandra, porque yo no me he olvidado de ella, que debe de ser una abuela en Taormina, desde donde tuve hace ya tanto las últimas noticias suyas. La recuerdo con su hoyo en la barbilla, la mirada asombrada que llegaba de un lado al otro del barranco, los ojos verdes como uvas concretas, del color que ahora me sigue pareciendo el del mar feliz, tan hermoso, inmenso y tan inexistente.

Ella está tan lejos ya que a lo mejor es cierto que no existió nunca, aunque yo la siento tan cercana como si no fuera únicamente un sueño. Ahora, cuando la recuerdo recibiendo esas flores sin conocer el destinatario, me parece que me mira. Yo sabía que eran flores de otro, y mientras subía la cuesta comprobaba que su risa era para oídos ajenos, y que se escuchaba tan lejos como esa voz que iba diciendo, cada vez más alto, «¡Alessandra, Alessandra, Alessandra!». Me moría de ganas de ser yo quien llamaba su atención, hasta que ella gritaba de vuelta «¡acá estoy!», en su italiano de España, alborozada, y surgía de la casa como una avispa alegre. Después, mientras yo seguía oculto, los dos cantaban aquella canción de entonces, *Non ho l'età…*, entre carcajadas que me herían como inesperados navajazos.

«Avispa, avispa», me veo diciendo ahora mismo, el Muro lleno de silencio. Aún grito por dentro de amor. Entonces no supe decirlo.

Desde aquel día empecé a acordarme tanto de Alessandra que, igual que ahora, se me llenaba la mente de melancolía. Aun así es curioso que sea hoy, cuando del amor ya he sabido tantos pormenores, apoyado en el muro de piedra de mi adolescencia, cuando vuelve al primer plano de mis recuerdos aquel rostro de Alessandra, como recién salido de la fotografía que jamás pude hacerle. Y es que las cosas son así de inesperadas, un espejo roto que se rehace poco a poco y de pronto es toda tu vida, la que no tuviste también, y que habla solo para el que no llegaste a ser y sin embargo eres, un muchacho buscando entre los matojos la huella de la chica de su vida yéndose; su abrigo de viaje, el coche encendido, una partida inevitable y su risa de carmín o de hielo, las primas agitando la mano y ella evitando darse

cuenta de que hay un muchacho en la esquina viéndola marchar, como si el tiempo se detuviera justo entonces.

Aquí de pie, en esa misma esquina, parece que sube hasta el gaznate el sentimiento de llorar por lo perdido, pero pasa, veloz, un gato, y yo me entretengo en ver cómo se aleja, su pelo gris, los ojos rotos sin lagrimales que tienen los animales pobres. Este, en concreto, es como aquellos sarnosos que huían de las caricias como almas que se llevaba el diablo cuando trataban de robar la leche que mi madre dejaba a la entrada de la casa.

—Putos animales —se quejaba ella—, no dejan ni que se seque la ropa.

Luego, ya liberada de perros y gatos, mi madre se sentaba a zurcir los calcetines con la paciencia de quien se siente sola, o al menos no urgida por la cena. Aquí resuenan, tantos años después, los sonidos del chorro de agua y ella misma tarareando, vete a saber por qué, aquel *Non ho l'età* que entonces sonaba a todas horas como una melodía que hablaba de Alessandra yéndose del barrio y dejando atrás un vacío veloz, seco, y tan innecesario. Con todo, yo no supe que estaba enamorado hasta mucho más tarde; de hecho, ahora mismo lo estoy, y quién sabe si ella se acuerda de mí en Taormina.

Amor o enamoramiento, y luego silencio, esa forma obstinada del secreto. La obsesión y la vergüenza. De eso no se habla, me decía a mí mismo, los pies fuera del abrigo, la noche de tiritar, un montón de mantas para abrigar el hielo. No lo contaré, no lo diré, se irá conmigo a la tumba todo lo que supuso ese nombre para mí, Alessandra, un nombre que aún hoy me persigue, que está aquí, mis pies contra el muro fuerte, aquellos ojos verde invierno. La toco, ella es el sueño y también la negación del sueño, una escalera que sube y baja como el dolor que el ánimo pone en este hueco del estómago. Toco su boca, pero no está, ya no está ni estará, la invoco en vano. Repito su nombre, Alessandra, pero ni yo lo oigo. La casa reclamando silencio, la mano me dolía de tanto taparme los ojos, la espalda sucia devolviéndome el sudor de todo un día, los ojos cerrados parecían de granito.

Yo no sabía que la adolescencia era aquella obstinación del sueño al romperse. Oía los grillos estremecidos, insistentes, y hasta la hora del gallo escribía en el aire oscuro figuras de mujer, poemas que tachaba a la vez que sobresalían con su luz concreta, con su imprecisa escritura. Después lo intentaba con los números, uno, dos, tres, así hasta veinte, y vuelta a empezar, el insomnio obligándome a sentir un músculo contrahecho al que no le llegaba nunca la hora de dormir. A la altura de la madrugada había, en esa sucesión de encuentros como gritos

ahogados por el silencio de la casa, sombras de la noche, apariciones de fantasmas que eran sangre apelmazada, accidentes en los que yo mismo perecía y de los que a la vez era testigo. Más tarde el cielo se iba haciendo gris claro y se escuchaba el balido de las vacas, los cerdos quejándose, ciegos ante la progresiva opresión de la luz, las gallinas y los conejos corrían de un lado al otro y al final una cabra irrumpía en el concierto que señalaba el principio del día, lanzando al aire su desesperación por estar tan sola o, quizá, por el hábito ancestral de sentirse ordeñada.

Era entonces cuando se intuía un sonido imperial pero diminuto, el de la leche cayendo a chorros igual de violentos que los que por la noche producían los coches accidentados en los sueños vivos que me perseguían como navajas. En medio de ese ruido de sol naciente yo simulaba haber dormido, y salía a pretender que me asombraba la llegada de otra fecha, cuando en realidad lo que esperaba era que ella volviera, con su cesta de mimbre, a regalarme su voz, aunque fuera de lejos. Alessandra rompiendo, como en un sueño, rompiendo el aire gris de la media tarde. Ante el horizonte de plataneras y cal viva que era el confín del barrio se empezaban a escuchar también los gritos de los chicos. «¡Eh, gandul, que llegas tarde!». A medida que se hacía la luz comenzaba la vergüenza por los poemas y los números e intentaba ser como los otros muchachos, afanosos y distraídos, gritones. «¡Vamos, que ser cojo no es pecado!».

Costaba salir del sueño y también de allí. Palabras tachadas que parecían aire o rezo. La casa como una caverna, las manos frías, y el sueño como un horizonte de piedra helada. Cada vez que una voz sobresalía en la densa oscuridad de aquellos cuartos, después se escuchaba «ssshhh, que nos está oyendo el chico», que yo recibía con el susto que debe de ser habitual entre fugitivos.

Era la época de la culpa. La persecución y la culpa. El chico, que era yo, trataba de dormir del otro lado, como si ya no tuviera que ver con la casa y fuera un extranjero de mí mismo, buscando ser otro hasta en los sueños, lejos de esa ansiedad que formaba parte del duermevela. Pero era yo mismo el que se miraba los dedos pegajosos o escribía en el aire, sin palabras, cualquier ocurrencia que me alejara del sitio que ocupaba para ser una sombra de aire metida en una cama que me quedaba grande.

En casa se desayunaba de pie, como si hubiera prisa, pero a mí me ayudaban a sentarme y me ponían sal en la leche, «para que te acostumbres a lo amargo», y ya todo era ruido y gente en vilo que tapaba el agujero oscuro de la noche. Por aquel entonces yo aprendí a guardar secretos y a pensar hacia adentro, con melancolía.

Para distraer mis propios recuerdos y mis motivos de arrepentimiento me ponía deberes imaginarios y también me imponía penitencias, como si fuera el cura en cuyos pies desnudos siempre me fijaba en misa cuando alzaba la hostia para después comérsela con una glotonería que forzosamente tenía que dolerle a Dios, la víctima final de aquella obscena mordedura. La consagración salesiana era así.

Yo intentaba rezar y, poseído como estaba por las recomendaciones de Michel Quoist, me obligaba a lavarme las manos e incluso la cabeza, con la que pensaba que hacía lo que él consideraba nefando placer sin destinatario.

Los días ya eran propios, jornadas de incertidumbre o resentimiento. Y la casa, una caja de silencio perforada por el berbiquí insistente, durísimo, del remordimiento. «Mentiras no se dicen», nos conminaban, pero a esa edad sin inocencia todo se convertía en un enorme vertedero de recuerdos perforados por las malditas preguntas del confesor: «¿Te tocas?».

4

Me marché de la casa y del barrio con dieciséis años. Entonces la puerta era verde; la cal del dintel, blanca como el papel, y la pared ya iba tirando a terrosa. En esa pared permanecieron las huellas de lo que yo había borrado con la uña cuando tenía once años e iba para poeta, o eso afirmaba el maestro.

El maestro era pariente lejano de mi madre, eso decían, porque había querido ser cura como Pepe, el canónigo, que ese sí era su primo. En realidad ni eran parientes ni nada, pero cuando don Domingo apareció por el barrio se abrazaron como primos. Ella lo llamaba así, «primo», y se acostumbró a ir a su casa a llevarle plátanos, de lo que surgieron algunas habladurías a las que mi madre no prestaba atención; cosas de la gente, que murmuraba más que tabobos. Ella no hablaba del asunto, pero se sabía que el maestro había venido aquí con ayuda del canónigo, huyendo de una cárcel que le habían impuesto por sus andanzas asturianas en la política, alentando huelgas y lecturas de panfletos que aún no había quemado cuando se estrenó en el vecindario.

Un día en que vio venir camino arriba al Bigotes, mi madre fue directa hasta la casa del maestro y, sin decirle nada, puso aquellos papeles a quemar. Él levantó un dedo para decirle que estaba de acuerdo, pero allí no se oyó ninguna voz hasta que entró aquel fascista y exclamó: «¡Huele a quemado!», y se retorció de carcajadas. Luego se sentó delante del maestro, mi madre se fue y no pudo escuchar de qué cosas conversaron. Hablaban bajito, como en secreto. Pero todo lo que pasó después tenía que ver con aquel sigilo, que era como un dedo amenazante.

Borré lo escrito en la pared como si estuviera apagando un fuego. Ahí se quedó la huella, nada se limpia del todo jamás, el infierno sería recordarlo todo hasta el primer instante, no tanto el fuego como su persistencia. Mucho tiempo después, allá arriba estará aquel niño que fui garabateando aún el viejo poema mientras se mira las uñas sucias, que se come luego un plátano —no hay otro almuerzo—, entre que empiezan a cantar los grillos y el frío te mata. Han transcurrido muchos años que en realidad han quedado en nada, aunque ya no hay

otra cosa más que recuerdo, las uñas rebuscando en las paredes el sonido imperturbable del pasado. En aquel momento preciso en que me fui creí que un día sería otro y que no tendría ni memoria de aquellos años, que ya iba contando como si al final de cada uno de ellos se cayera, quemada, una hoja del almanaque. En otro tiempo pensé que solo contaría los veranos y que así vencería la insistencia del tiempo, que también se compone de frío y de otras leyendas, pero ahora que estoy a mil doscientos pasos de aquella pared sé que el tiempo ha sido algo concreto y cabrón, como una eternidad llena de cristales rotos sobre los que ahora camino buscando veredas que ya no están. Me duelen las manos, esta es la actualidad.

Ese niño no ha cesado de serlo, más viejo ahora. El tiempo no cura nunca los temores de la infancia, y aquí estoy, cerca de la pared, tratando de llegar de nuevo a un lugar en el que ya no hay manos como aquellas, ni yo soy como aquel ni nadie sabe ya qué pasó con el poema del que ahora, quizá, aún permanezcan allí las huellas de mis uñas chicas. El camino se hace largo y voy a pie, pero no avanzan ni este pie ni el otro, estoy amarrado a un lugar que no me deja llegar hasta donde me espera mi pasado.

Los dientes me temblaban mientras raspaba cada una de aquellas palabras que, a pesar del tiempo, confío en que sigan allí, visibles como reliquias. Ahora lo comprobaré, voy camino de esa puerta. Mi madre me dijo que solo cuando derribaran la casa y no quedara nada, ni una piedra, se podría dar por borrada aquella huella en la mampostería. No se salvará ni el balón rojo y minúsculo que se me perdió en la azotea; no se salvará la talla del agua tan clarita, ni los pájaros sucesivos ni los ladridos que aún resuenan en mis oídos como si el perro llorara. «Lo derribarán todo, no quedará nada, no habrá algún día piedra sobre piedra». Ella se rio luego, señalando que ahí se habrían acabado por fin, y a la vez, mi infancia y mi posteridad, «pero yo me habré ido mucho antes», y ahí volvió a reír, como si rompiera un vaso contra el aire. Esa risa ahora me viene a la memoria como un cristal limpio. «Mi posteridad me da igual», le dije. «Si derriban la casa, me moriría». Ella rio una vez más y dijo «chiquillaje», revolviéndome de nuevo el flequillo del que ahora queda un resto áspero, el tacto peligroso de un cuchillo mellado.

Ahora que estoy aquí, a punto de subir la cuesta, recuerdo esa adivinación. «Lo derribarán todo», dijo mi madre. Me viene la memoria de las cosas rotas, las cosas que nadie rompe pero que se van rompiendo igual que el viento deja de ser la brisa que te alegra y es, tan solo, la mano que te empuja, despiadada y desnuda como el puño de un matarife. La casa, el regreso; todo es un verbo que significa lo

mismo: vivir, haber vivido, recordar. Esa es la materia de la poesía. Un día se va todo, y tú lo verás yéndose.

En otros tiempos volvía a la casa y miraba esas líneas restantes, misteriosas reliquias de los versos, y pasaba mi mano como si estuviera acariciando la piel de aquel muchacho que fui. Pasó tiempo, mucho tiempo —qué sabe uno cuánto duran los años, quién es en cada época— hasta que alguien descubrió, en aquella superficie erizada, que aún estaban las huellas del poema que yo mismo había borrado. «Tanto han durado», dije. «Ahí están», escuché al teléfono, «no se irán nunca, como no se van jamás las sombras de las tumbas en los bosques que crecieron sobre las tierras devastadas». La rugosidad desperdiciada de esas líneas conservaba lo que ya tan solo era olvido o tachadura.

«Recordar es hermoso si uno tiene con qué», decía el maestro. Alguna vez que fui en avión sobre el centro de Inglaterra, donde se produjeron los peores bombardeos de la guerra, me fijé en esas superficies peladas, grisáceas como los recuerdos, que antes fueron tumbas provisionales o antiguas, que quedaron allí como sombras del dolor y del tiempo, tras sucesivos episodios bélicos que ennegrecieron el color verde de los campos y los convirtieron en inmensos sepulcros de una época con escasos supervivientes. La guerra, la palabra terrible en las bocas de los antepasados. Había visto esas huellas de la guerra sobre campos de batalla en Aragón o cerca de Londres, o por el pueblo inglés de Lincoln, en las costas de Rumanía o llegando a Düsseldorf. En todas partes por donde anduve desde que me fui de casa buscaba esas huellas, hasta que un día encontré, precisamente sobrevolando Rumanía, que ya mis propias manos tenían la definitiva marca de la piel del tiempo, la huella de quien fui, esta tela de cebolla en la que desemboca, como un río viejo, la piel que habito, aunque yo no lo sepa, y que ya es la vejez. Estaba en mi asiento, mirándolo todo como un bobo que cuenta cifras por si así se acorta el vuelo, y de pronto se hizo espejo el cristal opaco de la ventanilla y vi una a una las arrugas que se habían ido formando en la parte oscura de mi mano, y estiré y estiré y estiré la piel sin otro resultado que la constatación de que ya no era un muchacho, que hacía mucho tiempo que había dejado de serlo.

Me quedé mirando esas manos, junto al ventanillo del avión, pero no tenía a nadie para contarle mi descubrimiento, hasta qué punto el dorso de una mano puede decir tantas cosas y por qué tarda tanto en envejecer la mano entera, hasta que de repente es mustia como la frente de rayas de una vieja.

Al volver a España llamé a Jero, que era el único de la pandilla que

por entonces aún me escuchaba, para contarle lo que me había ocurrido. Y con el descuido que los amigos dedican a lo que tú consideras importante, él me dijo por teléfono: «Eso te pasa, a tu edad, por mirarte las manos». Le colgué sin más palabras, no se sabe nunca cómo acabar la conversación con uno mismo. Miré otra vez mis manos, y aún lo hago, porque no hay otro lugar del cuerpo, eso pienso, que te diga mejor que esos dorsos nerviosos cuánto te queda de aquí al día.

Ahora que he vuelto y recuerdo a Jero y a los otros, y recuerdo el batir de las olas cuando descubrí en la playa la alegría de ese sonido límpido de agua y frío, me veo sentado otra vez en el coche en el que Fonosto, llamado así ni sé por qué, me llevó al aeropuerto escuchando la música reciente de Ike & Tina Turner, me depositó en la puerta de la entrada de pasajeros y me dijo, guiñando los ojos, como para decir lo contrario:

—Vete y no vuelvas más.

Atrás había quedado la dinamita del peligro. Pero de eso aún no estoy preparado para hablar.

El siglo XX fue una sucesión de incendios, y ahora que he regresado, en 2021, el incendio está bajo mis pies y tiene aún para la memoria el nombre de una foguetería, la Foguetería Pacheco. Allí íbamos a trasegar pólvora y mecha, los viejos se sentaban en los cercados de las huertas, las manos arrastrando los pasadores, los pies descalzos sobre aquella gravilla que parecía de plomo ligero. El capataz gritaba, desde lejos: «¡No sean gandules!», y nosotros nos mirábamos, Crispín, Jero, yo mismo, Julián el de los calzones cagados, el muchacho ciego al que llamábamos «Cernícalo» porque nos parecía un pajarito de la noche, y también Agustín, al que apodábamos «el Paloma», por qué iba a ser… Había en aquella cuadrilla algo de tribu descarriada, algunos eran más burlones que otros. Por mi parte, jamás me burlé de nadie, pero a ninguno le gustaba que yo fuera con lonas a hacer aquel trabajo sin gracia, de modo que desde muy pronto me pusieron «el Lonas», como si fuera un señorito, y así me saludó un individuo al verme llegar en taxi. No me saluda en realidad, le dice a una mujer más joven que lo acompaña:

—Es el Lonas. Qué lo traerá por aquí de nuevo.

En la foguetería había tabaco para fumar, pero a mí me tenían dicho que no se me ocurriera, así que simulaba tragar el humo, creyendo que así hacían todos aquellos chiquillajes, pero como tosía tanto fue Crispín el que me cortó la fumadera. «No te quiero muerto, sino

bobo», dijo, y se echó a reír, dándome un golpe en el hombro. La pólvora estaba en sacos grandes, negros como la noche, y un día Jero metió la pierna entera antes de que a Pacheco le diera tiempo a gritarle: «La próxima vez te meto ahí pero de gollete». Después nos echó a todos del sitio. «Váyanse a lavar al estanque».

El estanque era otro de los lugares donde habitaban las lagartijas del peligro, como las llamaba mi padre. Tocabas las horribles orillas verdes y ya todo era resbaladizo. De hecho, por ahí se cayó sin remedio uno de los muchachos de la familia que vivió en la casa de los ricos, que ya se fueron y no volvieron más, y ahí dejaron las macetas con las iniciales del dueño, aquel hombre que hace tintinear el oro de sus crucifijos sobre el pecho peludo como la piel de un perro. Cuando pasábamos por allí mi madre me hacía repetir una de sus jaculatorias características, «ay cruz perro maldito», que, como tantas otras de sus expresiones, jamás me he quitado de la boca cada vez que no sé cómo decir miedo.

En esa casa mi madre lavaba la ropa, y al tenderla yo entendía por qué esa era la casa de los ricos; las sábanas, limpias como el blanco de los ojos, tenían un olor fresco y ella me lo hacía respirar, «pa que veas qué cosa es la limpieza».

No volví más, hasta ahora, y ni siquiera sé si he vuelto, porque todo lo que veo parece reciente, como si no me hubiera ido o como si me estuviera yendo y llevara caminados tan solo mil doscientos pasos de los que me restaban todavía para ser de otro sitio. Esa distancia se quedó quieta, y ahora está más quieta que nunca. Miro al suelo, miro mis pies, mis zapatos, mi mano, el reloj, la hora que parece inmóvil, y escucho a lo lejos el sonido del viento moviendo las plataneras. El hombre pasa de vuelta, como la mujer más joven que lo acompaña, y dice de modo que yo le oiga:

—A lo mejor es otro y no el Lonas. El Lonas ya se debe haber muerto.

5

A Jero le gustaban esas llamadas, y también burlarse de ellas, porque nos alertaban de que aquel tiempo en que los dos jugábamos a parar pájaros en el aire no había pasado del todo, o al menos no había quedado en el vacío. Habitábamos, como los pájaros, entre suspiros, y cantábamos sin ganas esperando el alba porque nos gustaba esa palabra. Al alba, al alba. Seguíamos siendo amigos como si aún fuéramos chiquillos y ninguno de los dos hiriera al otro sino con esas bromas sin importancia. Jero se murió casi al tiempo en que yo decidí que regresaría aquí, pero no quiso que lo supiera nadie hasta mucho más tarde. Ya no cantaríamos más al alba. Al alba, al alba. Jero no ha muerto, tan solo es una mala noticia.

Ahora él es una huella como aquella que dejé en casa, como todas las que se guardan en cada uno de los cuartos en los que viví soñando que el tiempo se paraba, como los tabobos, en el aire. Mis huellas eran las de unos versos ajenos, pero algo me dijo que un día esas huellas serían el rastro más genuino de mi paso por aquella casa, a la que ahora he vuelto como si fuera a escuchar las voces que dejé adentro y el canto de los mismos pájaros de esos días. Los pechos blancos, los picos amarillos de los mirlos, los nidos tan perfectos que parecen hechos por las manos del aire. Crispín les tiraba piedras, yo me tapaba los ojos con las manos que entonces eran nuevas y abría unas rendijas a través de los dedos.

Tapar el horror fue mi tarea, y sigue siéndolo. Entonces no sabíamos —tampoco lo sabía el Paloma— cómo eran de crueles aquellos terribles bichos que cagaban fuera del palomar, por todas partes. Aspiramos a ser inmortales tan solo porque nos negamos a ver el deterioro. Matar a un ruiseñor, hacer rabiar a los pájaros. No conocería crueldad mayor si no hubiera visto de cerca maltratar a los hombres y a las mujeres y a los niños cuando, de noche o de día, despreciar formaba parte del escenario y de la sangre. Recuerdo que oí decir a mi madre, mientras hablaba con don Domingo:

—Los chicos se creen que las palomas son mansas.

Él no contestó nada, tan solo alzó un dedo como si fuera mudo.

«Volví muchas veces a la casa, y ahí estaban las huellas», me decía

Jero siempre que llamaba. «No vayas más, a ver si se borran». Ahora me cuesta mucho decidirme a subir la calle, así que, oscuro y luminoso a la vez, estoy mirando el muro contra el que mi amigo Crispín me golpeó la cabeza para matarme. Aunque eso sería lo lógico, ante este muro de mi adolescencia no me siento viejo, ni mis manos parecen viejas, ni mi piel, ni siquiera mi memoria ha envejecido. El paisaje parece rejuvenecerme hasta la edad en que empezó mi adolescencia, cuando recibí aquel primer golpe eficaz, real y sangriento de mi vida. Me levanté, es cierto, hoy siento el resplandor oscuro que hubiera reclamado venganza, pero por entonces yo no me sabía vengar, ni siquiera conocía la palabra, era un cariante.

Leí más tarde una frase que me hubiera ayudado a considerar pasado lo que en ese instante era dolor o rabia, pero yo no leía mucho aún y solo leyendo se aprenden palabras, como decía don Domingo. Así que el resentimiento estuvo rondando como una mano negra en torno a mi cuello, ensombreciendo el grito, la calle dando vueltas como si fuera un trompo y el tiempo un cuchillo de cocina, el instrumento fatal de un carnicero.

El cuchillo se duplica en mi mente como aquel que restalló ante la cara de mi padre, el hombre riendo, insultándolo con los dientes mellados, «tú eres un incapaz», decía, y se reía; yo temblaba dentro de mí mismo, mirando como si no fuera real lo que estaba sucediendo a menos de un metro de mí. El cuchillo del resentimiento brillando hacia su cuello, el barrio entero escuchando tras las puertas un relato que suena hoy como si ahora fuera entonces y estuviera a punto de brotar la sangre.

«El sol que reinó sobre mi infancia me privó de todo resentimiento». Eso leí después, lo anoté como si la memoria borrara la sangre antigua, el golpe de Crispín, mi madre que grita, mi padre que mira, parece que tuviera escombros en la boca. El sol, la infancia, el resentimiento. Sentí que esas palabras habían sido escritas para mí en el mismo espacio de sudor en que se desarrollan las venganzas. Luego las escribí mil veces, de modo que hoy es la mil una. «El sol que reinó sobre mi infancia…». Recuerdo hasta la sinuosidad de las letras, el bolígrafo mellado, la punta roja, el cuaderno de rayas, la mesa que parecía de ricos y que ahora estará carcomida en el viejo salón, bajo la tronja.

Siento aún aquel resplandor, como si, a la vez de marearme, los golpes me trasladaran a una ensoñación llena de cristales y de gritos: un mal sueño. Mi cabeza contra el muro, no podría olvidarme de eso.

Miro mis manos, me cuento los dedos como cuando era un niño y siento que vuelve aquel dolor grisáceo y me toco el pelo por si aún

hay sangre. Está todo tan latente que hasta huele a la platanera igual que entonces y escucho el rumor de los chicos que están ya, descalzos, jugando a reírse de cualquier cosa mientras los gritos de las madres retumban en las paredes vacías de las casas.

Junto al muro yo soy una sombra de ese tiempo, siento entretanto que quienes pasan a mi lado ven un celaje que es una sombra, pero no pueden imaginar que haya vuelto porque sencillamente no me ven.

Ahora que estoy aquí y soy mi cuerpo y no mis sueños, ni una carta, ni el aullido de un perro recién llegado al sitio de donde fue, me parece ver en aquel muro ceniciento las huellas de mi propia sangre, un color revenido, el enjalbegado sucio de la miseria del tiempo, un cuadro sin voz, un drama derretido por la intemperie. Es imposible, claro, pero es cierto que las heridas permanecen despiertas, invisibles aunque despiertas. Aun así camino cinco pasos, no más, y me acerco al lugar que creo exacto para observar si en aquella superficie ensuciada por la vida hay todavía rastros de mi pelo, que en aquel entonces era del color azabache que tenía el cabello de Cebú. Trato de hallar el rastro de la sangre seca, el retrato de una venganza que aquí tiene la relevancia de una fotografía del mismo instante en que pasó todo. Camino, me fijo, trato de ver retrospectivamente, como si, en efecto, así se parara el tiempo, o como si yo quisiera pararlo, en un momento preciso de hace quizá treinta, cuarenta, mil años, y todo vuelve a ser como aquella tarde y, aunque estoy solo, experimento la sensación de que son mis lonas de entonces las que se apoyan en esta pared sólida y sucia. Me acaricio el pelo y este me envía la respuesta de la edad como una burla.

La memoria rastrea la locura, de modo que aquellos instantes como de moribundo vuelven a latir en el cerebro, y aunque no viene sangre a mi boca, sí llega ese sabor salado que tiene la melancolía cuando reproduce lo terrible que es, además, lo inolvidable. Mis labios deben de parecer pálidos como eran los labios de mi madre. La veo bajar por esa acera de tierra, su sombra rota sobre lo que ahora es el cemento irregular de una calle humilde. Parece que vuela, triste. Trae en sus manos una toalla vieja, camina como un ciempiés, tan dispuesta, y su mirada es altiva, va en busca de algo concreto, un enemigo. Mi madre me alza con la mano y yo veo desvanecerse a Crispín, su risa de medio lado es la que los demás imitan, mi madre pone su mano en mi frente y se seca el sudor mientras me abanica con el delantal. Paulatinamente se secan también las risas alrededor y ella los mira a todos como si los quisiera fusilar con hielo. Luego regresa a mi frente y me peina con sus dedos calientes, un ramalazo de aire viene de repente y trae un olor como de musgo del estanque.

Es normal que uno recuerde así, como un tiempo de héroes, el instante mismo en que padeció miedo y de pronto la luz vino en su

auxilio. No tengo de ese instante otra visión, pero es tan bella que siempre estuvo en mi memoria, al lado de los mejores momentos de *El Capitán Trueno*. Sigrid y Crispín, creyéndose héroes.

6

Es mediodía, un mediodía como el de antes, el sol lechoso, la gente que pasa con sus cosas de comer y me mira como si me hubiera quedado allí años atrás y no supieran a qué atribuir mi regreso. Pero nadie sabe quién soy. Pongo los dos pies en el suelo. Los zapatos me devuelven un raro resplandor. Ya nadie por aquí lleva lonas. Un chico que lleva unas Nike me pide fuego. No tengo. Acerca su cara a la mía, parece que no me reconociera. En un momento de perturbación, como dentro de un sueño, imagino que ese chico soy yo. Lo veo irse, su pie indeciso, es igual que el cojo de aquel entonces que aprendió a cortar el pelo con su madre y, como ella, se quedaba diciendo nadas y cortando.

Me marché tiempo después de lo ocurrido con Crispín en el Muro, aunque en medio hubo episodios como aquel de la guagua y otros que me hicieron mayor y más desconfiado, un chico con callos en la memoria, como decía el maestro, que eran el resultado de las experiencias. Desde aquel entonces —el ruido de la cabeza en la piedra, las burlas y luego el estupor, «lo va a matar»— el barrio no dejó de darme vueltas, como una carrera de caballos o un vendaval de barranquera de los que me despertaban de noche con un cuchillo en la cabeza. Ahora que lo rememoro, ni sé adónde he ido todos estos años, pues cuando regresas se borra todo, como con lejía, ese olor concreto que parece limpio y se te impregna en la mano con la consistencia apestosa de las cucarachas. Pero queda una nebulosa gris en cuyo interior hay vetas rojas, intensas. Es el sol de la infancia. El tiempo feliz que de todos modos había dentro de ese resplandor y que existe para siempre, incluso en la mano ensangrentada por las calamidades.

La tapia de la huerta, frente al muro que por entonces nos parecía imponente, había sido levantada para que los chicos del barrio no robáramos plátanos. Por eso habían puesto cristales, porque había plátanos y porque había chicos, todos buscando entre la nada algo que pudieran llevarse a casa, la miseria no tenía nombre propio. Por encima del muro blanco subían las lagartijas, a veces los chicos se ponían en fila, como para fusilarlas, y cuando caían muertas iban todos corriendo y gritando «¡victoria!», como en las guerras, y a mí me

dejaban atrás, porque el miedo tenía esas consecuencias.

El muro blanco está manchado ahora con sangre de lagartija. En este instante, cuando lo miro, parece la lágrima oscura de un tiempo que no me reconoce.

Los trozos de cristales, verdes, blancos, negros, estaban puestos con saña, para producir sangre en los dedos de los chicos que se atrevieran a escalar esa defensa. Entonces no sabíamos nada de la voluntad sanguinaria de aquellos vidrios rotos, pero más tarde, por Ceuta y por Melilla, aparecieron sistemas similares a esos cristales, que se ponían a un lado y otro de la frontera para que no subieran por esas paredes ni los hambrientos ni los pobres ni los negros ni los moros. Se llaman concertinas, como música de matar.

Aun así, algunos de los chicos subían por la pared de cal, resguardaban sus dedos de aquellos dientes del diablo y, al llegar arriba, miraban con desafío a los cariantes que no queríamos correr ese peligro. Los que se atrevían a hacerlo volvían de la hazaña diciendo que abajo, tras la escalada y el miedo, no había sino cagadas de gatos sobre las hojas de la platanera. Una vez uno halló unas bragas de color rosa y lo estuvo pregonando como si hubiera encontrado el paraíso.

«¡Sube, cariante, pollaboba, que no tienes sangre, papafrita!», gritaban los más audaces, y yo me reconcomía, haciendo visera con las manos sucias.

Cariante era una expresión de la calle. Después no se la escuché decir a nadie, y ni en el diccionario se dice que cariante signifique cobarde. Ahora escucho esa palabra, en medio del silencio del barranco, ante este espacio que parece hecho para durar hasta la eternidad, como si los chicos me estuvieran desnudando, persiguiéndome, ellos mismos desnudos, hasta la puerta de mi casa. La eternidad, supe más tarde, comienza un lunes, y aquello que hoy rememoro fue un lunes eterno bajo el cielo plomizo. Por entonces los días eran como el sonido desconchado de las radios. Tercos, alevosos, el espíritu roto de una garganta.

Me da vergüenza decirlo, porque de aquella me daba vergüenza pensarlo, «cariante». Aún me acuesto con la almohada encima, por si oigo palabras que no quiero, suena el barrio entero hasta que me oculto y se oye en el horizonte de gallos la palabra cariante, y aquí viene el eco, lo siento llegar. «Cariante, papafrita, pollaboba», un insulto tras otro cayéndome sobre la cabeza como una espuma oscura y eterna.

Ahora miro al suelo, del color gris de entonces, el tabobo caga a mi lado, todo lo que pasa es la vida cotidiana de otro tiempo, pero basta levantar la vista para ver que todo está igual al principio del camino. Sé que en algún momento tendré que ponerme a andar hasta cumplir

con la distancia que había entre este sitio y la puerta verde de mi casa. Si miro de nuevo hacia la tierra seca escucho otra vez el ruido de los chicos y distingo ese sonido como si se estuviera produciendo ahora mismo. Mi mano mana sangre en el sueño, y sobre el sonido gris de la gota al caer se escucha la risa de un burlón. Alguien se acerca a la puerta: «¿Ya murió?», y se oye la radio otra vez. Desde aquí todavía puedo escuchar cómo termina aquella pesadilla.

El Muro está vacío. Busco como en sueños otro punto de apoyo, no se aguanta a estas horas el bochorno, que de aquella parecía una maldición de brujas. Sigue el bochorno igual que entonces, un modo de ser de los sitios. Toco la pared, y cómo se parece el sueño a la realidad, me hago daño con un clavo antiguo. Alguien habría gritado «¡tétanos, tétanos!», pero no hay nadie, nadie, nadie, estoy solo, como cuando se escapaban los chicos de mi lado porque uno de los burlones gritaba «¡sarnoso, perro sarnoso!».

Hay un silencio implacable, parece que el día me diera tiempo para acomodarme hasta que vaya a visitar los lugares de antaño. Allí donde nos lavábamos las manos hay ahora un jardincillo que tiene una única flor modesta. Desde aquí la veo como si me miraran las flores de plástico que había junto a la talla de la que sacábamos para beber en verano. Hoy me ha recibido el otoño, que es como una mano llena de grasa. Si levanto la mirada veo, aunque ya no estén allí, las flores rojas que Alessandra se ponía en el pelo por las tardes. Alegre y oloroso, el pelo largo y suave de Alessandra, mientras ella camina con un pan mordido en la mano.

7

Me cuesta tanto subir la calle, tocar a la puerta de la casa, decir aquí estoy, y que todos estén bien y me reciban como si hubieran creído hasta entonces que nunca más volvería al barrio, a la calle de piedras, al patio en el que tantas veces sentí llover a cántaros sobre los helechos secos. Cuando pienso estas cosas siento que así debe de ser la sensación que produce la eternidad, una felicidad inconcreta o imposible que las palabras no saben devolverle al presente.

La calzada ahora es de cemento. La puerta está restaurada como si esperara visita, la pared es blanca y gris, como el lomo de una cabra. Ahí estará la huella del poema. Pero aquí, mientras espero, miro el muro como si fuera un espejo. Recuerdo a los chicos gritando mi cobardía, siento el vigor disminuido de mis piernas, la burla, la cabeza contra la pared, la sangre… Se me hace tan difícil ahora caminar hasta allí. Todos esos pasos, uno tras otro, la sombra de cada uno de ellos quedaría atrás, y, si me atreviera, atrás quedarían también millones de pasos menos decisivos que los que ahora deben acompañarme hasta allí. El sueño de llegar, y el vacío. Me acerco con los nudillos a la madera, nada suena, estoy y no estoy. Oigo desde mi cama al hombre grande gritando, su bloc en la mano, «¡la muerte!». Golpes en la puerta, quedos y terribles, lentos. Escribía redondeles y palitos, apoyado en el quicio, y tarareaba parte de su mercancía, que incluía una lápida de piedra «del tamaño que usted quiera, señora». Todavía la muerte no estaba entre las palabras de mi vida. El sueño se repite. Es al amanecer cuando todavía ocurre.

Aún tenía miedo de dormir por el pánico a quedarme así para siempre, la cabeza bajo la almohada, la respiración detenida, la mano yerta sosteniendo la cabeza, ya ninguna sorpresa más, ningún cuaderno, ningún libro, el mundo parado, el sonido callado de la calle, el paisaje verde como el fondo del estanque. Duerme, me decían, duerme, ya no pasará más. Me arropaban como a un niño, «no va a pasar nada». Dormir era no estar, y despertar era el riesgo más importante del día.

Eso lo vi escrito en la escuela, «Despertar es el riesgo más importante del día», en un cuaderno que el maestro se dejó para que copiáramos de allí, y después lo escribí en la pared, le pregunté al maestro de dónde lo había sacado y él me dijo «de la vida misma»,

pero luego confesó que lo había copiado de un libro «mientras estaba en la cárcel», añadió bajito, casi como para que yo no lo oyera. Mientras estaba en la cárcel. En su mirada de hombre perseguido por las ratas había un pavor latente, mi madre me decía que era de huir, que cuando huyes no te atreves a mirar sino al suelo, que era una víctima de la guerra. Sus manos peludas y blancas, la palma hecha para acariciar o escribir, un hombre sin casa, echado de todas partes como la peste cuando tan solo era, eso decía ella, un perdedor acogido ahora en una escuela de donde Cristo perdió los calzones.

«¿Quién lo persigue, madre?». Ella se fijó en el suelo y se santiguó la mitad de la cara. Luego me hizo «sssshhh» con la boca y yo me callé como un puto, porque ella a veces me decía: «De esto no dices nada, te callas como un puto, ¿estamos?». Detrás de lo que oía decir, o callar, siempre estaba en mi mente la cara de Franco pintada de colorines que había encima de la mesa donde don Domingo dibujaba palomitas. Jero, que era más malo que la quina para las metáforas, decía que las palomas eran soldados de Franco cagando.

Miré al suelo y vi mis lonas sucias, y cuando levanté la cabeza él estaba allí, mirando el vacío y rojo como un tomate. Era el hombre que hacía ruido con la escoba enorme mientras limpiaba la nada que ya quedaba sobre el suelo. Se diluía en el sueño como el sonido de sus materiales de limpiar y yo volvía a dormir sintiendo el miedo que tienen los adolescentes a que no llegue el final del día.

A veces veía escribir al maestro, su barba cerrada como la negrura de la ceniza. Luego guardaba las cuartillas en sobres para enviar por avión. Tardaba en cerrarlos, los miraba como si temiera que se borrara lo escrito en cuanto llegara el papel a lo hondo de la oscuridad que espera a las cartas. Después entraba al retrete, estaba allí un largo rato y, al volver, nos miraba como para contarnos, por si alguno se hubiera escapado por la puerta abierta y desconchada que guardaba la escuela. Todos los días hacía la misma rutina con las cartas, luego nos miraba uno a uno y se golpeaba la pierna con su regla de madera oscura.

Cuando acababa se sentaba otra vez bajo la figura coloreada de Franco y los signos incomprensibles de los mapas. «Eh, tú, ven acá», le decía a cualquiera de nosotros. «¿Dónde está Zaragoza?». Pero no esperaba la respuesta, volvía a rebuscar entre los papeles y de nuevo extraía un sobre de correo aéreo del escritorio y cogía el lápiz y un papel ligero al que le prestaba una atención obsesiva. Desde allí miraba la calle como aguardando una visita triste.

A veces venía la visita triste; se acercaba a su banquito y el maestro se levantaba como un niño que va a recibir una reprimenda. Duraba unos segundos el azoramiento, y finalmente aquel visitante habitual,

el hombre del bigote negro que vestía una camisa azul de las de entonces, lo agarraba del hombro, lo alzaba por las solapas, lo arrojaba otra vez sobre la silla y se iba profiriendo una carcajada. Al irse, el hombre nos miraba a todos, uno a uno, y yo me escondía los ojos detrás de los dedos flacos. Aquel era el hombre al que mi madre también temía, el que fue a buscar al maestro a su casa y lo acorraló en la propia puerta. Mi madre me dijo que lo había reconocido de la guerra, o que supo de él por la Guardia Civil, y allí fue a jurarle que si se metía donde no lo llamaban, iba a tener los días contados, dijera lo que dijese el puto canónigo. Mi madre me explicó que el canónigo lo protegía porque era mejor que los que luchaban en contra de la República. Cuando decía esas cosas recuerdo que se ponía dos dedos en la boca, mandándome callar, entonces y siempre.

En el barrio nadie excepto mi madre sabía dónde vivía escondido el maestro. Él llegaba a su escondrijo haciendo zigzags como un gato, ayudándose de su capacidad para ocultarse, pero no pudo remediar que aquel ojo que manejaba el hombre del bigote supiera un día dónde se encontraba, para llevarle como mierda el recado que merecían los fugitivos: sabemos dónde paras.

Vi llegar al bigotudo, la frente alta y despejada de los calvos, vestido de azul, las mangas arremangadas, caminando solo aunque por sus ademanes pareciera que lo estuviera siguiendo un ejército, las manos abiertas hacia atrás, también velludas, contándose los dedos para hacer tiempo. Miró a mi madre con el mismo aire de un capataz, dando taconazos para que se le temiera. «Buenas», dijo mi madre, y él refunfuñó un acuerdo: «Buenas».

Mi madre me había amenazado si desvelaba aquel paradero. «Si lo dices, te mato». Nunca la había escuchado dar tales órdenes de sigilo, pero ella añadió entre dientes que la amonestación era de vida o muerte. En casa nunca se había oído la palabra «clandestino». Más adelante supe que ese hombre peludo y silencioso, escurridizo como un perro doméstico, que en la escuela parecía un bondadoso sacerdote laico, había sido un guerrillero republicano, quizá comunista, escapado primero de la guerra y luego del exilio, así que había vuelto a España y había recibido ayuda para simular, en lugar tan lejano, que su oficio de magisterio no había sido anulado por las leyes de quienes, a partir del fin de la guerra, hicieron, eso decía mi padre, machuca y limpia con la hacienda y los valores de los que habían perdido. Un documento falsificado era entonces una moneda peligrosa, y que lo llamáramos maestro a él le parecía un reconocimiento y un salvoconducto. Mi madre lo trataba de usted.

Había llegado en barco, vestido de cura, el pelo casi rapado,

cargando una maleta de color madera que parecía pesar un quintal, pero la verdad es que dentro solo llevaba lo que debiera servirle para una semana, así como algunos libros que mi madre abrió para encontrarse dentro nada más que papeles que ella consideró peligrosos. En ellos había nombres y direcciones; la del canónigo, por ejemplo, el primo que finalmente se hizo presente para decir «a este amigo no me lo toquen, y a ti te lo encomiendo». Mi madre le besó el anillo, como solía, y él le dio un golpecito en la cabeza, «no seas boba, prima, que nos conocemos». Entonces rieron los dos, y yo también lo hice, como un entrometido.

El hombre vivía allí como si no estuviera. No se oía sino el gato, su maullido ronco de animal viejo. El maestro era madrugador como los gallos. Comía de vez en cuando, o eso creía yo, de lo que mi madre le ponía en la estera de la puerta. Lo dejaba allí y se iba corriendo hacia su casa, unos toques en la puerta y aparecía la mano rojiza de mi padre, «anda p'adentro», decía. El maestro hacía contacto con la cesta y la atraía hacia dentro con la parsimonia de los ciegos, a tientas, de modo que solo se le veía la mano, aquellos nudillos blancos del esfuerzo. A veces decía «ay», como si se resintiera, aunque no debía de pesar tanto la dichosa comida. Yo me quedaba atento por si además se quejaba o decía algo fuera de lo corriente y que mi madre debiera saber. Me tenían allí para eso, para vigilar la estancia del fugitivo. Cuando él ya cerraba la puerta y no había más ruido que el del aire de la platanera yo gritaba la consigna, «¡ya!», y todos los días mi madre repetía esa interjección, «¡ya!», desde dentro del sótano, su escondite. No me podía explicar por qué tanto sigilo por un plato de comida, si tan solo era pan para alguien que lo necesitaba. Cuando decía eso mi madre me miraba agrandando los ojos para que me callara, y solía contestar con un «tú ignoras», pero eso mismo me lo decía por tantas cosas que yo nunca le presté más atención que la que puede darse al paso de un pajarillo. Cuando el maestro, o su sombra, dejaba la puerta de la calle ella misma también dejaba su escondite, volvía del sótano o de la tronja, donde vete a saber qué habría estado haciendo, porque enseguida se iba a lavar las manos como si tuviera sarna.

Si yo aún no había cenado me sentaban a la mesa, mi madre me revolvía los pelos como si hablara y sin embargo allí no hablaba nadie, se alternaba el ruido de la cuchara con el de la masticación, y a veces mis padres se miraban como preguntándose. Luego me decían que me fuera a la cama, y desde mi cuarto yo los escuchaba musitar palabras de las que únicamente entendía trozos que poco a poco iba poniendo juntos, hasta que descubrí que lo que les preocupaba era aquella dichosa palabra, «dinamita». A veces se oían ruidos en la noche y yo distinguía entre los suspiros de quienes hablaban en la oscuridad el acento del maestro y me lo imaginaba a gatas, portando

algo, como si viniera del sótano. Mi padre lo acompañaba en esa excursión, mientras que arriba se quedaba mi madre haciendo bisbiseos para que tuvieran cuidado. Nunca supieron que yo estaba despierto, así que ignoraron durante mucho tiempo que todos esos días y todas esas noches los escuchaba desde mi cama, muerto de miedo. Esas visitas del maestro tenían lugar en la alta madrugada y debían de entrañar peligro, pues cuando ya se quedaban solos mi madre y mi padre hacían el sonido de los aliviados.

Para recoger el caldero de las comidas el maestro salía al dintel como si esperara una ráfaga. Yo le veía los ojos, a un lado y a otro, y me daba miedo que en la oscuridad pudiera haber ojos tan blancos. Parecía un gato asomándose a una puerta hasta que alargaba la mano, recogía la comida y luego desaparecía hasta llegar a lo que yo suponía que sería un camastro enorme, como de capitán de barco, a roncar suave como los abstemios. A la luz del día iba y venía con sigilo, para no alertar ni a los vecinos ni a los gallos, y hacía todo lo posible por saludar a mi madre como si le estuviera susurrando un pésame o como si no la conociera. Ella hacía lo propio, lo miraba de lejos y seguía recogiendo cualquier cosa del suelo, «estos hombres cuánto fuman, no se les ocurre limpiar el suelo ni de relance».

Mi madre se pasaba buena parte del día en la casa, bajo la maceta de los helechos, buscando el fresco. A veces la veía pensando, «en qué, madre», «en mis cosas, qué va a ser», y me acariciaba el pelo mirando hacia otro lado, su delantal oscuro, el peso volcado siempre hacia su pie derecho. Era solícita y eficaz, parecía una criada de casa grande, con el espíritu de una mujer emancipada y sola, aunque por allí andaba siempre mi padre, haciéndola partícipe de las conversaciones cortadas que tienen los matrimonios cuando han pasado los trajines del día y les queda solo desearse buenas noches. A veces se levantaba bruscamente de donde estuviera sentada, como si se acordara de algo pesaroso o de difícil recuerdo, y se persignaba diciendo al tiempo «cruzperromaldito». Entonces se santiguaba de nuevo, acordándose de sus padres, a quienes yo solo había conocido por los sueños que ella me contaba. Tras esos soliloquios a media voz terminaba pálida, y yo la veía mirar a un lado y a otro de la acera como si estuvieran volando cuervos o cernícalos, y cerraba la puerta a piedra y barrio, que era su forma de decir malas palabras.

Me fijaba en la tardanza de mi madre cuando iba a la casa del maestro, entonces yo no sabía lo que significaba el tiempo en los adultos. Ahora tampoco sé si aquello era tardar mucho o tardar poco,

o no tardar, sino vivir. Cuando volvía, ya con el caldero vacío y frío, entraba a la casa y yo iba tras ella escuchándole decir «pobre hombre, pobre hombre», como si lo hubiera hallado malherido o muerto, hasta que llegaba a la cocina y se sentaba a pensar en sus cosas, eso decía, antes de que hubiera que encender la luz eléctrica.

De vez en cuando yo mismo le sonsacaba. Sí, era verdad lo de la cárcel, él lo ayudó a salir y ahora lo chantajeaba, y ahora lo iba a ver a la casa y a la escuela y lo agarraba de las solapas o intimidaba con quitarle el trabajo de maestro, con mandarlo de nuevo al infierno, y los gritos se escuchaban como si los estuviera profiriendo también para que lo oyeran mis padres, «tus jodidos cómplices», exclamaba, y a mí se me hacía un retortijón en el estómago que ahora, cuando padezco la enfermedad del miedo, se me viene al sitio exacto en que entonces nació ese fulgor desgraciado que es temer, sentirte culpable e incluso serlo aunque no sepas por qué ni a quién exactamente le debes la pleitesía de la vergüenza.

El canónigo le pidió al Bigotes que ayudara al maestro y el Bigotes consiguió traerlo desde el destierro y ahí estaba, otra vez amenazado, un hombre solo, torturado en la guerra, que vivía como el cristal, expuesto de nuevo a las heridas y a la muerte, a expensas de quien para la historia pareció su salvador siendo, al mismo tiempo, su más cruel enemigo. Dijo mi madre: «El Bigotes está a esto de hacerlo desaparecer de nuevo, de meterlo en un caldero ardiendo, de ponerlo a saltar como una rueda de fuego, y no me extrañaría que un día lo encontráramos ahí envenenado con fosfeno». Eso decía.

Una vez, en una de esas noches oscuras en las que se oía todo, le escuché contar a mi madre, como si alguien le hubiera preguntado, de dónde venía el maestro. Era tenebroso ese origen, pues incluía las palabras prisión y tortura y miedo y Zaragoza y guerra y República y sangre y fusil y muerte, y clandestinidad también, y comunista, y «no se lo digas a nadie», una expresión que recibí desde entonces como si fuera una obligación que, de no cumplirse, nos iba a costar muy caro a todos; a la casa incluso, esas cuatro paredes podían saltar por los aires si no me callaba lo que iba sabiendo. «¿Tan caro como la muerte?». «Tan caro como la muerte».

El sigilo en casa parecía la prolongación de la clandestinidad en la que vivía el maestro, su casa vacía, los libros guardando papeles con nombres propios, direcciones que él debía usar si peligraba en ese destino que parecía un paraíso a punto de incendiarse. No me asomé nunca, ni él me dijo que lo hiciera, y en la escuela era como si no me conociese, sus ojos mirándome al flequillo, como mi madre. A Crispín sí lo llamaba, lo llevaba al interior, se escuchaban ruidos de arrastre y

luego un silencio que parecía un océano de miedo. El chico salía secándose las manos. Yo mientras tanto simulaba jugar con el pizarrín, pero no pasaba de la ele mayúscula. Los demás estaban en el recreo, pero por entonces yo no salía, pues ya se burlaban de mí y consideraban lícito o gracioso llamarme mutilado por mi cojera. Así que me defendía dentro de las cuatro paredes de la escuela, mirando el pizarrín vacío como si fuera un autorretrato. Entonces, cuando volvía Crispín y me decía que fuera a mear con él debajo de la palmera me atrevía a dar esos pasos, aunque no podía evitar los gritos de burla, «cojo de mierda», a los que alguna vez se unía también el Sacristán, con sus piernas gordas sobre una silueta de bobo. Cuando el maestro se asomaba, en circunstancias así, todos miraban hacia abajo y parecían buscar pedazos de lagartijas bajo el sol nublado y triste de los mediodías.

Ahora que lo cuento me parece estar allí, dentro de la casa, de noche, a punto de ver regresar a don Domingo, clandestino, al paseo verde que lo ampara bajo los helechos, sigiloso como un criminal reciente. Era solo un maestro.

Mi madre guardaba silencio, llevaba en la mano una carta prohibida. Yo la veía esperar tras la puerta entreabierta, hasta que el maestro pasaba y ella se adelantaba a darle el papel, como si fuera la entrega de un ultimátum o de un salvoconducto. Él lo recogía con el sigilo de un tigre viejo y seguía caminando como si nadara en el agua espesa y verde del estanque de los ahogados. Así ocurría muchas veces, el maestro recibía mensajes, mi madre los guardaba detrás de la talla, y a esas horas en que regresaba de un viaje que siempre parecía clandestino le acercaba el papel a la mano y él no decía ni ya lo tengo. Hasta que el hombre desapareció, pero eso fue más tarde.

8

Me toco los pies, las manos, abro los ojos y, en la oscuridad, quiero ser quien fui allá arriba, no haber salido nunca de aquella casa. Se revuelve el recuerdo como si se juntara todo, lo que fui y lo que soy, el pasado y el regreso. En realidad, estoy soñando, o siento que sueño, poco a poco levanta el vuelo la realidad y se posa sobre el pupitre, todo huele a pizarrín y a la ropa limpia de los lunes, los chicos sacan tizas del cajón y las arrojan, y luego miran a la pared como si no hubieran estado armando jaleo. La última imagen del sueño es la del maestro, huye como una sombra, un grito lo persigue y es una carcajada.

En la pesadilla se oyen todos los ruidos, lo que no comprendo es cómo he podido dormirme de pie, con la piedra caliente en la espalda. Me apoyo un poco más, he estado a punto de desplomarme, en el suelo se ve una escupitina. Allí estaba aquel hombre que levantaba por las solapas al maestro, la escupitina era de su boca, trasegaba tabaco y lo lanzaba al aire, el maestro ya estaba guardando sus cartas y al fin aquel hombre le escupió. Yo solo metí mi pizarrín en el pupitre; los otros chicos miraban, descarados, y a mi lado Jero se mordía las uñas.

El sueño acaba cuando comienzo a sentir miedo y entonces se diluyen las imágenes y estoy de nuevo de pie y tengo las manos secas. Todo apesta, por aquí han pasado los cerdos de aquel tiempo, el hombre que los vendía llegaba a la casa y mi madre abría la puerta, «adónde va usted tan sucio». Pero todo es mentira, no hay cerdo ni hombre, todo es confuso, hasta que suena una moto de gran cilindrada y el muchacho que la conduce escupe al aire cuando pasa junto a mí. Me atuso el pelo, hace años no sucedían estas cosas, pero el chico regresa y de nuevo hace lo mismo, escupe al aire y esta vez me da exactamente en la cabeza, después se marcha, riéndose sobre el sonido estruendoso de su imponente vehículo.

Por fin pongo un pie en el suelo y me someto al riesgo de poner el otro, y entonces ya las cosas se arreglan, no tienen otro remedio, regresa el silencio a la punta del Muro. En las esquinas de siempre asoman sombras de nuevos inquilinos que fisgan tras los ventanillos viejos.

El barrio era parte de una fábrica de sueños de los que desperté sangrando, con aquella mano que me golpeaba contra el muro sucio

de la platanera. Despertar fue tener en vilo esa expresión babosa de Crispín cerca de los ojos. No era posible dormir sin miedo a que al despertar ese grito de burla estuviera otra vez ahí, como un espejo sucio. Ellos me llamaban cariante porque no me podía subir al muro, me daba miedo escalar la Montaña de los Grandes Árboles y miraba atrás, como un loco, por si me perseguían alimañas. Por entonces yo quería ser el Capitán Trueno, o Goliath, los sonidos y las imágenes de los cuentos vivían dentro de mí mientras dormía, y muchas veces me despertaba sudoroso, gritando «¡auxilio!» como un herido. Quería ser esos dos, Trueno y Goliath, y para burlarme de él le puse «Crispín» a Obdulio; «es más tu estilo», a él no le gustó ese nombrete, pero se quedó con él como yo me quedé con el sobrenombre de «Lonas». Yo inventaba palabras, era incapaz de otra cosa, y cuando las palabras se hacían presentes me escondía, como si fuera otro el que las había dicho, las dispersaba como quien riega el patio para hacer que las inmundicias se vayan por el sumidero.

Ahora ya no hay nadie alrededor, de modo que regresan imágenes a las que me abandono. Ocurren dentro y fuera de la casa, todo está siendo a la vez, la cabeza me da vueltas hasta que algunos sucesos se ponen en primer plano. Ya estoy perfectamente despierto y es azul el cielo que reconozco.

En casa se burlaban de mí, mis padres me llamaban «héroe» para joderme. «No te dejes acobardar, muchacho», decía mi padre, y me revolvía el pelo, riéndose de mí mientras yo me calzaba los pies torpes. Él me miraba, «¿ves como estás mejor?», y me ayudaba a avanzar por el pasillo oscuro. Llegar a la escuela se me hacía un mundo, hasta que me sentaba en mi sitio y ya nadie podía decir nada más de mis impedimentos. «Sentado eres el rey del mundo», me decía el maestro, que siempre me tocaba la nariz cuando se burlaba. Yo le tenía ley al maestro, me parecía tan indefenso, con esa mirada siempre huyendo de los ojos ajenos. Mi madre me dijo un día «cuídalo», refiriéndose a don Domingo, y eso me dio fuerza para querer que le fuera bien, y sufría cuando los chicos lo avergonzaban, aunque él respondía como si no los escuchara, las manos en los bolsillos, hundida la barbilla sobre el primer botón de la chaqueta.

Ahora ya todo es recuerdo, como el color azul del amanecer del día siguiente, cuando ya del maestro no se sabía nada, lo borraron del mapa. ¿Lo habían matado? Solo supe noticias vagas, pero nadie dijo que hubiera muerto, se habría sabido en todo el barrio y se hubieran cerrado los ventanillos, porque allí la cobardía era más fuerte que las

malas noticias.

9

La noticia se formó a partir de exageraciones del barrio. En un sitio decían que Crispín le había echado veneno a la comida, pero nadie había visto al chico a esas horas por los alrededores de la casa. En otras habladurías se explicaba que el maestro mismo había incendiado el camastro. No había pasado nada de eso, pero todos los días amanecía el aire contaminado con noticias así, que iban pasando, deformadas, hasta ser como la novela de las cinco, increíbles. Lo cierto es que no había ocurrido nada de todo aquello, porque nadie sino mi madre iba a la casa. Del maestro y de su vida en aquel culo del mundo que era su parte del barrio nadie sabía nada excepto mi madre, que iba a llevarle la cesta desde que le encargaron que a la vez que lo entretenía o lo alimentaba fuera la que diera aviso a la policía si el hombre salía de los límites de aquella prisión bajo palabra. La policía era el Bigotes.

Al maestro, pues, lo trajo aquel fascista y lo paseó como quien viene con un encargo dentro de una caja de serpientes. Le dijo a mi madre: «Este es el maestro, ya sabes que me lo manda el canónigo, él sabrá lo que hace. Échale un ojo, de ti depende que no me enfurezca».

Ella no supo qué contestar, y además entonces quién podía decir nada, así que aquel al que empezaron a llamar maestro le lanzó una mirada degollada y ella le sonrió como pudo, arreglándose el pelo y agarrándose las mangas, por hacer algo y no parecer ausente del escenario, o eso me pareció a mí que sucedía. «Viene de haber estado en el lado equivocado de la guerra, ¿eh, maestro?», añadió el falangista, riéndose como si fuera cosa de broma lo que andaba contando. Mi madre asintió como solía cuando por allí pasaban personas estrafalarias. Detrás de su pregunta quedaba un aire de trofeo militar, una conquista, pero aquel hombre parecía muerto de miedo y yo sentí que era él, tan asustado me quedé de lo que estaba viendo. Al irse, el Bigotes dio otra orden, que mi madre escuchó con la cabeza gacha: «Mañana el maestro empieza en la escuela. De lo que haga fuera de allí te hago responsable, tú aquí lo controlas, y que esté quietito, que ni Dios ni el canónigo lo perdonan todo. De la escuela a la casa. No tiene otra cosa que hacer, ni tampoco es obligatorio que en el barrio logre amistades».

Mi madre se puso tan nerviosa con esas noticias húmedas que cerró

la puerta y me dejó en la calle, hasta que se dio cuenta y regresó a recogerme del frío. El maestro se quedó afuera, como yo, no dijo nada, hasta que ella salió, le enseñó la casica en la que hubo aperos, le dijo que aquí tendría ropas y mantas y cocina incluso, le señaló la puerta con su llave, y a mí me dijo, entrando: «Pasa y no salgas más». Después estuvo rebuscando debajo de la cocina y halló unas viandas que tenía frescas, así que cuando comprobó que el falangista se había alejado lo suficiente, salió a la calle con eso en la cereta de llevar en las manos y fue andando despacio, mirando a los celajes como si fuera Caperucita, hasta que tocó dos veces en la puerta abierta y el hombre se asomó ya sin chaqueta, la invitó a entrar y allá adentro estuvieron hablando como si se conocieran. Él no salió a despedirla. Se decía que aquella noche el hombre había tiritado de miedo cada vez que se oían voladores.

En casa mi madre no dijo nada, pero cuando le contó a mi padre las cosas que habían pasado me dijeron que me fuera a la cocina y ellos se encerraron en el cuarto de dormir, donde debieron de estar dilucidando el porvenir de aquella vecindad. Al fin me llamaron y me dijeron lo que luego llegó a ser habitual entre las palabras de la casa: «Tú estate calladito».

Desde entonces había una vez al día en que mi madre le llevaba al maestro, estuviera él o no en su casa, comidas que mi padre traía de esos mundos, que necesitaban de cocina y cuchillos y tenedor y de todo, aunque de todo había en el chamizo, o eso decían, y también había piedra de lavar y barreño para que el hombre se aseara y no apareciera más, pues era el maestro, como un apestado o, como decía mi madre de todos los que compartían ese aspecto, «un desprestigiado». Mi padre también iba a verlo de vez en cuando, le llevaba juegos de cartas y periódicos viejos que traía de la ciudad o de las barberías, y entre ellos había a veces risas como de estarse contando cosas que los dos hubieran vivido cerca, en el tiempo o en los sitios.

Mi padre había estado en la guerra, por Zaragoza, como el maestro, y tenían muchas cosas que parecían comunes, incluido el tipo de armas que lucieron, pero no el bando al que habían pertenecido. Aunque de eso no se hablaba en casa, luego trascendió que el maestro había estado de parte del gobierno republicano, mientras que mi padre fue llevado voluntario; era así: te mandaban como voluntario, a luchar a favor de los insurrectos, aunque él nunca hubiera tenido esa preferencia, puesto que era un anarquista cuya madre le había obligado a lucir un uniforme que le duró lo que un suspiro. Enseguida lo licenciaron, tenía que mantener a sus padres, muy viejos y lisiados. Por eso lo llamaban cobarde («cariante», le decían) por la calle, y él se refugiaba en la casa o en el bar de chochos que montó cuando tuvo

miedo a la delación y a esos insultos. Algún tiempo después ya recobró las ganas de seguir vivo y entonces se hizo capataz de carreteras, por eso tenía a su disposición dinamita que guardaba donde el sótano de los ratones, lejos del alcance y del olfato del barrio y de la gente.

Don Domingo nunca salía del chamizo cuando estaba libre, y a mi madre le daba pena su soledad de los días festivos, «ese hombre se va a secar como la palmera», decía, así que lo hacía venir y hablaban los tres en la cocina. A mí me metían en el cuarto, porque de las cosas que había dicho el falangista una era que no se les ocurriera dejar que el maestro estuviera cerca de mí, bajo ningún concepto. Una cosa es que estuviera con los chicos en la escuela, donde había tantos testigos, pero ese hombre, le había dicho el Bigotes a mi madre levantando el dedo como si la acusara, «no es trigo limpio con los muchachos, se dicen de él muchas cosas y ninguna es buena. Sé por qué está aquí y no en la cárcel ni muerto… Me dicen que los curas lo protegen porque los alivió de la sospecha de que sus compañeros de sotana tenían sus mismas aficiones, y prometió que no se iría de la lengua si lo dejaban salir a cualquier parte. Y ya ven, le tocó a este barrio». Yo escuchaba desde el cuarto de las herramientas, las rendijas son sabias como periódicos. «Levántate y camina», decía mi madre, «que esa pierna se te va a quedar entumecida».

Mis padres me dijeron que no sabían por qué era aquel batiburrillo, pero yo sabía que mentían, y pronto se supo por todo el barrio, aunque la gente no lo dijera en voz alta, que una de las razones por las que se consideraba a aquel hombre un apestado era porque, eso dijo el falangista con la boca de medio lado, era un pederasta, un pecado que no había que divulgar pues «si se portaba bien», acababa el castigo. Ni era un pederasta ni lo sería, el Bigotes lo sabía, pero cuanto más insulto le añadiera al daño más ruin sería el sujeto y más justo parecería su castigo… El Bigotes dejaba en la casa esos rumores, una calumnia negra que él esparcía ufano, permitiendo que la difusión del daño fuera responsabilidad de los que escuchaban. «Vil» era la palabra que mi madre hizo sinónimo del Bigotes, aunque en ese entonces no había sinónimos en el barrio.

10

Lo de Lonas fue porque en la calle era el único que iba calzado. En un barrio de descalzos, aquello era una demostración de cobardía. Tener miedo a los guijarros que quedaban de las sorribas era cosa de señoritos, así que me perseguían en la escuela, al entrar en casa, en los juegos, me gritaban cariante, pollaboba… Le dije a mi madre que me dejara ir descalzo, un muchacho con lonas me cuesta risas todo el día. «Tú vas como tú vas, ya se enterarán de lo que ganas guardándote los pies».

Un extranjero quiso hacer fotos de los chicos del barrio y todos posamos junto al barranco, callados para no salir con la boca abierta en el retrato. Cuando vieron la fotografía, los muchachos se burlaron de mí: «¡El único con lonas!», y ya fui el Lonas hasta hoy. Acaba de repetirlo un hombre al ver mi sombra contra la pared de aquella adolescencia: «A lo mejor es otro y no el Lonas. El Lonas ya se debe haber muerto».

Era por la tarde cuando nos poníamos allí, como si esperáramos algún acontecimiento. Pasaban coches viejos que entonces eran nuevos, con la rueda de repuesto de color blanco junto a la puerta del chófer, que llevaba el codo al aire. Una de esas veces ocurrió algo que fue como de una película americana en la que hay un personaje que representa al muchacho cobarde que acude en un coche así a una casa de lujo con la que sueña y a la que va tras el brillo de luces de los techos bajo los que habita el Gran Gatsby. En aquella imagen que fue nuestra cuando éramos chicos había un hombre y una mujer vestidos para una fiesta, que conversaban en la parte de atrás del automóvil, y nosotros, ante aquel pasaje feliz, como de cine, nos callamos como si pasara una misa o Dios o como si algo nos estuviera contando que en otra parte de la vida había sensaciones así, de irrealidad o de belleza. Nos quedábamos quietos hasta que alguien decía que no fuéramos bobos, que eso solo pasaba en las películas, pero nosotros aún no habíamos ido nunca al cine.

Pronto supimos que esas eran personas como nosotros, porque a veces los veíamos toser al pasar el muro hacia el chalet de las letras grandes, y eran como nosotros, en efecto, también eructaban y se

quitaban los calcetines y los lavaban como hacían en casa nuestras madres. En ese chalet que veíamos como si fuera un pasado en el que otros iban a ser felices o ricos habían puesto letras grandes en los maceteros para que supiéramos, por sus iniciales, que ellos eran los propietarios de la fiesta.

Por las tardes Crispín nos llevaba hasta allí con sigilo y, cuando nadie estaba mirando, nos obligaba a tirar piedras para romper los maceteros. «¡Pa que se enteren!», gritaba, con una nueva piedra en el bolsillo, la comisura de los labios mordida en señal de esfuerzo, y al final el insulto: «¡Cabrones!». Los dueños nos miraban por una rendija y una vez salió una mujer vestida de blanco satén y nos lanzó esta única palabra que se me quedó en la cabeza: «Pordioseros». Luego supe, porque el mundo me dio muchas vueltas, que esa palabra venía de los pedigüeños que invocaban a Dios al ofrecer la mano. También que era un insulto, una manera de construir un muro que, en su cúspide, tenía cristales rotos, como las alambradas que guardaban las huertas de los golfillos, y que a veces los golfillos tenían instinto asesino.

Ellos no se enteraban, lo seguían como si, igual que a Crispín, les gustara el oficio de amedrentar. Provocar al otro, sentir el peligro, sacar un cuchillo, ponerlo de rodillas, saberse más potente que tú. «Nadie es mejor que nadie», decía el maestro en la escuela. Pegaban, Crispín y los otros, para dejar su firma de valientes en el cielo de la boca de aquel que merecía tunda o desprecio. «Pobre Crispín», decían en casa. Pobres de todos nosotros, tan valientes y luego tan mayores o desaparecidos. Han transcurrido sesenta años, o mil, quinientos quizá, yo qué sé, y ahora, al ver la sombra sucia que hacen los automóviles cuando pasan por este mismo sitio, me viene a la cabeza el Muro lleno de muchachos, la luz del sol cayendo cenicienta y mi sudor de mano usada viendo cómo se acerca a mí, burlón, el más valiente de todos ellos, quién si no. Dónde estará Crispín, dónde estará mi amigo.

11

Ya íbamos al cine, ya teníamos con qué. Nos pagaban dinero por ayudar en las obras y algunos llevábamos lonas, vestidos de dril, y hacíamos cosas estrafalarias como mirar las películas vueltos del revés, de espaldas a la pantalla. Teníamos edad para hacer lo que nos diera la gana, y a alguien se le había ocurrido que mirar todos hacia el mismo sitio en el cine era una costumbre de viejos, todos lelos ante la pantalla. Era domingo, vestíamos de limpio; en casa se quedaban los padres como abuelos prematuros, oyendo la radio o, los que la tenían, viendo el blanco y negro de la televisión de entonces. Recuerdo a mi padre llorar de risa ante algunas escenas, pues cuando empezó la tele casi todo era de risa, al revés que en la calle.

Mirando el cine de espaldas, en una de aquellas salidas nuestras, a uno de los chicos se le rompió el pantalón mal cosido y tuvo que salir a la calle con las manos en el culo, pegándose a las paredes hasta llegar al barranco, donde se lo puso del revés, de modo que llegó a casa con una bragueta delante y otra detrás. Nos burlamos de él por tomarse tantas molestias, porque entonces no había gente que nos viera aquellos domingos que parecían misas, el cielo encapotado, calor de humedad en las calles grises. En cuanto a las películas, uno las contaba y los demás reíamos o hacíamos cualquier coro, un escándalo en el cine, la gente nos gritaba para que nos calláramos, pero nuestra diversión eran esos chillidos mientras de la pantalla surgían los ruidos cinematográficos.

Ben-Hur, me acuerdo de *Ben-Hur*, la perfección de los cuerpos, esos carros que parecían locuras que iban a enfrentarse a tu cara si mirabas; así que en esa ocasión estábamos todos menos el narrador, que solía ser Jero, dándole la espalda al celuloide, escuchando una narración estrafalaria que no tenía nada que ver con la película. Ni el ruido ni las caras decían lo que contaba Jero, así que todos reíamos como si asistiéramos a varios espectáculos a la vez. Uno de los chicos se meó de la risa, de tal manera que tuvo que salir tapándose sus partes, como un apestado, igual que aquel al que se le habían roto los calzones.

Una de esas veces nos acompañó al cine el amigo Bonilla, que era el más simpático del pueblo, al que yo había visto algunas veces riéndose solo junto a la plaza, mientras fumaba un cigarrillo —solo él fumaba

por entonces—, esperando a otros amigos que se hubieran retrasado. Ese día le dije: «Ven con nosotros, que vamos a ver *Marcelino Pan y Vino*». Como no era de acción, vimos todos la película mirando a la pantalla, lelos como los viejos, pues se trataba de una historia sentimental que nos agarró desde el principio porque ocurría en medio de una pobreza que se parecía a la nuestra, y había curas, como en el pueblo, y se aparecía Dios, que era también una figura que siempre nos decían que nos estaba observando.

Cuando le pregunté a Bonilla por qué lloraba se levantó del asiento y se fue, y ya no me dijo nada las otras veces que lo vi, solo, esperando a amigos en la plaza. Aún lo recuerdo, de pie, las manos en los bolsillos, el pantalón vaquero deslucido, y no me perdono no haberle dicho nunca, en alguna de esas ocasiones en que ya no me reconoció, que me hubiera gustado ir más tardes al cine con él, y llorar, si esa era la consecuencia de lo que veíamos, pero ni aquella última vez tuve sensibilidad para imaginar que lloraba por algo, y tampoco supe preguntárselo.

También fuimos a ver *Los diez mandamientos*, que era igual de grandiosa que *Ben-Hur*, pero ahí algunos de nosotros ya trabajábamos cuidando niños esas tardes de domingo e íbamos muy formales a ver las películas tal como eran, sin imaginarnos diálogos ni escenas, pendientes de los chiquillos, que mascaban chicles de niños ricos. A mí de esas sesiones me resultaba intrigante el origen del perfume que llevaban esos niños, como si vinieran de otro mundo en el que se perfumaba la vida de otra manera los domingos por la tarde. Yo procuraba no acercarme a sus ropas ni a su piel, intentaba por todos los medios que no se notara esa especie de envidia de olor que evidentemente sentía, pero como tenía que llevarlos de la mano, enseguida que los dejaba en la casa (una casa grande y verde que luego, ahora que he venido, he visto que ya es como todas las casas rotas, una ruina del tiempo) me ponía a olerme mis propias manos como para retener esa impresión de lujo que esos niños dejaban en las butacas del cine Olympia, que era el sitio donde viví aquellas experiencias mientras se nos iban rompiendo los pantalones al tiempo que nos hacíamos mayores y sabíamos más cosas, no todas ellas alegres como mirar *Ben-Hur* con el loco de Jero haciendo de locutor cómico.

Una de esas veces que volví del cine con los niños y me desprendí por unos ratos de lo que pasaba en el barrio y en la casa me encontré a Crispín corriendo desde el camino con el miedo en la boca. Al fondo, detrás del muro, había una lengua de fuego como saliendo del cielo, y unos estampidos que parecían venir de las películas. Quise detener al

muchacho, pero él señalaba hacia la procedencia de esos griteríos, pues no solo se escuchaba la metralla sino un gentío que reclamaba agua para sofocar las llamas. De lejos vi cómo mi padre formaba parte de aquel pequeño ejército que llevaba cubos insuficientes para arrojar agua sobre el origen de aquel incendio tan temido.

Mi madre se acercó a él y le indicó que yo venía por el camino, ahora envuelto en una peligrosa aleación de fuego y dinamita, los olores que más debían de temer. Después ella corrió a mi encuentro y me preguntó, como si yo supiera algo, si había visto al maestro en esas horas en que había estado en el cine con los niños. No, no lo había visto. «Pues vete a la casa», me dijo, «y no le abras a nadie, esto es muy grave». La lengua de fuego hacía ruido de cristales rotos, y por allí estaban los Pacheco con unas mangueras que aparecieron milagrosamente, y mujeres y hombres seguían trayendo, a duras penas, bidones llenos del agua verde del estanque del que se alimentaban las ranas.

Aquello era como una carrera de sortijas que me paré a mirar justamente desde el mismo sitio en el que estoy hoy, volviéndome hacia la casa de las iniciales en la que ahora hay una guardería. Ahí enfrente corríamos las cintas que llevaban la mecha hasta el que aquel día fue el origen del fuego, la pólvora, que se quemó casi por completo hasta originar el incendio más grande que se había vivido en el barrio, el pueblo, la ciudad y, según un hombre que lo exageraba todo en sus cuentos, Antonio el Morisco, el mundo entero. Yo me puse la mano en la boca por el asombro y no me pude mover durante un rato, igual que ahora que evoco aquel desastre como si hubiera pasado en la puerta misma de mi casa.

Cuando ya hubo paz y los Pacheco cerraron el negocio hasta reponerse de la ruina y del susto, la gente empezó a preguntarse qué había pasado, y mis padres callaron. Todo fueron entonces habladurías que yo mismo escuchaba en este sitio, pues el Muro era como el de las lamentaciones, donde todo el mundo venía a dar cuenta de sus imaginaciones o mentiras. Quedó descartado que hubiera sido por la dinamita; «la puta pólvora», dijo uno de los fogueteros, así que mis padres respiraron tranquilos y mi madre sintió que debía decirlo en alto para que yo lo escuchara. No lo bisbiseó como tantas veces, lo dijo en alto, y luego salió de la casa. Me pareció que iba a decírselo al maestro, sobre el que el Bigotes había iniciado algunas maledicencias. Yo había visto al maestro aquel lunes en la escuela, estaba diciendo la lección de Zaragoza, que era de donde venía, y nadie podía decir que aquel hombre con sombrero de fieltro, un puntero de enseñar los mapas en la mano y la barba afeitada como de recién casado pudiera ser sospechoso de otra cosa que de haber llevado alguna vez un mosquetón en una guerra que perdió. Parecía

un joven avejentado que viviera solo antes y después de dar sus clases. A esas alturas ya nadie recordaba las calumnias del Bigotes, cosas de la guerra, decía mi madre, mi padre callado, sus uñas sucias, los ojos con aquella lágrima entretenida que tenía en sus ojos chicos.

12

En la foguetería nos ganábamos perra y media y una palmada pasando canutos para la mecha. En un proceso diabólico, de cuyo peligro nos prevenía el maestro, íbamos rellenando cartuchos hasta que estaban disponibles para formar parte de las ruedas de fuego. A Crispín le daba miedo aquella factoría, pero lo disimulaba. Él creía que la pólvora le podía explotar en las narices y yo le decía que la pólvora solo explota cuando hay fuego. «¿Y si alguien arroja un fósforo?». Ni así me importaba lo que a Crispín le pudiera aterrar. El chico con más coraje de este Muro tenía terror como cualquiera, pero yo le guardaba la cara como el más valiente del barrio. Él, sin embargo, me trataba siempre como a un cobarde. «¡Pollaboba, bailas hasta parado!». Por eso verlo huir aquel domingo, despavorido, me causó la impresión de que o bien escapaba de un delito o, simplemente, se iba de donde pudiera ser acusado.

Las ruedas de fuego eran como aceite hirviendo, las cargaba el diablo. Mario, al que llamábamos «el foguetero», murió en uno de aquellos pueblos de fiesta y sudor, por culpa de la pirotecnia. Iba detrás, en el camión de mi padre, a cuyo volante negro estaba Agustín, al que llamaban «Bubango», Agustín Bubango, le decían, como a otro lo llamaron «Carlitos Calienta el Caldo», porque desde lo alto del barranco la madre le gritaba eso, «¡Carlitos, calienta el caldo!», para que pusiera al fuego el almuerzo.

Durante ese tiempo todo giraba en el barrio en torno al mismo olor, una fábrica de miedo, por la que caminaban, descalzos y sin camisa, operarios a los que mirábamos como a héroes capaces de cualquier hazaña. «¡Mario, salta si empieza el fuego!», le habían gritado. Él gesticuló, no dijo palabra, el pavor no habla sino que grita, y Mario al fin no pudo saltar, lo paró el ventarrón de fuego, ese sonido que ya se quedó como una herida en los que lo vieron morir. Contaron en el barrio cómo fue el suceso, pero yo no quise escuchar, para que no sucediera. No hay que oírlo todo, igual que no se puede vivir todo en la vida. Al cabo de los años encontré en un baúl de madera esa foto de Mario que ha seguido conmigo por todas las casas. Descalzo, la mosca allí, haciendo su trabajo en la comisura, el semblante dibujando ya una especie de resplandor tachado. Los chicos del barrio vestíamos siempre igual en los retratos, todos teníamos la camisa blanca con la

que Mario acudió también a retratarse. No sé por qué demonios nadie ríe en esa fotografía en la que yo amusgo los ojos como si hiciera sol en aquel barrio cuyo cielo a veces era gris como las abejas. Ahora que digo «Mario» escucho fuego alrededor y me da miedo de las fiestas, como a los perros y a los niños.

Esa expresión de los padres, «no juegues con fuego», era una advertencia para que estuviéramos atentos a lo que podía estallarnos en las manos. Yo no creía que hubiera peligro. Tampoco tengo esa conciencia ahora. Detrás de mí se abre el barranco como un ventarrón que me obliga a andar, pero me aferro contra el riesgo de llegar antes de tiempo. Amenaza lluvia, de pronto sale el sol y, como antiguamente, el arcoíris fascina a los niños, y yo estoy entre ellos; me veo jugando sobre la tierra, la huelo, nada hay mejor que volver a ser el niño que pedía por carta unos juguetes que jamás llegaron al rincón vacío de la casa. Una mujer vestida como de monja aparece a lo lejos, trae una bandeja de dulces, y se esfuma en la alucinación del mediodía. Tengo sed, y hambre, cuando despierto. Echado en el suelo observo alrededor un grupo de chicos a los que reconozco, pero poco a poco encuentro que estoy solo, aunque alguien, quizá un antepasado o su nieto, me ofrece de comer una mazorca de maíz que huele como antaño. Mientras me la como desaparece también ese muchacho, y yo mismo despierto de tan curiosos sueños. Dormir de pie, decía mi madre, es una facultad propia de los que están solos. Se despejó la lluvia, el sol cayó a plomo desde entonces, miré a los lados por si acaso. Ya en la casa de las iniciales no debía de vivir nadie, era una ruina. Saco un cuchillo del bolso y me pongo a pelar una manzana reineta. El sabor es siempre mejor en el recuerdo. Cuando guardo el cuchillo siento un resplandor que parece de espejo, me ciega por un instante, estoy feliz de haber vuelto, como si despertara de un siglo y fuera otra vez un muchacho en busca de cobijo, el solitario que regresa.

13

No sentí miedo en aquella adolescencia, pues, como si estuviera acomodado dentro de una redoma de hierro, me creía inmune a cualquier ataque, hasta que este ocurrió y brotó aquella sangre que ahora contemplo como un espejo que me mira, ahí, en esa pared donde queda la huella, que no solo es un recordatorio sino un puñetazo o un alegato sobre el tiempo en que la maldad era parte de los saludos. Estaba tan protegido entonces, sin embargo. Mi madre era mi coraza, qué iba a saber yo, si ni siquiera tenía idea de que existiera la palabra coraza. Así que nunca sentí que nada, excepto la enfermedad, aquellos pies deformes, podía matarme o impedirme subir a cualquier sitio, subir y bajar, por ejemplo, de este muro que ahora parece un fuerte de juguete en el que trato de buscar las inscripciones de los insultos que nos dedicábamos entre nosotros. A mí me llamaban «cambado»; en ese tiempo desconocía el contenido de maldad que tenían las palabras, y era cambado como si hubiera sido rubio o sietemesino o del Barcelona, y me gritaban la burla riendo, como si los chicos tuvieran la virtud de no creerse ni siquiera el daño que causaban. «¡Muérete!», gritaba Crispín mientras me golpeaba el cráneo, con la saña que ahora es para mí mucho más que una palabra con eñe, como daño o sueño, es una palabra que se construyó entonces como nosotros perfilábamos las cañas antes de que estas fueran parte de la pólvora y de los voladores. Pero, mientras él me golpeaba, yo sentía que era otro yo el que recibía los golpes, y aún me pasa y me seguirá pasando, hasta la muerte será un golpe que miraré como en cabeza ajena.

«¡Muérete!», gritaba Crispín, tan malvado. No recuerdo que yo tuviera conciencia de que las personas morían. Desaparecían, no estaban ya en las casas, lloraban los parientes por su desaparición, pero no nos dejaban verlos, no los veíamos, era como si una lluvia de oscuridad se los fuera llevando. No había muerte, había desaparición y duelo, llanto y gritos, desfiles de personas tras un baúl alargado, tristes, de negro, pero no había muertos, nosotros no podíamos ver a los muertos.

Sí estaba aquel hombre que iba por las casas tocando con sus nudillos gordos, una libreta en la mano en la que iba anotando ceros y rayas con su lápiz carnoso y afilado. Gritaba «¡la muerte!, ¡la

muerte!», con los ojos rodeados por un cerco blanco, de desnutrido, gordo como el pino que nos miraba desde la montaña. Cuando se acercaba a la casa mi madre me guardaba bajo los faldones negros. «No es nada, capitán, es solo la muerte», me decía el hombre, al que yo veía como a un gigante con sus dientes al revés en aquella cueva enorme que era su boca.

Durante algún tiempo pensé, con el regocijo ante lo que se piensa y no se debe decir, que la muerte era tan solo una mala palabra que un hombre traía hasta la casa para que mi madre pagara por no tener que pronunciarla.

Pero yo era indestructible, como el cielo. ¿Alguien vio alguna vez que se rompiera el cielo? ¿O que del cielo manara sangre como de las heridas de los muertos? Ni cuando había tormentas se rompía el cielo, y mi madre advertía: «Si hay trueno es que algo se rompe en el cielo». «¿Y si hay rayo?». Ella era veloz como una chiquilla: «Si hay rayo es que ya el cielo está roto». El hombre de la muerte dejó de venir años más tarde, cuando yo ya era el muchacho que se había ido tras los diversos incendios que causaron el tiempo y la desgracia. Ahora miro hacia arriba y soy capaz de imaginar el paso de aquel hombre tocando, casa a casa, para vender su trozo de cielo en el cementerio.

Una vez, cuando era parte de los gritos de la calle y Crispín ya me había hecho sangrar contra el muro de la huerta, pasé por la carpintería del barrio, vestido con mi pantalón blanco, mi camisa blanca, calzado con lonas de color canelo, como de antiguo, y al ver en la calle una tabla larga, pulimentada como una mesa al revés, sentí que jamás iba a dejar de ser de este mundo de sol y de galletas, que sería inmortal como los santos y como los almanaques, aquel día tan soleado. Entonces pensé que no habría mal alguno en pisar ese clavo que sobresalía. Era un clavo grande, afilado, parecía brillar bajo el sol de la tarde, tan fuerte ahora en este lado del barrio. Pero cuando hice el gesto de acercar mi suela de goma al clavo limpio, pasó la sombra de un hombre que recogía basuras de las carpinterías, me miró de reojo y dijo algo de lo que entendí solo la palabra «pudras», que debía de formar parte de lo que decía la gente para desear la peor suerte a otros, «por ahí te pudras, baladrón», que era una forma de decir, y muchas veces lo decían los adultos, hijo de la gran puta.

Era tan grande el clavo como un cuchillo, la punta hacia arriba, mirando a mi frente, una amenaza que parecía también una invitación a la sangre. Pisé como quien busca juego y encuentra dolor. La sangre brotó como un torrente negro que yo solo miré un instante. De pronto todo dio vueltas y con las dos manos traté de mitigar ese chorro caliente que parecía amenazar mis ojos. Hasta que ya no vi nada. Si

me hubiera quedado algo de consciencia todavía habría dicho para mí solo que, en efecto, ahí se hallaba la muerte, que la estaba viendo con sus dos ojos huecos, solitaria como la mano de Dios haciendo ademanes con dos dedos yertos, como bendiciendo. Lo escribo y miro mis pies; lo que hacen los años, lo que duele este suelo que piso.

Me recogieron inconsciente, ese balbuceo de los moribundos, o el duermevela de los suicidas, media sonrisa disimulando la agonía, a media luz este ojo con el que ya empecé a ver gente. Vino un médico que parecía alarmado por lo que pudiera pasarme, «esas cosas se infectan», y en medio del desconcierto de los mediolutos que había en la calle, con la gente siempre esperando que una desgracia anime las conversaciones de los mediodías, aquel hombre de luto sacó de un maletín viejo una jeringuilla y me puso una inyección contra el tétanos, que en aquel entonces nadie sabía qué era. La jeringuilla, larga como un clavo negro. Cuando creyó que yo ya estaba fuera de peligro, el médico miró hacia donde se encontraba mi madre y dijo algo que a mí entonces no pareció alarmarme:

—Ha estado a punto de irse al otro barrio.

Pues en barrios estábamos. La escasa multitud se fue dispersando como los suspiros, y Crispín llegó hasta mí para agarrarme el hombro, y se atrevió a decirme el Sacristán, urgido por la súbita evidencia de su palidez: «No lo hagas más», su culo gordo alejándose, su mano blanca diciendo adiós cerca del muro donde los demás muchachos ya reían por cualquier cosa. Mi madre me atrajo con la mano, y dijo lo que luego sería, en mi edad adulta, una manera de referirse al contenido profético de sus advertencias:

—Mira que te lo tengo dicho.

El Sacristán se dispersó en el aire de la tarde, la neblina pútrida que a veces rompe el sol, como ahora mismo que hago el recuento y más o menos se aproxima la hora en que, en aquel tiempo, yo estuve a punto de ser de otro barrio y de nada.

Subimos la cuesta entre risitas ajenas que venían de los ventanillos del barrio, con un pie herido, el valiente muchacho que desafió al cuchillo que era el clavo, subiendo de la mano de su madre, y a nuestro paso las rendijas de las puertas se abrían como el eco de lo que se alcanzaba a escuchar: «Ese chico enloqueció por algo». «Mira que creer que los clavos no pinchan». En la casa se había suspendido el duelo, pues el drama acabó antes de que llegaran las plañideras.

Estuvo a punto de irse de este mundo, pero no se fue. Aquí está. De hecho, aquí está, cojo como siempre, un pie sangrando, la madre pálida como una mala noticia, los vecinos asomados a medias, mirando desde las puertas entornadas el regreso del héroe chiquito que se arrastra como una sombra, la sangre haciendo huella sobre la tierra. Cojitranco, aterido por el miedo, cuidando de que un pie y el

otro no se confundieran y dieran de bruces con su cuerpo que parecía el sueño de un moribundo… Hubo algún momento en que, para huir del dolor, para sentir que los pies me eran ajenos, decidí que era el otro y no yo el que subía a trancos indecisos ese camino que yo me conocía como si lo hubiera escrito. Era yo, y el dolor era yo, mi madre me decía «mira hacia adelante, no seas bobo», y con la cabeza gacha llegué a la casa donde había, esperándome, la luz horrible del anochecer en las casas pobres.

Irse no era para mí, en aquel entonces, sinónimo de otra cosa que del verbo que se aplica para contar que te estás marchando, que traspones, que sigues otro camino, que te escapas. El médico quería decir, naturalmente, que yo había estado a punto de morir. Mi madre se hacía cruces mientras me ponía las lonas, manchadas de lunares rojos de sangre que parecían negros. La sangre y el negro bajo el sol del verano, la vida como un eco y yo despertándome mientras mi madre seguía diciendo, una y otra vez: «Malimpriaditas lonas». Ahora todo me parece «malimpriadito», por eso estoy aquí, como si quisiera lanzar lejía sobre el pasado. Ese muro mirándome con su sangre vieja. Golpeo los zapatos contra la piedra; no hay polvo ni arena, no hay nada, de lo que hago solo sale sonido, y nadie me oye.

14

Bajo este palmo de tierra debe de haber aún sangre pegada, de mi cabeza, de mi frente, la huella de un instante que dura hasta ahora, no hay olvido para la sangre. El puño sobre la cabeza, se oye como un disparo de ruido, los huesos declarando su dolor, y al fin te quedas quieto y oyes el estruendo que hace el cráneo al romperse. Qué palabra, cráneo, cuánto dura en la boca. Y cuánto pesa una cabeza, y cuánto tarda en hacerse la cabeza una metáfora de aire, los gritos reaparecen cuando alguien echa un balde de agua fría y yo soy un ahogado sediento escuchando «¡despierta!» con música de grillos.

Saco un cigarro, siento que ahora algo me debe ayudar a hacer memoria, y es el humo el que entra en mis bronquios como ese estímulo. Recuerda, recuerda mejor, recuérdalo ahora.

Esta sombra que hay junto a mis pies es la de un hombre. Cuando se vaya el sol no será sombra y acaso yo volveré a tener la edad de entonces, y no sentiré desgarro sino la sensación de vegetal que tenemos las personas cuando ya no hay ánimo ni para despedirse.

Este es el punto exacto al que quise llegar, cuando se juntan en las sombras que hacen de mi cuerpo todas las edades que deseé evocar con mi regreso.

Está este muro, está la fábrica destruida de los fuegos artificiales, está el estanque, está el barranco ahora diminuto y aún más seco, están las plataneras, y ya no estamos nosotros, ni los niños, ni los adolescentes, ni los padres, ni los abuelos; no están las puertas que añoro, no están los coches viejos, aquellas motos, las bicicletas dejan huellas como la sangre, hay personas que van y vienen y no aciertan a verme ni a saber si soy aquel muchacho al que llamaban Lonas. No hay ya, por mucho que los busques, ni los muebles ni las casas, ni las ventas de antes; nada hay que me ayude a enfilar esta subida que solo existe en mi memoria como un alfiler de corbata en la vestimenta de un muerto.

Llevo años cargando con recuerdos así y ahora me vienen todos juntos, bajo el sol por una vez limpio del barrio, las azoteas vacías; se han ido aquellas palomas viejas que Manolo echaba a volar con la esperanza de que volvieran, de África o de Oceanía, de cualquiera de

los mares que soñábamos juntos, pero las palomas nunca regresaron para comer de su mano débil, abierta, el puño de un pedigüeño. En la azotea hay ahora, tendidos, unos pañuelos blancos de los que cae un agua sin fin, la materia de un llanto.

De las pocas cosas que hay en mi equipaje está una fotografía de Manolo rebuscando, entre los desechos de los palomares, el certificado de que esas aves habían hecho el viaje de ida y vuelta, que los chicos les habían robado las anillas y las arrojaron luego, como millo, sobre el suelo de plumas en que él había convertido su azotea destartalada.

Ya no está la azotea, ya no hay nada, ni siquiera la música de lo que estoy pensando, y que no digo en voz alta por si me escuchan estos transeúntes que me miran sin verme y escupen a mi lado el tabaco viejo que vienen masticando desde que dejaron la guagua que los trajo del mar.

Huele a salitre, es verdad, seguro que soy el único que tiene el olfato viejo con el que distinguíamos a los que se habían bañado los domingos, y también a los que se habían bañado en el mar cuando era abierto y salvaje y negro y no una piedra blanca como ahora.

Aquí estoy, soy aquel muchacho, tengo en la espalda dolor de viaje y en la memoria el sonido de lo que escuché en la adolescencia y en la infancia, las edades en que viví; trato de saber por qué no nací en otro sitio, en un desierto acaso, con otra lengua, en otro tiempo de la historia y de las personas. Por qué no fui otro, por qué demonios.

Se va rehaciendo todo como se restañan las heridas en las películas, así que en este instante escucho y veo lo que entonces fue parte del drama y ahora es recuerdo con ojos y dientes y manos y heridas y pies y lonas y nada, un sueño. Lo recuerdo todo como si me estuviera doliendo, golpe a golpe de mar, el dolor viene y va, a la vez que voy reconstruyendo, por enésima vez, la escena de mi obsesión. La cabeza, el muro, el gentío que crece con su ruido, mis ojos vacíos como cubos de agua, manos alzadas para atajar las manos de Crispín, piedras bajo mi espalda vencida, el pantalón roto, risas de los chicos. Imágenes como cremalleras negras que se abren y se cierran con su ruido de microsurco. Por alguna rendija de aquellos ojos mugrientos entra, a la velocidad del rayo, el ruido de la moto de mi padre, que en la parte de atrás lleva un árbol verde. Tirado en el suelo, sin mirar, veo su sombra; es un escaparate al que él se sube para gritar, pero resulta inútil, nadie lo oye.

Recuerdo esa carrera de ciclistas que no ha salido de ninguna parte ni va a lugar alguno, es un tiovivo en el que un hombre que se llama

don Tomás insiste en gritar su letanía, en medio de la plaza del barrio, que es solo un barrizal sin estrellas falsas. Se oye el griterío saludando al feriante que acaricia a mi padre en la barba vieja: «Cuando yo era rico me llamaban don Tomás, y ahora que soy pobre me llaman Tomás no más». El hombre sigue cantando mientras yo me duermo en los brazos de mi madre, que acaba de recibir un premio por estar en la feria. Ella ríe feliz, no sabe que tampoco está, como yo, ni en la fotografía ni en la historia. Mi padre desaparece bajo el humus hediondo de la plaza, se confunde con el mar y con las cabras que han sido sepultadas en la costa, un sacrificio que se hacía cada año y que ahora es como un renglón oscuro de mi recuerdo de muchacho que no sabe volver de donde estuvo. Reescribo con mi memoria como de ceniza ese episodio, una y otra vez, la ficción es en este caso el alimento que me permite huir de aquella realidad.

Pero de pronto, bajo el resplandor del sol, regresan mis ojos sin las antiguas sombras. Lo único que noto es el sudor de las manos, ahí regresa aquel adolescente, la pared seca al fin me devuelve el tacto de antaño, estoy tocando la superficie del pasado.

Mi amigo Obdulio, Crispín, vestido siempre con el mismo pantalón de tergal, la camisa abierta como el Pijoaparte. Ya no recuerdo muchos de aquellos nombres, pero tengo claro en la memoria el rojo de la sangre, y las caras, las sucesivas caras que iban subiendo y bajando, como en una película de cuadrigas romanas, despiadada sucesión de rostros arrastrándome por el suelo, sin piedad ni sentido, hasta que se aclaran algunas de ellas y distingo, confundido, al matón del barrio: abre la boca lentamente para no decir nada, ni escupe. Escucho nombres de los que parecen culpables. Y, sobre todo, escucho el nombre de Crispín, que era violento y sucio como los lagartos grandes de Salmor y, decía mi madre, «como algunas lagartijas». Al mirarlo de frente, otra vez, en la paz del día siguiente, como si no fuera bastante con la humillación a la que me había sometido la tarde anterior, me preguntó, ladino:

—¿Tu madre te dejó venir?

Mi madre nunca olvidaba los sucesos, sino que los dejaba estar, como al baño maría. Yo salía a la puerta y ella lo consentía, si hacía sol. «Con lluvia no vayas a ningún sitio», decía. Por los pulmones. «Los pulmones son como un charco y si llueve se te inundan». A ella le daba «no sé qué», eso decía, verme caminar a trancos, y nunca me llamaba cojo ni permitía que los demás me asustaran con ese defecto de mis pies abiertos. Disfrazado de Lonas me pasé la adolescencia, y ahora que, tantos años más tarde, regreso al lugar de aquel crimen noto que quienes se fijan en mí saben por alguna razón que, en efecto,

soy ese mismo cojo, el chico lisiado del que se burlaban los otros.

Cuando lo hacían, mi madre me ponía su oreja en el pecho para hacerme creer que mi enfermedad era otra. Se agachaba como los médicos. «Parece que estás mejor», y sonreía. Yo para ella había regresado de otro mundo, el dolor es menos grave que la muerte. Siempre estuve regresando de otro mundo, como ahora, que no sé de dónde vengo ni qué me aguarda, a qué puerta debo tocar para saber de mí, o de quien fui antes y después de aquel ataque que puso la palabra ruindad en mi vocabulario aún tan incompleto. Ruindad y burla, todo junto en un potaje lleno de tropiezos.

«Esa herida huele mal», había dicho alguien mientras subíamos la cuesta, y mi madre guardó la herida con la mano para que ya nadie tuviera que ver más con ese asunto. «La herida huele mal, qué sabrá tremendo bobo». Por el camino mi madre halló una piedra, y por algún impulso que le vino de pronto la arrojó a lo lejos, sin ningún propósito, y se oyó un ruido como de estanque que, ahora que estoy aquí y lo registro como parte de lo que sé de mí y de aquel entonces, resuena como una piedra en el tejado de una casa vacía, o en un estanque sin agua, o en un jardín seco, en la chercha donde enterraban a los ingleses.

Mientras lo rememoro y lo digo siento también el olor de los distintos incendios que a partir de entonces se sucedieron, como aquel del taller de pirotecnia, y otros que nadie supo de dónde venían y que afectaron también al pueblo y a la ciudad, como si el universo en el que vivíamos fuera ya tan solo un lugar de adultos y de locos. Parecía que empezaba una guerra entre nosotros, y balaban las cabras y se revolvían inquietos los avechuchos, y se cortaba la luz en las casas baratas y no había agua en los pozos, como si todo estuviera dominado por calaveras que acompañaban a los niños y sus sueños.

Yo vi todas esas alucinaciones, pero no dije nada, por no darle a entender a mi madre que era yo quien, quizá por las heridas, también me había vuelto loco… En el duermevela que a veces me resulta esta espera se me coló un sueño de lo que pasó para que yo fuera cojo, mal hecho, un niño ya expuesto a la burla de las personas y de las sombras. Aquel coche viejo que tenía los guardalodos grandes como manos de mono entraba evitando la acera de cemento y, como solía hacer, yo esperaba, desde mi estatura chica, que mi padre atendiera la dirección que yo mismo le daba con los dedos para que no se subiera al bordillo, pero en un momento de descuido yo me vi amarrado a la rueda como si fuera parte de ella y mi madre gritó «¡el chico, el chico!» desde el ventanillo desnudo. Mi padre frenó como si parara el coche con las manos y fue en mi busca, me agarró por los fondillos, me subió al asiento trasero, eliminando botellas y envoltorios, y se subió otra vez al coche, y dio marcha atrás como si se hubiera vuelto

loco.

En el hospital le dijeron que se sentara, ellos sabrían lo que hacían, pero aquel hombre estaba desolado, corría de un lado a otro, y se llamaba a sí mismo asesino, al despertar de aquellas curas aún lo escuchaba yo; estaba tan triste mi padre que parecía una luz apagada dentro de una redoma de la que no quería salir. «Se ha salvado la pierna», le dijeron, «pero algo le quedará de secuelas», y entonces él se puso a llorar, y no solía. Me hicieron tremendo vendaje, y volvió a llorar mi padre cuando, en la casa, mi madre esperando disbruzada en el ventanillo, salió desolada, hasta que él le dijo: «No grites, no es nada, el médico dijo que le quedarán secuelas». Esas secuelas soy yo ahora caminando, y no sé por qué demonios me vino en el duermevela aquel suceso que nunca conté así, ni me duele.

Al llegar a la casa estaba cerca el maestro, o su sombra, y recuerdo que mi madre me señaló con la cabeza y él dijo que sí, como si supiera al dedillo todo lo que había ocurrido, así que cerró su puerta con un ruido suave, como de niño, pero la dejó entreabierta. Sentí que él esperaba que mi madre fuera después a darle el parte. Yo iba encogido de dolor; cualquier cosa que no fuera de alivio estaba, en ese momento, lejos de mi incumbencia.

La calle se quedó en silencio cuando mi madre abrió la puerta y yo era un bulto dormido en busca de una cama en la que reposar los huesos. Me di cuenta de que tenía sangre hasta en los bolsillos, y piedras menudas incrustadas en la espalda, que había despertado mientras tanto, y también sentí que todo lo ocurrido era una mentira que llevaba dentro, o alrededor, la palabra destino o fortuna o nada, la palabra nada conduciéndome al sueño como un animalito.

Cuando desperté allí estaba el dolor, como un mulo mirándome.

Es curioso cómo los sueños se complican y cuentan lo que pasó y lo que pasa como si fueran manos que viajan en el aire y se tropiezan.

15

«Ahí no vuelves», me dijo mi madre mientras me tiraba a la cama casi sin mirar. Había una bombilla encendida, como de interrogatorio; abrí el ojo sano que me respondió con un refulgir horrible, y tuve fuerzas para gritar que la apagara. Ella hizo el gesto de soplar a la vez que le dio a un interruptor fallido, pues allí se mantuvo la luz hasta el amanecer, mirándome. Ella había cerrado la puerta, se quedó el cuarto atrabancado y de todo lo que soñé solo recuerdo la sombra de un lagarto haciéndome muecas desde un estercolero. Ni sé cómo dormí.

«Ahí no vuelves», me había dicho mi madre. Volví al día siguiente. No había nadie en la calle, ni sobre esta pared en la que me apoyo ahora, contra su superficie de mediodía, con el cerebro afantasmado que tienen los heridos, aguardando a que alguien pase por el escenario del crimen que no terminó de cometerse.

El escenario de lo que fue un drama te devuelve, tantos años después, un eco de ruido y de hormigas salvajes que te van dando vueltas en los ojos como en el preludio de un desastre de retina. Es, seguramente, la única forma que tengo de describir aquel estupor que aún no se me oculta, de entre todas las sombras que hubo en el pasado.

Aquellos ventanillos modestos de la calle estaban semiabiertos, ojos y narices entrando y saliendo del pequeño orificio por el que se oían las respiraciones de las mujeres y de los chicos que me habían visto bajar como un alma en pena, la víctima del crimen, «pobre muchacho, tú lo viste sangrar, la madre alocada, cargándolo cuesta arriba, como si pudiera». Bocas cerradas, los dedos viejos de las personas entreabriendo las ranuras por las que se escapaba el sonido de los cacharros reverberando en sus cocinas. Un grito a veces llamando a los chicos y de pronto un golpe seco, la ventana cerrándose, alguien que pasaba por delante de casa. «Aquí no hablamos de eso, no le abras la puerta a nadie, tenla cerrada a piedra y barro. El Bigotes ha subido con dos policías, te tengo dicho que aquí no sabemos nada ni de lo que sabemos, con decir no sé no se escribe nada».

Ya no quedaba del Bigotes ni rastro, se acababa de marchar, pero estaba claro que había subido y todo el barrio tomó nota; ese hombre dejaba atrás miedo o veneno.

Todo era tan secreto por las mañanas en el barrio, y todo parecía tan peligroso bajo el mediodía tórrido y sin agua en los baldes. Por esa atmósfera terminé llegando otra vez a donde mi madre me había dicho que no fuera, que no tocara, «ni se te ocurra, esa pared en la que por poco te mueres». Y aquí está la pared hoy, la veo, la toco, es mi paisaje, y si me fijo bien es el mismo paisaje de entonces, esas caras que yo imaginaba juntando los dibujos involuntarios que hacen las paredes blancas, desconchadas por el tiempo de los almanaques. Yo veía vírgenes o demonios o niños jugando en la playa o madres huyendo de Herodes, como María, y me hacía, quizá enloquecido por el sol, ilusiones sobre la identidad de cada uno de esos cuadros que se me representaban como sueños que alguien me iba tachando uno a uno.

En esa atmósfera en que se mezclan lo que pasó y lo de ahora, el hombre de siempre sigue con su escoba, barriendo nada, pues ya lo barrió antes y lo barrió después de los hechos de aquella tarde, cuando Crispín me dio contra estos bultos de piedra y cal. Ahora que miro de nuevo al hombre barriendo, noto que él me mira también, muy torvamente, como si fuera la señal de que él mismo hubiera hecho lo propio contra mi cabeza, mi cabeza y mis huesos, y observo con qué saña, súbitamente, agarra la escoba, como si le tuviera odio a ese animal de barrer que abraza con los dedos crispados de un demente. Veo en sus ojos un río de sangre como los que hay a veces en los sueños que me hacen gritar. De nuevo, el duermevela; cuando me viene un sueño es la realidad la que se manifiesta, como si me llevara de la mano a la infancia.

En la casa, mi madre se había quedado arreglando la ropa del maestro y de mi padre, y haciendo aquella tarea que todos los días la llevaba de la guagua al sótano de los ratones como si cumpliera con una religión que, en aquellos tiempos, desde que vino a vivir cerca de nosotros aquel hombre, se le había vuelto más exigente. Los paquetes que parecían envueltos con la tela del pan, tan pesados, el sigilo con el que ella los traía, dentro de un saco como de papas, tarareando cualquier cosa, el camino que se le hacía corto de tan deprisa que movía sus piernas, que me parecían de cristal.

De aquel trajín no supe nada, y de la razón por la que a veces era Crispín quien hacía por ella aquellos viajes tampoco llegué a saber nada hasta más tarde, cuando fueron el maestro y Crispín los que se encontraron conmigo en el Bar de las Flores de la ciudad que olía entonces a petróleo y a asfalto viejo y revenido. Un encuentro del que

hablaré más tarde que pronto. Lo cierto es que mientras me acordaba de los golpes llegué al sitio mismo del delito, y me puse a meditar como hacen los adolescentes: pensando que la culpa había sido mía por estar ahí en ese momento, por no ser parte de los que miraban, por ser de los que se pusieron al frente, mirando sin ver esas pinturas por otra parte imaginadas o inexistentes que hoy soy capaz de distinguir, de nuevo, en la pared del ajusticiamiento.

Ahora estoy en la misma posición, como si yo mismo fuera un espejo de ayer, otro fantasma como el del hombre de la escoba. Espero que alguien venga, por si aún sigo soñando que todo esto no pasó ni estoy aquí, sino que vago como un alma que ya murió ayer, a causa de tanto golpe.

16

Fue entonces cuando apareció Crispín, vestido de limpio. Yo imaginé que vendría contrito, como los chicos que piden perdón o se confiesan. Venía repeinado igual que el verdadero Crispín de *El Capitán Trueno*, las manos en los bolsillos, como en las películas, un pantalón largo que me pareció de otro, y me miró de lado, como uno de esos bandidos de las películas de los primeros televisores, mi padre riendo hasta en los dramas. Yo levanté la cabeza hacia la suya y no sé de dónde me salió el impulso de decirle, como se decía en la pantalla: «Seguro que no lo hiciste queriendo».

Él se calló un rato largo, como si meditara, y se acercó con el ademán de abrazarme, pero se paró con la cabeza gacha, hasta que la fue alzando y se encontró con mis ojos; se le rayaron los suyos y me dio la mano como a un hombre. La apretó fuerte, tan fuerte que le fui señalando que bajara la tensión de los dedos; lo hizo despacio, hasta que viró la cara y se puso a mi lado. Algunas personas que iban pasando a través del aire sin luz del mediodía nos observaban, nosotros callados como ovejas, mirando al frente y sin decir ni media palabra.

Hasta que Crispín levantó la voz poco a poco y me preguntó si sabía algo del incendio de la foguetería. Luego anduvimos un rato, hasta el estanque, y ahí estuvimos tirando piedras contra las ranas, que croaban y croaban sacando sus ojos sarnosos por encima del agua verde que parecía una puerta vieja. Él me miró de soslayo y me preguntó si me había hecho daño, pero no esperó la respuesta, que yo le fui dando a su cara de lado, los dos tirando piedras a las ranas a medida que yo le iba diciendo palabras. Me consta que no escuchó nada, pero al cabo de un rato de pedradas y de ranas fue él quien me dijo:

—De lo que has dicho mi cabeza no registró nada de nada.

—Mejor así —le dije, y me rasqué la frente donde hasta ese momento creía, sin motivo, que aún tenía una piedra incrustada.

Esa mañana se fue haciendo larga, hasta que Crispín salió de su silencio una vez más y me recordó que en algún momento había que ir yendo a la escuela.

El maestro estaba allí, esperando, la puerta lo hacía más chico aún, la chaqueta que mi madre le había cosido, sus pantalones de dril; nos vio llegar y cambió sus piernas de sitio, como nervioso, y cuando ya estuvimos cerca de su sombra, vino el sol justo entonces esa mañana. El maestro no supo qué decir, como nosotros, pero al fin sacó la voz de cualquier parte y dijo para que lo oyeran también los chicos que estaban dentro: «Desde aquí se oían las pedradas».

«Eso fue a las ranas, nada más», dijo Crispín, que para entonces ya se había despeinado con los dedos de tanto estar nervioso, y entramos los dos detrás del maestro. Allí estaba como cada día la fotografía de Franco, el mapa colorido de la España de entonces, las islas junto a Gibraltar o debajo de las Baleares, no me acuerdo, y por encima de todo escuché, o escuchamos, los dos estábamos callados, el inmenso silencio de los chicos. Hasta que el maestro dijo tres palabras:

—Amigos otra vez.

Nosotros nos miramos y nos fuimos a sentar en nuestros pupitres. Por hacer algo yo olí el pizarrín, me calmaba ese olor, hasta hoy en día eso sucede, que me calma el olor del pizarrín, y dentro del hueco en el que se guardaban los cuadernos y los apuntes vi, escrita en rojo en un papel, una inscripción que no tuve otro remedio que leer, tan grande como era: MARICÓN. Cuando miré hacia donde estaba Crispín, me dio la sensación de que aquel que me había intentado matar, o eso se dijo, estaba mirando un mensaje igual, o por lo menos le vi en la cara el mismo estupor que yo mismo sentía por dentro. MARICÓN.

El maestro reclamó recreo y solo salió Crispín a mear bajo las palmeras. Yo me quedé dentro. Todavía hoy no sé quién escribiría ese mensaje, y nunca ni Crispín ni yo hablamos de eso, hasta que aquel día en la ciudad nos encontramos, él iba con el maestro, en el Bar de las Flores para hablar de algo que, eso lo supe más tarde, se estaba fraguando a fuego lento aquellos días en que mi amigo pareció querer lo peor para mí y a punto estuvo de conseguirlo.

Al volver a casa mi madre me tenía puesta la mesa, huevos fritos y papas fritas. Al final de aquel silencio que se cortaba con un cuchillo ella dijo, como si hablara consigo misma, que había sabido que me había encontrado con Crispín. Yo no dije nada ni ella añadió ningún adjetivo.

17

Todo aquello estuvo bullendo en mi cabeza mientras subía, sangrando, aquella cuesta que entonces cubría también las casas vacías o destrozadas por las miserias del tiempo. Había casas tan deterioradas que parecían, decía mi padre, campamentos de piojos, donde los chicos iban a masturbarse cuando se acabaron aquellos viajes al salón de los chochos y de la tronja, luego convertido en un montón de ruinas y que ahora imagino que será una especie de garaje de los desperdicios. Los chicos iban allí también para aprender a fumar, y cuando pasé por delante aquel día, dolorido aún por el trajín de golpes, vi entrar y salir a algunos que me miraron de reojo para cuchichear burlas. Mi madre entonces me tapó la boca, y yo seguí camino hasta la cama, la luz rompiéndome los ojos mientras tanto. Gritaba «sáquenme de aquí», como si estuviera loco.

—Me pudiste haber matado —le dije a Crispín dos días después. Él jugaba, como era habitual, con el palo de darle a una rueda vieja que había convertido en juguete, y miraba sin verme, por encima de mi hombro; nunca miraba de frente, como si temiera tropezar con un reproche.

Me puso la mano por encima.

—Fue cosa de chicos —dijo. Ahora ya se sentía con ganas y hablaba como antes, para joder.

—Me pudiste haber matado —le volví a decir.

—No era por ti.

—¿Y por quién?

—Me dijo el maestro que vas con habladurías. Que ahora le andas con secretos, y eso es peligroso.

—¿Peligroso?

—Un día lo sabrás, sarnoso.

Y se echó a reír.

—Pues dijiste que te había dado un tontín. O sea, que al final fue por venganza. ¿Tú también recibiste el papel escrito en rojo? —le pregunté, y él respondió con un gruñido de barrio, así que me mandó al carajo y me tapó la boca con el palo de domar perros. Él no había guardado el dichoso papel, se lo había dado al maestro. El maestro había recibido un papel igual, y se fueron los dos juntos por donde se escapa la mierda.

Ya no escuchaba nadie, caminábamos solos hacia las palmeras, para mear allí, y entonces me agarró del hombro para que me quedara quieto. «¿Qué pasa?». Él iba a la casa del maestro, como mi madre; los dos eran mandados por el Bigotes, para que cuidaran de que no fuera nadie más. La misión de ambos era vigilar sus movimientos, lo que recibía, si entre las cosas que iban y venían a aquel refugio se deslizaban elementos peligrosos, y la orden era denunciarlo. Había que escribir en papelitos como aquel en el que ponía MARICÓN en letras mayúsculas cualquier sospecha, pero el maestro recibía a Crispín, como a mi madre, creyendo que era un aliado de la causa que fuera. ¿La causa del maestro? Ahí me dio Crispín un empujón para que siguiera andando, de modo que muy pronto llegamos a la escuela sin mear ni nada, pues al muchacho le entraron las prisas.

Se escuchaba ruido dentro de la escuela, que se fue atenuando enseguida que nosotros tocamos para que el maestro abriera. Don Domingo, sonriente y sorprendido, salió secándose las manos y nos dijo, mirando a Crispín: «Hombre, qué dos». A mí me dejó a un lado y se llevó a Crispín a la parte de atrás de su escritorio, donde el día anterior se había oído el ruido final del sumidero. Me olvidé de contar que una de las cosas que me había dicho Crispín para explicarme por qué me había dado aquella paliza fue que el maestro le había dicho que algún día alguien iba a tener que espabilarme, y él encontró que esa era una orden y no una manera de decir las cosas. Yo no respondí, seguí con las manos en los bolsillos, como si tuviera frío, igual que ahora mismo en que espero el momento en que ya debo desandar el camino que desde hace tanto tiempo llevo desandando.

18

Otra vez estaba nublado, como lechoso. El cielo es malo para los pulmones cuando se encapota, y te duelen los pies, si los tienes chungos. Los chicos creían que yo sabía de medicina. Éramos cuatro o cinco, frente al estanque, tirando piedras como si pensáramos. Crispín era muy diestro con las lagartijas, y era pobre como todos, pero en ese momento ya tenía posibles, no sé de dónde los sacaba; vestía como un señorito, llevaba zapatos de ir por ahí, era el único que iba calzado además de mí, que seguía con mis lonas, llevando el barrio en los pies, como decía el maestro. En cuanto a las lagartijas, Crispín las veía como un lince, iba tras ellas veloz a lo largo del muro y las agarraba cerca del estanque o mientras subían a las paredes chicas de las atarjeas, justo antes de que se mezclaran con los cristales y con el paisaje verde de la huerta. Las traía en la mano y nos las enseñaba vivas a los más cobardes. Cuando estaba Rafa, que venía poco por allí, este le gritaba a Crispín: «¡Eh, listo, atrévete conmigo!», y el valiente se iba volando como un papel del suelo.

Las lagartijas eran rápidas, las localizabas y ya solo veías el rabo, huyendo. Corrían y detrás iban Crispín o las piedras. Él les gritaba, como si las conociera. A veces les decía nombres o insultos. «¡Desvergonzada puta! ¿No ves que las lagartijas no se visten?». Él reía y yo reía, excepto cuando las traía en la mano huesuda. «Venga, mírala, ya no hace nada», y volvía a reír. Yo miraba horrorizado a cualquier sitio, a la punta de mis lonas, mientras Crispín me rodeaba para darme rabia mostrándome el cadáver de esos bichos. Me sorprendió entonces que las lagartijas no tuvieran sangre.

Los otros chicos iban descalzos, sus pies habían hecho callo, yo no podía pisar en frío. Mis pies no encajaban bien ni siquiera en ese calzado flexible que eran las lonas, hechas para que entrara el aire. Yo no quería ver las lagartijas. Él no le tenía miedo a nada, era capaz de correr delante de los camiones, se creía el Capitán Trueno, lo que leíamos entonces, y podía sacarles la lengua a aquellos bichos que formaban parte de las atarjeas. Las ponía cerca y a mí me aterraba la visión, aquellos bichos tan próximos a su jocico.

Los cristales que guardaban la huerta eran puntiagudos, hechos para dañar los dedos de los chicos. «Un día tenemos que traer una azada para desmocharlos», dijo Crispín. El cabrón de Tiramisú, aquel italiano que vino chapurreando insultos, había colocado así los cristales para hacer imposible el acceso a la huerta. Tiramisú, así le puso el maestro, que sabía de aquellos dulces. Los cristales, manos rotas, la sangre a chorros hasta la esquina donde se guardaban las pelotas de trapo. El cristal se convirtió en una mala palabra, te jodía hasta el cielo de la boca. «En casa eso no se puede decir», le decía a Crispín, «te salen sabañones en la lengua», y reíamos como viejos.

Él se reía como los fumadores, y su aliento era tremendo; parecía, a esas horas, una navaja de pus, qué comería en esa casa sin puertas este muchacho que de pronto se hundía, hasta que volvía a envalentonarse. «Pues lo único que hay aquí son malas palabras, entérate de una vez y hazte un hombre, sanguijuela», me decía agarrándome por las orejas, «para que oigas mejor, bobilín». Todos los días tenía un insulto nuevo; pasado el tiempo el maestro me dijo que esa era la marca de la cobardía. «Un día», me había dicho también don Domingo, «será tu mejor amigo, y entonces vendrás a hacer cuartel con ese chico».

Cuartel, ahora que estoy aquí viendo pasar todo como si fuera una película en gris y negro me acuerdo de esa palabra que sonó con olores de cinturón sucio. Pasaban los reclutas, oliendo a prisa, pisando con sus talones nuevos, desde la casa de las iniciales, pasando por la casa de Alessandra, que los miraba como si le dijeran cosas. Yo miraba desde el Muro; nadie sabía por qué miraba tanto hacia ese trayecto.

«Malas palabras son esos cristales, pobre Lonas», les decía Crispín a los chicos, para que se burlaran. A veces le respondían con silencio; en alguna parte de aquellos ojos podía haber piedad o rabia ante el acoso al que yo era sometido, pero yo no sabía agradecerlo. De hecho, me asustaba que me miraran; siempre sentí, en esos tiempos en que la escuela era parte de la casa, que en cualquier sitio había un cristal roto esperándome bajo las lonas, para que resbalara y me dañara aún más aquella piltrafa. Cobarde, bobo, cambado.

Uno de esos días en que no había por qué esperar ese daño, alguno de ellos, quizá fuera el Sacristán, puso su pierna ante la mía mientras yo subía a la palmera. Caí de bruces y se formó un escándalo de gente que coreaba los distintos nombres de todos los culpables. El maestro me miró y yo dije, aún con sus ojos atragantados: «No fue nada, me caí yo solo». Entonces el maestro se sacó las manos de los bolsillos y marcó un ademán de asentir con la cabeza. Otras veces lo había hecho

igual, y a mí me parecía que lo hacía para que me mostrara indiferente, que no es lo mismo que cobarde. Supe más tarde que era una estrategia de don Domingo para que me dejaran tranquilo. «La indiferencia te hace fuerte», decía en la escuela, y a veces yo sentí que era por mí por quien lo decía.

Crispín hacía carreras. Yo no podía. Le hacían reír mis pies cambados. «Enderézatelos. ¿Y por qué no te cambias de pies? Tiene que haber repuestos, como los de los coches. Pues mira cómo corro yo, como un verdino. ¿A que soy capaz de llegar antes que el camión?». Hasta que el camión le pitaba y él se hacía a un lado. Le gustaba decir que tentaba a la muerte, así que cuando se hacía a un lado y nadie le aplaudía el gesto él decía, mirándome: «Porque no quise, pollaboba», y se apoyaba en el muro, a la espera, como si le fueran a aplaudir los otros chicos.

A veces pasaba por allí el Bigotes, y él juntaba los pies como si se pusiera firme. Lo vi pálido una vez que aquel preboste lo miró más fijo; parecía llevar en el bolsillo una navaja que sacó disfrazada de ropa e hizo una señal que parecía dirigirse a mí también. Crispín, al cabo de unos minutos en que nada ya fue igual en el Muro, se encaminó detrás de los pasos de aquel hombre y los vi trasponer la casa de las iniciales, dirigiéndose ambos después, ya juntos, hasta el estanque de las lagartijas. Yo me quedé atrás, no pude seguirles, ni sé si hubiera sido bienvenido. Cuando Crispín regresó a mi lado no dijo nada; luego soltó:

—Tienes que ir a ver al maestro. Con este recado.

Yo no era de ir a ver al maestro, esa era mi madre. «Ni madre ni ocho cuartos», dijo Crispín, los labios blancos. «Le vas a ver y le dices que el Bigotes está al tanto y que le va a joder la paciencia».

Por las cosas que yo ya había escuchado en el barrio, y en mi casa, esas eran palabras mayores de amenaza. Significaba, en el lenguaje al que habíamos llegado los chicos, que ya podíamos tener más fundamento, que aquel hombre al que llamábamos el Bigotes tenía controlada cualquier cosa que se estuviera tramando contra su autoridad. «Solo tienes que decirle eso. Yo hasta allá arriba no voy, pero el maestro te espera para saberlo».

Me quedé tiritando, al contacto con el muro todo parecía más difícil. Pasaron algunos camiones viejos y desde el que él manejaba cayó como una piedra de silencio la mirada de mi padre. No hizo más gesto, y yo también le respondí con una caída de ojos, avergonzado. No sabía exactamente qué pasaba, pero entre todos me hicieron dueño

de un secreto con el que no sabía exactamente qué hacer. En ese mismo momento corrí todo lo rápido que me permitía mi cojera, tirando de fuerza y ganas hasta la vivienda del maestro, que me esperaba tras el visillo. «No hace falta que entres», me dijo, «ni que me cuentes nada, ya me lo imagino todo». Hizo un gesto con la mano, como de paciencia, y yo volví atrás, camino de mi casa, donde mi madre me miró contrariada, la cara revirada, se diría que estupefacta.

—Échate ahí un rato y luego me cuentas.

—¿Es grave o qué?

—Es delicado, como una herida que todavía no se conoce.

19

Mi padre lo veía desde la cabina. El camión saltaba sobre las piedras, como los burros del campito donde jugábamos al fútbol. Allí daba la vuelta, las ruedas pesadas, el volante de baquelita; las manos de mi padre ya no me parecían las de un gigante, pero las veía maniobrar como si en el momento preciso en que dominaba la dirección él fuera para mí un héroe admirable. Cuando dejaba libre el campito volvíamos a jugar. Siempre había alguien que nos gritaba «cuidado con la polvacera»; a veces era mi madre, su ojo allá arriba como el de Dios, observándolo todo, la mano en el delantal negro, «no se metan con el chico, que estoy mirando».

Mi padre pensaba andando, sin decir nada, su cabeza quizá llena de las imágenes de las montañas que él horadaba para conseguir piedras que jamás le fueron útiles, a él le fascinaba lo inútil. A veces bajaba al sótano, luego supe que a acariciar la dinamita. Yo lo veía de reojo. Él hacía como que no sabía que era yo aquella sombra diluida en el dintel de la puerta vieja; sus manos en los bolsillos, parecía meditar como los curas, lo único que no hacía era santiguarse.

Parecía fuerte, pero jamás le dije a nadie que él era frágil como hielo al sol.

Detrás de su paso iba yo mirándolo. Él caminaba de lado, como yéndose, su sombra siendo más larga que su cuerpo, el atardecer rojizo y luego púrpura, y luego noche. La conciencia del padre la tuve más tarde, porque en un tiempo te parece que lo vas a tener para toda la vida y ni te preguntas en qué trabaja o qué hace, sino que oyes que en la casa le llueven reproches porque no es bastante aquello con lo que contribuye. Uno tarda en abrazar lo que pierde. Uno de esos días me puso la mano en el hombro y quiso decir algo, enseguida se calló como si se secara. Mi madre le gritó desde arriba: «¡La comida!». Él ensayó sus pasitos cortos, como de Chaplin, y subió por aquella escalera que ellos alguna vez habían llamado «secreta» para que ni yo ni nadie anduviera por ella. Escuché la llave en la ranura. Mi padre dejaba atrás su secreto explosivo, como quien guarda dinero o aceite de estraperlo.

20

El campito, la pelota de trapo, las piedras. A mí me ponían de portero, no había que correr, a mi espalda se oían las risas. «No vengo más», me decía a mí mismo. Risas hubo también cuando caí del muro, la sangre en la barbilla, «¡ese chico se mató!», gritaban las comadrejas, la sangre era como la pólvora. Mi madre vino en mi auxilio. «Mira que te lo tengo dicho», repetía mientras me limpiaba la barbilla con algodón y alcohol, que picaba igual que las cosquillas. Un olor concreto y refrescante, como agua del chorro, su sonido cayendo parecía una canción de bálsamo. «El chico de las heridas te van a llamar».

La primera vez que Crispín me pegó fue porque lo llamé como al amigo del Capitán Trueno. Él presumía de Goliath y yo le dije que era como Crispín, un poco chica. Me sacó del campito y me pegó tres veces, un aviso. «¡Y ahora llora, cabrón!», pero yo no lloraba. A él se le subía enseguida la vena mala y no hablaba al pegar, se concentraba. Te agarraba por el pelo, te miraba de cerca para darte miedo, jugaba a ser peor que la maldad, que la burla. Luego me dio tres puñetazos; firmaba cada golpe con saña y miraba alrededor, buscaba aplauso. «¡Llora, cariante!». Esa fue la primera vez, un ensayo que acabó en magulladuras y moretones.

Luego ya fue más en serio su diatriba, y dejó de ser un juego para convertirse en crueldad o desvarío. Hasta el día en que le dio por matarme, como si fuera un juego para hacer reír a las fieras. Pero la primera vez que me pegó fue aquella del campito, cuando el partido aún no había terminado, así que volvimos a la tierra y él se olvidó por unos días de la tarea de martirizarme. Pasó el tiempo y volvió a intentarlo, y ya se sabe lo que ocurrió. La saña era peor que la burla, más grave que las heridas, y que el recuerdo de ellas. Mi madre dedicó gran atención a mis heridas, como si acariciara el dolor, pienso ahora. En la pared quedó un reguero que ella borró con sus cholas de estar en la casa. Era su modo de odiar, borrando.

En casa, mi padre estaba comiendo bacalao seco, del que yo robaba en la panadería. «¿Qué pasó?», preguntó mirando mi pelo alborotado, la camisa manchada por la herida, y mi madre lo miró a él y le dijo:

«¿No lo ves o qué, singuango?», y él siguió comiendo con tristeza. Luego debió de darse cuenta de que algo faltaba y me acarició el pelo como si no me viera y su mano también se llenó de sangre. Entonces se asustó, pero no supo decir mayor cosa. Se quedó lelo mirando al patio, sin amor.

La primera vez que me atacó por adosarle el mote había sido menos grave, y la reconciliación menos costosa. Al día siguiente, cuando nos reencontramos, le puse la mano en el hombro, como dos hombrecitos, y le dije: «No te mereces el nombrete». Él me enseñó la lengua, los cuernos, reímos juntos, hasta odiar su marcha atrás, su método.

Crispín nunca había leído *El Capitán Trueno*, «mariconadas, yo me invento los cuentos en mi cabeza». En su casa hablaban poco, nadie le había contado un cuento nunca, eso decía. Su padre tenía una huerta en la parte de atrás del estanque. Siempre iba con las uñas sucias, mordiéndoselas, Crispín corriendo, el padre detrás. Un día el padre se metió en el estanque, al atardecer, para no ser visto mientras se ahogaba. Cuando los albañiles se dieron cuenta el hombre ya trepaba sin fuerzas por el musgo. «No quiso hacerlo», dijo Crispín después, pero sí que lo intentó, y lo salvaron de milagro, de ahí vinieron sus males de cabeza. En el hospital del pueblo le sacaron peces muertos de la barriga, eso decían los chicos. Para exagerar el barrio era inigualable. Mientras su madre estuvo sola, Crispín la ayudaba a lavar camisas para una gente que le pagaba por eso. «Cómo huelen. Huelen a almidón».

Yo ya había escuchado la palabra almidón, de esas palabras que se te quedan como si olieran igual que los antiguos jaboncillos. Mi madre almidonaba mientras ella y sus amigas hacían coro al rosario de la radio. Esa tarde estaba reciente aún el recitado de golpes contra la pared, así que mi madre interrumpía el rezo y preguntaba: «¿Te duele en la cabeza?». Yo decía que no mirando a la ventana, y vi la sombra del maestro regresando de donde fuera, las manos en los bolsillos, como si silbara. Me vio y me guiñó un ojo, parecíamos amigos o cómplices. Aún no nos habíamos visto en la ciudad, el encuentro común en el Bar de las Flores quedaba muy adelante todavía, pero él me advirtió algo al día siguiente, con el pretexto de quererme observar la herida en la cabeza. «Eso no es nada», dijo cuando me vio entrar en la escuela.

21

Ni sé cuánto llevo aquí, soportando la memoria como si fuera un dedal, mientras van y vienen fantasmas encerrados en bacinillas viejas, dejándome su limosna de historia, como decía Atahualpa. Se han hecho las horas y siempre es de día, algo así como que la locura me asiste antes de subir, de decidirme a subir, hasta el lugar de donde arrancan todos los sucesos que luego han ocupado mis años, también los de la infancia o la adolescencia que regresa, con sus huracanes y su impaciencia, con su ruido de teléfono y carpintería, con su espejo roto ante el que empecé a afeitarme una madrugada, mientras mi padre me miraba como si no me viera, soltando su ceniza de cigarrillo muerto sobre los helechos terreros que quedaban en casa.

Ha habido, en este tiempo de espera, algunas revelaciones que han venido de pronto, como un latigazo al despertar, y es esta la vez en que veo todo más claramente.

Don Domingo estaba ante mí, por primera vez solos en la vida. Él había llegado antes de tiempo a la escuela para preparar algunos útiles de enseñar, y luego se fue, sin prisa, al cuarto de atrás, donde están también los supuestos tesoros que le mostraba a Crispín, cuando nosotros ignorábamos qué hacían allí esos dos. Al entrar en ese sótano terrero el maestro debió de escucharme llegando antes que nadie a la escuelita, de modo que se volvió igual de parsimonioso y me saludó como si me esperara. «Contigo quería yo hablar». Eso me dijo.

Habían pasado tantas cosas recientemente que sin duda lo que tuviera que decirme tendría la sustancia de su magisterio, el aroma cuidadoso de su manera de contar y de hablarme. Así que yo seguí el rastro de su mirada como si fuera un perrillo y él me dijo, molesto: «Levanta la cabeza, muchacho, tú que puedes». Le hice caso a medias, porque nada en mi cuerpo reclamaba salud en ese instante, acaso como ahora, que otra vez es verano sin cielo, el sol ahí escondido haciendo escaramuzas para reavivar las heridas de mis piernas. Así que entré algo a rastras y lo que vi parecía un santuario de libros y papeles, algunos de los cuales (sobre todo los libros) estaban dados la vuelta, como si fueran secretos, e incluso los papeles se hallaban escondidos entre carpetas oscuras para que no fueran leídos a simple vista. Todo era clandestino, pero todo estaba expuesto, ¿dónde iba a ocultar lo que tenía, si hasta la escuela parecía el lugar más

transparente para los ojos del Bigotes, que deambulaba como si le perteneciera todo y también fuera dueño de las personas?

Él me dijo que ese era su sitio y que ya sabría yo, por mis padres, de dónde venía, y por qué tanto trasto. No le respondí, porque no parecía adecuado contrariarle. De todo aquello que me decía no sabía nada por nadie, ni siquiera por Crispín, al que tantas veces vi entrar y salir de ese lugar que, aunque no supiera aún qué significaba, me tuvo que parecer altamente literario. Él, además de maestro, había sido escritor y político años atrás, en algún sitio de Aragón, y había pasado, como miles de los de su quinta, eso dijo, las escaramuzas que cambiaron el destino de tantas personas. Estaba convencido de que yo andaba al cabo de la calle, que fue una frase que también utilizó, «sufriendo hasta ahora incluso todo tipo de trapisondas, como las llama tu madre».

Seguí callado como un alumno sin preguntas y él me detalló algunos de sus padecimientos, entre ellos la simulación, ordenada por un militar tuerto, de su propio fusilamiento. También me fue contando, minuciosamente, el proceso por el que finalmente fue amnistiado «de cualquier manera», pues allí no había ni jueces ni responsables. Llegaron una noche a su celda de castigo unos hombres con bigote que le reclamaron su identidad; cuando uno de aquellos comprobó en un papel de envolver pan quién era este Domingo se hizo un silencio en la celda y el que mandaba le dijo: «Tienes suerte con el cura».

Lo sacaron de allí y se lo fueron llevando de sitio en sitio, ya liberado, pero siempre bajo vigilancia, hasta un barco que había en la costa del sur. Después lo trasladaron a su destino, que era este, donde no podía ejercer actividad alguna de las que se suponía que podía realizar alguien de su origen político o militar, pues él, por su oficio de sargento, también había llevado pistola. En el barco lo dejaron solo, sin más vigilancia, y le pusieron en su mano una especie de salvoconducto que señalaba que en el lugar de recogida habría un hombre ya adiestrado por el dichoso cura, el canónigo al que yo conocía por la fotografía en la que mi madre le besaba las manos cuando fue ordenado sacerdote.

El que lo recogió en el destino fue el Bigotes, precisamente, un maestro juvenil relacionado con el fascismo que se había criado en el pueblo con muchachos así, espabilados, capaces de hacer con los otros unos guiñapos. «Me llevó por muchos andurriales, me explicó que si me escapaba del sitio al que me iba a confiar, se acababan las confianzas, la libertad y hasta la vida». «¡¿Me entiendes, cabrón?!», también le dijo, y se lo repetiría muchas veces porque, él lo sabía, y lo sabía el maestro, estaba a su cargo como un prisionero al que le permitían existir como a un fugitivo quieto.

«¿Y ahora qué?, te preguntarás tú», me dijo el maestro, y yo me

quedé quieto, como lelito, esperando que él mismo se respondiera la pregunta, cosa que hizo inmediatamente. «En este tiempo», dijo, «pude rehacer mi biblioteca, que es la que ves aquí, y recibí de gente del pueblo, e incluso del barrio, papeles y papeles sobre lo que ocurrió y sobre lo que se podría hacer para limpiar lo que nos hicieron». Él repitió esa frase: «Para limpiar lo que nos hicieron». Yo lo escuchaba como si estuviera oyendo un serial de la radio, las manos en las rodillas, mirando hacia adelante, hasta que él paró y pasó a observarme como si esperara un veredicto.

Ese día yo cumplía quince años; era un día de septiembre y los chicos volvían a la escuela poco a poco, como si aún estuvieran de vacaciones, pero el ruido de los que ya llegaban me alivió de decir lo que fuera acerca de esta historia inesperada que me llenó de las imágenes que ahora, tantos años después, regresan a mi cabeza en un torbellino del que queda, sobre todo, el aspecto de envoltorio de pan que tenían algunos paquetes, que podía ver desde donde estaba sentado, tras una rejilla que parecía la de guardar los conejos. Una vez le escuché decir a mi padre: «La dinamita explota, pero no huele». Allí sentí, ante el maestro, cuánta razón tenía mi padre, pero no lo dije, yo entonces no dije nada.

Naturalmente, después tampoco dije nada a nadie, aunque en casa mi madre me preguntó, lavándose las manos en una bañadera: «¿Ya hablaste con el maestro?». Le dije que todavía no, y me hice el distraído. Al fin y al cabo, ella me había dicho miles de veces («¡te he dicho miles de veces!») esta frase, que parecía también de la Biblia: «Con decir no, no se escribe nada».

22

Crispín se olvidaba pronto de las cosas que le dolían a otro, y yo lo aceptaba porque éramos amigos. Le pregunté cómo se vivía sin padre. «Pues igual que con padre». Él también tenía las uñas sucias del estanque, las lagartijas y los lagartos, la basura de atarjea que llevaba consigo un olor cansado; era un muchacho echado a perder, decía mi madre. Y a veces era peor que la quina, hasta el punto de que me amenazaba con esas uñas sucias diciendo que en lo negro tan negro había veneno. «Un día se amistará contigo». «Ya lo hemos hecho». A ella no le sorprendió demasiado. «Para eso te crie», dijo, y nada más, de modo que en ese momento yo no entendí si eso era decir gran cosa.

Mi madre guardó aquel delantal manchado de sangre junto con las lonas. «No las voy a lavar, pa que te enteres de lo que pasa cuando vas con mala gente». No entendí por qué entonces rio con tanta risa. Al día siguiente llevó las lonas a la atarjea, y cuando bajó el agua estuve viendo con ella cómo iban mezclándose la porquería y la sangre hasta formar los colores de una bandera sucia.

—¿Y ya tu madre me perdonó? —preguntó Crispín.

—Hace rato.

Pero era mentira. Mi madre no lo había dicho, y tampoco Crispín me había contado que ya había hablado del asunto con ella. Ellos tenían secretos con los que vivían, y por muy cruel que hubiera sido aquella paliza ni siquiera mi padre dijo más del episodio.

Esos días en que escuché y viví tantas cosas crecí como un viejo, al menos en conocimiento, y también dejé de ser a la vez niño y adolescente; había envejecido hasta el dril. Desde ese momento, como si me hubieran dado una bofetada de tiempo, fui otro, y ya escuchaba de un modo distinto las cosas. «Ya eres mayorcito, ja, ja, ja», se reía Crispín, fumando en el Muro y arrojando el humo a mis ojos.

Por entonces yo era el único de los chicos que tenía pantalones largos. A los chicos les gustaba molestarme por eso. «Deja ver tus piernas blancas, mariquita». Siempre me insultaban así, mariquita. Yo no sabía insultar, pero me sabía todas las palabrotas. También se

burlaban de mí porque les leía los cuentos que me mandaban de Venezuela. *Gustavito tenía un centavito*. Eran libros muy finos que cabían en una carta de correo aéreo, y yo rasgaba el sobre con el cuchillo de pelar papas y primero se los leía a mi madre, que no prestaba mayor atención; ella pensaba en sus cosas. Luego sacaba esos libros a la calle, aunque sabía sin dudarlo que los muchachos se iban a mofar de mí como era su costumbre.

—¿Qué pasa? ¿Tú no tienes nada en la cabeza que todo lo tienes que leer?

Se burlaban de todo. De la gente que pasaba. «Mira aquel petudo. Y ese, a ese le pone los cuernos la mujer. Aquel está loco, ¿no ves que habla solo?». Era una tarea entretenida, como jugar al billar entre muchos, pegarse luego porque alguien hizo trampas, igual que a las cartas o a la piola o al trompo. Se trataba de pelearse hasta la sangre. Después, durante un tiempo, simulábamos que estábamos distantes o rabiosos, pero eso lo hacíamos para que los padres creyeran que teníamos amor propio. En las sombras de la calle, cuando no nos veían, hacíamos cualquier cosa por amistarnos de nuevo, así que nos poníamos las manos sobre los hombros como veíamos hacer a los más hombres. «Estar solo», me dijo un día el maestro, «es muy duro cuando eres chico en un barrio». Por eso nunca rompí con nadie, para no estar solo nunca en mi vida.

23

Crispín era muy cruel con todos. «Si eres cruel con las lagartijas», le decían las mujeres que lo veían destriparlas, «serás cruel con la gente». Él se levantaba, ponía la mano en plan pistola y hacía como que les disparaba. Ellas se reían porque era el más simpático de la calle. Hasta que me pegó contra el muro sucio y entonces lo reprendieron. «A los amigos no se les pega, Crispín». Pero a él le resbalaban todos esos terremotos.

Cuando estábamos encima del muro mirábamos hacia lo que había dentro de la finca de Tiramisú. Plátanos, bah, nada. Isaac el Rubio subió un día, consiguió no cortarse con los cristales. Bajó a la huerta y nos trajo de allí unas lonas y un vestido. Cualquier cosa que encontráramos era un tesoro que olíamos como si viniera del aire, como los tabobos o las cartas. «¿Y eso qué es?». «Eso es que ahí dentro se desnudó una mujer». Estuvimos semanas tratando de adivinar de quién eran esos ropajes, el olor venía a ser como de agua destilada, opiné yo, pero sin mayor caso. Hasta que aquel Isaac vino con la noticia. «Es de Asunta, ese vestido es de Asunta».

Asunta era la hija del panadero, a la que llamaban «la Pelirroja»; saltaba los charcos, huía de los chicos, se disfrazaba de macho, hasta que desaparecía en la noche y se sabía de ella cuando el padre empezaba a hacer la masa ante un horno ardiente como el fuego. «Ella fue la que se desnudó ahí. Vete a saber si salió desnuda. Y las lonas también son suyas, huelen aún, como a pies de chica».

Isaac guardó la ropa para llevársela a la panadería. El padre de la chica tenía el pelo blanco también de la harina, y sudaba como un bidón de calor. No le gustaba que vinieran preguntando por su hija Asunta, y echaba con cajas destempladas a todo el que se le acercara con ese propósito, pero esta vez tuvo curiosidad por saber de dónde venía el interés, así que se asomó a la puerta desafiando el relente.

El hombre no le dijo nada a Isaac, ni le preguntó, sino que le gritó «¡eh!», como a un entrometido. El chico se puso los dedos en los labios para decirle que mejor no decía nada, y le dejó encima del mostrador blanqueado esas ropas que había encontrado en la huerta. No hubo nada que decir, ni de una parte ni de la otra, y ahí estuvo Isaac un rato que parecía de muerte hasta que el hombre adelantó un paso y le preguntó a los ojos:

—¿Y tú qué carajo quieres?

Isaac se marchó corriendo, parecía que aquel hombre tenía un cuchillo en los ojos. Vi llegar al muchacho jadeando, «casi me mata», y se sentó en cuclillas, como si se cagara. «Le podías haber robado el bacalao», dijo Crispín, e Isaac lo miró queriendo asesinarlo. «Tú siempre burlándote de todos, el Lonas te aguanta porque es un bobaina». Yo no dije nada, ya me había acostumbrado a ser parte de esas risas, hasta que Crispín se acercó a Isaac, lo agarró por la barbilla sin pelos de muchacho y le gritó lentamente estas palabras:

—Si vuelves a decir semejante cosa, óyeme bien, te rajo hasta el cielo de la boca.

Isaac se puso de pie y comenzó a retirarse hacia la parte de las huertas, donde ya empezaban a gritar los perros.

Me gustaba observar al panadero mientras trabajaba, sus manos blancas limpiando con un trapo, obsesivamente, un mostrador que ya estaba reluciente; limpiaba tanto que se hubiera dicho que estaba loco, como aquel hombre que barría como si estuviese sucio hasta lo limpio que había en las aceras sin forma del barrio.

El panadero limpiaba todo lo que había allí, y miraba como si no estuviera mirando, los ojos en un abismo sin amor, de día y de noche, esperando desde la tarde el amanecer, que parecía una frontera desprovista de porvenir o de sueño. Cuando me veía mirarlo, yo disimulado entre las sombras que me acercaban a la casa, le aguantaba los ojos como un hurón robando en el bosque. Entonces él volvía sobre el mostrador, sus manos agarradas al trabajo como una horca. El hombre siempre estaba blanco de harina y embarullado por dentro por no haber dormido lo que le hacía falta.

Isaac se había ido corriendo, ahora escapando de la ira de Crispín. Yo había visto toda la escena sin salir en su defensa, cobarde de mí; así era yo, eso me decían. Corrió tanto que llegó al otro lado, sin saber ni siquiera el camino a su casa, de modo que por ese trayecto de sombras cruzadas que tiene el anochecer de los barrios se cruzó con la Pelirroja y esta exclamó «¡ay!», como si le hubieran pegado. No hubo nada de eso, pero todo el barrio sintió un suspiro de horror. A Asunta se le subieron los colores. Era una chiquilla, los tobillos diestros, la mano en la cara le tapaba la boca, la falda se le subía por el aire. Desde lejos, corriendo, Isaac le gritó:

—¡¿De quién eran las lonas?!

Después nos olvidamos del suceso, porque a Asunta el padre la retiró del trabajo cara al público y la puso dentro del local, a hacer a solas los panecillos. A veces los chicos le gritaban «¡Asunta!», solo por molestar al panadero. Este salía limpiándose las manos y los

muchachos corrían como lagartijas, todos sucios.

El estanque se llenaba de chicos los veranos. Algunos no querían ir porque recordaban lo que se decía en las casas: «Si te caes, no vuelves». La fama era que el estanque chupaba hacia adentro los pies de los suicidas. A Isaac lo encontraron así un día de esos y todos nos miramos como si fuéramos una tribu de culpables.

24

A nosotros la memoria no nos duraba nada. Pasaba una cosa y ya la olvidábamos, era como perdonar. Después de aquel momento exacto en que quien era mi amigo quiso matarme —por qué lo haría, de todos los del barrio, por qué quiso que fuera yo el chico del luto—, mi madre me había dicho: «No te juntes más con ese. Te dio una paliza y se come las lagartijas».

Nunca vi que se comiera las lagartijas, aunque era fácil decir e imaginar a la vez, de modo que terminaba siendo verdad hasta lo imaginado. Pero me dio tanta repugnancia lo que me contó mi madre que, con los ojos de mirar lo que se dice como si esto fuera una realidad concreta, enseguida sentí que tenía delante de mí, sin verlos, esos dientes haciendo cierto lo que ella se iba inventando; dentellada a dentellada, Crispín acababa poco a poco con el bichejo, así que miré para otro lado y me alivié de esa visión que estaba ahí, palpitando, aunque no fuera real sino fabulada, una más de mis manías de ver lo que no está, de inventarme lo que jamás ha sucedido.

Esa imagen no se va de mi cerebro, Crispín comiendo lagartijas, y aún hoy, ahora mismo, mientras cuento hacia atrás las horas que he pasado aquí, siento que hay una mano que me agarra para tirarme contra la pared como un saco de pinocho, pero tan pesado como el agua, haciendo tal ruido que parece el de una cabeza enorme rompiéndose contra un muro de hierro.

El odio de mi madre hacia Crispín fue en aumento, como una esencia que acumulara otras y él ya no fuese el mismo chico sino carne de presidio, un sarnoso. «Se juntaron cosas menudas», decía ella, «con cosas grandes, como si los lagartos se juntaran con las lagartijas y llenaran la vereda de ese hedor, ¿no te das cuenta?». Luego añadió: «Ten cuidado, baladrón, que un día es peor y ya no regresas».

Esa convicción se hizo veneno en el barrio. Unos y otros fueron agrandando la paliza hasta hacerla delito imperdonable, y el nombre de Crispín fue rodando y ya se hizo síntoma de mierda o escoria, símbolo del mal cuando este ya no puede ser más peligroso que su identidad misma, que su vocabulario. Ella recelaba que era el culpable de todos los delitos, también el de robar: «Yo soy muy mal pensada y ese chico huele a azufre como los diablos». Mi madre le tenía miedo; «él hace daño», decía, «no quiere a nadie, es el demonio, mírale bien a

los ojos, los tiene amarillos como la mala suerte». Yo miraba y veía lo que veía ella, a esas edades tú te crees hasta el vuelo de los burros, decía el maestro, y yo ahí le daba la razón, era tan crédulo.

Al cabo de los días ellos se amistaron, así suele suceder en los barrios, que hasta el rencor se reconoce frágil, y yo también me había amistado, y entre nosotros se formó esa paz rara que hace la amistad cuando sobrevive. Recuerdo a mi madre riendo porque Crispín había vuelto a tocar a la puerta, y a buscar al maestro, su mano sobre los hombros del chico, y este defendiéndome de los que me llamaban cojo y sarnoso, como si nombrar con insultos ya fuera deformar al que era calumniado.

Guardé silencio mientras fue posible. A un amigo no lo dejas al día siguiente. Nos buscábamos en la escuela y en el Muro. La adolescencia es un hoyo en el que si no tienes aire, te hundes y te ahogas y te caes y no eres nada sino polvo del centro de la Tierra, un hoyo. Una mano te va bajando a las tinieblas y de ahí no se sale solo; es como el pecado dicho por los curas, y es como el ahogo, termina donde ya no te acompaña la buena suerte de respirar, y ya no eres nadie, ni siquiera tu recuerdo.

Al atardecer ya no había razón para estar en casa, y mi madre me veía salir, una mano en el bolsillo, la cabeza aún dando gritos. Pero muchos días no había nadie en el Muro, como ahora, y la soledad de estos sitios es como el eco del último resplandor que uno imagina. No es la muerte, pero sí un silencio de diablo.

Sobre el muro jugábamos a saber qué había dentro del vestido de las chicas desde que Isaac encontró en la huerta el vestido de la Pelirroja. Había uno al que llamábamos el Bizco, pero no porque lo fuera. Su abuelo era bizco; nos miraba desde abajo, con su bastón de caña, golpeando el suelo para nada, pues al suelo no lo hieren ni la lluvia, ni el orín de los burros, ni el paso oneroso de las vacas, ni las personas con sus pies en desacuerdo, como los míos, que lo sufro y que lo digo, carne mortal de chico contrahecho. Así que el Bizco no era bizco realmente, allí todos teníamos nombres de algún antepasado, o de algún defecto, que viene a ser casi lo mismo. Y el Bizco, al que ahora puedo ver como si lo tuviera delante, se hizo con un mapa del cuerpo humano y lo llevó al Muro. El mapa, un tesoro que hubiera robado en un banco o en una librería, lo llevaba apretujado contra la barriga, y lo fue sacando de a poquitos, igual que quien se desnuda en un garaje.

Ese mapa azul como la marea fue desde entonces un hallazgo impresionante para los chicos del barrio, el entretenimiento de nuestras vidas; nos movía las manos cuando estábamos solos,

buscando rincones en la casa o en las huertas para ensayar lo que ya sabíamos que pasaba con nuestros propios cuerpos cuando eran de verdad y mostraban aquel deseado escalofrío, ávidos y felices. Las manos, las benditas manos solitarias. Hasta que todo se iba al suelo y entonces había que recoger la ropa e incluso el ánimo, la cara otra vez siendo la nuestra y no la que mostraba minutos antes tal excitación que parecía todo niebla y camaradería y dedos y saliva, el cuerpo desnudo hablando solo. El propio cuerpo que se despierta a solas cuando tú quieres que te acompañe en esa victoria chiquita sobre la que luego te han de preguntar los curas.

Estaba todo en el mapa, y ya teníamos nombres para cada uno de aquellos lugares del cuerpo que habían sido fantasías y ahora eran excitantes recodos dibujados. El regocijo era inmenso; manoseábamos el regalo unos y otros y cada uno contaba qué haría con esas zonas que no dejaban ver los trajes de las chicas. El mapa del cuerpo, y los nombres del mapa, como si fueran ciudades o países, veredas por las que transitaba la imaginación caliente que ahora añoro.

Empezó el Bizco a nombrar el corazón, los pulmones, los bronquios, el bazo, las arterias, las vísceras… Crispín no tuvo paciencia ante tanto vocabulario y alzó la voz con la autoridad de un malcriado:

—Venga, muchacho, ¿y dónde está el coño? ¿Y la polla? ¿Dónde coño está la polla?

Daba miedo, aunque también aquella urgencia daba risa.

Entonces hasta la nada era un tesoro, y aunque el mapa era nada, un entretenimiento de la escuela, para nosotros se convertía en una aventura, días y días con la misma letanía: «quién tiene el mapa hoy», «quién coño se lo llevó a la casa», «venga, vamos a ver qué nos falta por saber de la lección de anatomía».

El Bizco se quedó con el mapa, lo tenía en prenda. «No se te ocurra perderlo», le gritaban, y yo también gritaba. No puedes hacer en según qué ocasiones lo contrario de lo que oyes, así que yo era de los que levantaba la voz como un valiente reclamando mi sitio en la pandilla, con mi pelo recortado por el lado de la herida, «no fue nada, ya está cicatrizando», aunque yo me tocaba ahí para tener memoria. Por las tardes quedábamos, y durante las horas de escuela, los que estábamos en la materia nos hacíamos señas que remitían al mapa.

Ahora que estoy aquí y me acuerdo de todo lo que pasaba en este lugar concreto, oigo maullar a un gato que es como aquel al que acunaba la Pelirroja cuando pasaba por allí y nos veía buscando palabras para lo que había dentro de aquel vestido suyo que nos excitaba tanto como un desnudo. Este tardó en llegar más de la cuenta.

25

Crispín vivía en la parte del barranco a la que llegaba en los inviernos una avalancha de agua, la barranquera, y la casa se convertía en una cuba de tierra removida por el barranco, el ruido alarmante, los niños llorando igual que los gallos, los pájaros al aire enrarecido de la humedad y del estruendo. Por qué serían las noches el escenario de esos desafueros. Escucho aún ese sonido, estoy donde se siente el pasado de los ruidos, aunque haga de eso tantos años. Es como si dijera barranco y lo escuchara.

Se escucha, ahora lo escucho, el sonido de música descascarillada que tiene la chatarra al juntarse, y recuerdo, mientras me viene esa alharaca, nuestra búsqueda de cacharros inservibles que luego vendíamos a mi tío el chatarrero, que nos daba unas monedas con las que comprábamos dulces como los que me han dejado sobre un mantel de cuadritos azules y blancos, que este mediodía puso sobre el suelo a mi lado una joven que debe de ser la nieta de cualquiera de aquellos con los que jugaba entonces.

La chica llegó con su motocicleta, vestida de azul y de rojo, y de amarillo, el pelo aplastado bajo el casco. No dijo nada, como todos los que han pasado por aquí este rato, sombras acaso de sus propios parientes, gente que quizá se pregunta por qué no hablo, por qué no digo, y, sobre todo, por qué persisto en permanecer aquí de pie, por qué casi no me muevo ni gesticulo sino que miro hacia horizontes que ya he descrito y que, uno a uno, son la parte de dentro de mi memoria, pero también de mi vida y del pasado de este lugar en el que siguen intactos el estanque, las lagartijas verdes y canelas, el camino de hierbas por donde corríamos y nos masturbábamos.

Pues la chica me ha dejado ese mantel con dulces y poco a poco han ido viniendo otros muchachos, jóvenes de edades recientes, que me miran como antiguamente yo veía a los locos, algunos de los cuales fueron perseguidos o burlados por ser pobres o por ser maricones. Me miran y se van, y deben de ir a contarlo a otros, porque sucesivamente se han sumado curiosos que me escrutan como quien se fija en una aparición o en una estatua. Se alejan diciendo que soy mudo, quizá, o que espero a que alguien me recoja. «El pobre», escucho también, «debe de haber vivido aquí en otro tiempo y estará esperando que alguien lo rescate». Esta última reflexión la hizo una pareja de chicas,

y una de ellas fue la primera en soltar una carcajada. Yo sonreí, pero no se me ocurrió nada que decir, demasiadas palabras dentro.

26

El padre de Crispín había estado en el cuartel, al final de la guerra. «No tocó un mosquetón», decía el chico, «era un cobarde hasta durmiendo». Luego había vuelto y había hecho un montón de chiquillos, ahora desperdigados entre parientes distintos, «en casa no hay pa más», decía Crispín, y añadía: «Hubo un tiempo en que los conocía a todos, ahora no sé ni cuántos hermanos tengo, ni cómo son, y si los veo no los saco ni por la pinta. Tantas cunas y ahora no tengo ni padre».

La madre, su madre, casi no salía a la calle en ese entonces, pero después, muerto el padre, ya sería otra cosa. Estaba metida en casa, y a veces abría la puerta de madera despintada y gritaba a su modo el nombre del muchacho: «¡Monifato!». También lo buscaba con otro apodo, «¡Moni!», y esperaba a que acabara el eco en el estanque de las lagartijas para repetir una y otra vez la misma letanía. Él hacía bah con la mano y seguía jugando a los boliches, por ejemplo, la tierra oliéndole en el mismo hocico. En ocasiones la madre venía a donde nosotros, «qué coño hacen, monifatos»; él también le agarraba a la madre los nombretes, y no sé si fue ella misma o el propio Crispín quien me puso a mí el sobrenombre de Lonas.

«¡¿Dónde se mete este demontre?!», insistía a gritos la madre. Crispín volvía a hacer bah y seguía con nosotros, arañando adrede las estampas del fútbol, «por joder namás», decía Jero.

Cuando lo tenía cerca la madre le decía ya casi al oído, desde su propia altura, «¡¿estás sordo, hijo de puta?!», pero él no estaba para escucharla, entretenido en nada, los ojos en otra cosa y la boca entreabierta como de bobo. Nosotros tampoco hacíamos otro desmán que verlo deshacer el mapa, qué íbamos a hacer si él mandaba.

Por las tardes, al volver de la escuela, Crispín nos ponía en fila, como se haría en los cuarteles, nos revisaba igual que a soldados y nosotros creíamos que era broma cuando gritaba «¡firmes!», pero aun así le hacíamos caso.

Estábamos tan firmes que daba miedo salirse de la fila o buscar otro acomodo. Crispín miraba con el mismo odio con que miran los suicidas cuando están a punto de saltar al estanque. Su padre

caminando hacia la ciénaga. Perico lanzándose debajo de las ruedas de un camión, en la carretera grande. Aquella mujer desangrándose, su cuchillo aún con su mano en el estómago. Eran visiones que conocíamos, y a eso aludía Crispín, le gustaba evocar a los suicidas, pero a ver quién le preguntaba cómo sabía esa retahíla de sucesos, a no ser que él mismo hubiera visto caer a otros y también a su padre en aquella ciénaga que entonces ya había merecido el nombre del charco de la muerte. En posición de firmes no hay que hacer nada, aguantar, nos decíamos, y él nos revisaba hasta la punta de los pies y, si un dedo se movía, te insultaba como un general malcriado.

Cuando pasaban por allí personas mayores algunas viraban la cabeza, y mi madre decía, si nos veía haciendo lo que ella llamaba el ridículo: «No jueguen con fuego». El maestro también se lo dijo a Crispín, que aquello era más peligroso que la pirotecnia. Había un millón de ojos vigilando que no te metieras en camisa de once varas, porque el ejército había ganado para que no hubiera más burla de sus normas.

Don Domingo le había dicho: «Tú ya sabes lo que es el fuego, así que fuera mosquetones de juguete». En este caso Crispín se puso serio, y a mí me dio la impresión de que ya entonces tenía miedo. Rompimos filas y él se fue, como si se dijera con el rabo entre las piernas. Había horas en que no sabía moverse, una estatua que a mí me daba pena. Mientras se iba miró hacia atrás como pidiendo que le acompañara.

En una de esas ocasiones de riesgo el Bigotes apareció por allí, y nadie lo advirtió ni con el rabillo del ojo. Estábamos en fila, y Crispín dijo de coña que íbamos a cantar el himno de la Falange, que se lo había enseñado en el Frente de Juventudes aquel bigotudo de los cojones. Dijo todas esas cosas, no lo he podido olvidar, y cuando se dio cuenta de que más abajo, escondido bajo la sombra del muro, estaba el Bigotes mirando al suelo, con su libretita de cursar denuncias, nos señaló para que bajáramos las manos, hizo un gesto que nos obligaba a sellar los labios y allí hubo el silencio de sepulcro, el cielo ya rojizo, los hombres volviendo de la platanera, las cocinas haciendo su ruido mientras tanto.

Supimos que el Bigotes se había marchado porque de pronto escuchamos como un caballo yéndose, aquellas espuelas de buey rabioso buscando aposento en otro sitio donde hiciera daño.

No le dije a mi madre nada de todo aquello, pero por algo lo supo, así que al anochecer cerrado yo escuché pasos de camino hacia la casa donde vivía don Domingo, y distinguí el sonido de los zapatos nuevos de Crispín. Luego salió mi madre del patio de los helechos, agarró un

abriguito de por las tardes y estuvo fuera, según mis cálculos, mucho más tiempo que lo que duró aquel ejercicio de imitación de lo que habían visto hacer al Bigotes en el Frente de Juventudes.

Esa tarde fue la primera vez que vi a Crispín tan acojonado, una palabra que ya por entonces parecía nuestra.

27

De entre nosotros ya era el que más tarde volvía a casa. Alguien dijo que a veces ni siquiera volvía, pero de esas cosas no hablaba Crispín. Él creía que ya era mayor, como si viviera solo, y en ocasiones se le veía con el Bigotes, el que, según las malas lenguas, o era su verdadero padre o por alguna razón le daba el dinero con el que podía cambiarse de ropas.

Muchas veces pasaba por allí el Bigotes, camino de la escuela, a hostigar al maestro, que lo recibía fuera, con las puertas cerradas, sobre la acera de tierra. El Bigotes jamás pasaba de esas puertas, pero seguía yendo para vigilarlo, eso le dijeron que hiciera los que trajeron libre a don Domingo, pero que no querían que se soltara a hacer lo que le diera la gana con las ideas que tuviera.

Al ir o al volver de la escuela el Bigotes exhibía las llaves de un coche, para dar envidia con su propiedad preciosa, y cuando nos miraba jugar a trepar el muro le hacía una seña a Crispín para que se bajara. Siempre tenía los ojos hacia arriba, de modo que estuvieras en lo alto o a su altura, el Bigotes te miraba igual, para rebajarte. Se iban él y el muchacho un rato a la parte de atrás de aquella mole, donde meábamos cuando nos daban ganas, y allí hablaban en voz baja, como hablan en las comisarías los policías que hacían de buenos. Luego dejaba al chico tranquilo y lo hacía volver a jugar con nosotros, seguramente para saber más de lo que sabíamos.

Entonces Crispín regresaba, los labios blancos, como de haber escuchado amenazas, pero enseguida recuperaba el color y reiniciaba la conversación que fuera en curso como si no hubiera pasado absolutamente nada. Disimular, a veces, decía el maestro, es la parte de fuera de la hipocresía.

«A ver, Bizco, dónde está el coño», repetía.

El Bizco no quería decirlo, pero sí sabía dónde estaba. Crispín señaló el sitio, y todos nos reímos como si hubiéramos hecho el descubrimiento de América. Aplaudíamos con la vista, tan nerviosos, inquietos, porque a esa hora también venían los adultos viejos a refrescarse la cara ante el barranco. Estábamos tan contentos que, en efecto, parecía como si hubiéramos descubierto el cuerpo de las mujeres y a la vez estuviéramos ante la tierra de la que volvió Colón. Eso dijo Crispín, volviéndose al Bizco, muy quieto: «¡Como si hubieran

descubierto América! ¿No ves qué es eso?, ¡pues por ahí viniste, so sorullo!».

Un día mi madre pasó hacia la panadería y se sorprendió de tanta risa. Debió de darse cuenta de que no tenía que preguntar, así que siguió caminando. El Bizco se escondió un minuto y yo le levanté la barbilla para que hiciera caso; luego volvimos a lo nuestro, alguien le quitó el mapa al Bizco, que miró ya para otro lado.

Después del enorme estruendo de las noches, el barranco parecía limpio como una patena. En una ocasión un hombre llegó con los pies enchumbados, caminaba lentamente, sus zapatos iban inundados por dentro; el agua del estanque le había llegado hasta los huevos e iba así porque secarse era imposible, aún estaba lloviznando. Se le mezclaron al hombre todas las clases de agua y su cuerpo venía ahogado igual que se ahogan las mismas gaviotas.

El más listo de nosotros anunció que ese hombre que no podía caminar y que parecía un pato saliendo de un estanque era mi padre, nada menos, y yo me tapé la cara para que él siguiera andando e imaginé su bochorno ante tanta chiquillería. Cuando ya se alejó yo supe que me había visto, pero sabía que no me diría nada, por entonces él nunca me decía nada. Siguió andando, su sombrero en la mano, «es de marca», decía a veces, y enseñaba el interior para que los demás vieran que una vez fue rico o pudiente o tuvo dinero para sombreros así, a mí me daba cierto orgullo que él exhibiera el pasado como un triunfo. Y también me daba pena, hasta hoy mismo; era mi padre.

Aquel mapa fue nuestra primera lección de anatomía. Cuando ya nos sabíamos cada una de sus partes, las de los hombres y las de las mujeres, a Crispín se le ocurrió una idea. Para analizarlo todo mejor debíamos ir, dijo, a la cueva del barranco, que estaba subiendo a la derecha, en el sitio donde a veces se escondían los adultos machos y hembras que no se atrevían a saltar el muro de cristales, como habían hecho Asunta la Pelirroja y quien la acompañara; vete a saber tú cuántos fueron detrás, descalzos sobre la hierba vieja. Allí había unas lonas, el Bizco quiso adivinar de quién eran, y adelantó el nombre del Lanudo, un muchacho que parecía invisible, una cesta al hombro, volviendo de cualquier parte, rascándose la nariz por dentro, mascullando palabras como si se las comiera.

Desde entonces ese chico fue llamado «el Lanudo». Luego fue mi mejor amigo; se llamaba Laureano, era de Burgos, le oí decir, y tenía en casa una biblioteca de la que saqué *Sinuhé el Egipcio*, con el que me

masturbaba. Solo estaba con nosotros un instante, nos miraba y santas pascuas. En mí fijaba la vista como un pájaro grande, hasta que se cansaba de mirar, y no se despedía de nadie excepto de mí, como si yo fuera el único ser existente en medio de aquella algarabía.

Este muchacho iba descalzo y como los demás parecía un desprestigiado. Por un día que fue con lonas lo llamaron el Lanudo y hubo gente del barrio que insistió en que había sido yo el que había andado con la Pelirroja, y también habría ido ese muchacho misterioso del que todos tenían una cara distinta en la cabeza. Yo no fui, cómo iba a ser yo; el Lanudo me dijo que tampoco fue él. Alguien de todos nosotros había estado desviando el suceso para que pareciera que fueron muchos y a la vez fueran todos, de modo que nadie diera cuentas verdaderas del suceso que, a nuestro modo, estábamos investigando a las órdenes de quien en algún momento pensé que habría sido el que había ido a las huertas con la Pelirroja. En el instante de pensar eso miré hacia donde estaba Crispín, que a su vez desvió la mirada hacia sus zapatos.

Al maestro lo llamábamos «el Agujero», porque las leyendas decían que, tras la guerra, y antes de que lo apresaran, se escondió en un zulo al que le llevaba viandas un cura que luego fue canónigo y resultó ser más tarde quien lo liberó de la pena de prisión que cumplía en una cárcel bien guardada de Zaragoza. También le endosamos ese mote porque él mismo contó en la escuela que su padre, después de la guerra, se tuvo que meter en un agujero para que no lo descubrieran los fascistas. Lo dijo así, «fascistas», nosotros entonces no conocíamos esa palabra.

Un día llegó al Muro aquel hombre grande, calvo, con bigote muy negro, fumándose un puro que se quitaba de la boca como si fuera una cachimba. Preguntó quiénes éramos, qué hacíamos allí a esas horas. El hombre llevaba una camisa azul mahón con señales rojas. Le dijimos: «Hoy no hay escuela». «Ah, ¿y el maestro?». «No vino». «¿Dónde vive el maestro?», preguntó imperioso, como de más alto, aunque él ya lo sabía.

Nos miramos entre nosotros con el miedo de quienes desconocen, de modo que no nos fijamos en él sino en el aire nublado de ese día, hasta que carraspeó el Bizco y el fachento miró a aquel singuango con la ansiedad de un avechucho con hambre de mucho tiempo. A su vez el hombre carraspeó y escupió al suelo lo que yo pensé que era tabaco. Luego machacó su propio escupitajo y juntó otra vez los talones. Fue ahí donde aprendió Crispín esa parte de la instrucción falangista, y desde ese día el hombre se ganó el apelativo de Bigotes.

El Bigotes, pues. Tenía la mirada vacía, los ojos grandes, como los

bueyes.

El Bigotes se quedó allá abajo, fumándose el puro, justo debajo de donde nos sentábamos nosotros. A Crispín se le escapó una piedrita al mover el culo, pues el suelo estaba lleno de guijarros. Yo miré al hombre, que enseguida se le encaró. «¡Niñato!», le gritó a Crispín, «¡niñato!», repitió, y este miró para mí al tiempo que decía:

—Yo no fui.

Y fue bajando hasta situarse junto al fachento.

28

Hasta ese día yo nunca había visto a Crispín tan nervioso. El hombre siguió increpándolo hasta que lo tuvo al lado, y entonces bajó la voz, como una caricia. «¿Quién fue? Dime quién fue». Pronto recuperó su aire de padre indignado. De cerca y enfadado aquel fachento parecía rojizo, sus manos venosas acariciándose lo que semejaba una verruga de pelos en el cogote. Tenía esa vena hinchada mientras reconvenía a Crispín y este miraba hacia arriba, pidiéndole auxilio al cielo y haciéndole un agujero a la tierra, que es lo que yo estoy haciendo ahora, más solo que un árbol y con menos sombra que los mediodías, apoyándome en este muro, el más inmortal de mis paisajes.

Hace tanto que llegué que no sé ni contar las horas, y ahora me viene aquel recuerdo de Crispín acosado por el Bigotes, que se mezcla con el rumor de las cigarras que iban a morir contra la pared de Poggio, alarmadas por el viento de huracán que venía del continente africano. Era un clima de estupor, y aquella escena que tenía enfrente entonces parecía un cuchillo de palabras, una herida de sol, preludio del mal o de un asesinato. Todos los chicos estábamos atemorizados, porque parecía que el hombre de la camisa azul, con aquellas cosas bordadas en rojo, le iba a pegar a Crispín en toda la boca. Nadie nos dijo nada ni nada nos puso de acuerdo; lo cierto es que, de pronto, de los que estábamos arriba salió la misma voz, como de un coro:

—Fui yo.

Todas las voces a la vez. «Fui yo». Crispín se arrugó dentro de su camisa de dril. Recuerdo que temblaba, era la hoja de un árbol por las noches.

El hombre entonces empezó a hurgarse la nariz y a golpearse los ojos y a dar berridos de rabia como un toro; su cólera parecía no tener fin, así que la cogió con la tierra, que pateaba y pateaba, parecía que quería hacer un hueco en el que cupiéramos los que habíamos gritado a la vez «fui yo». A mí me vino a la cabeza el rostro del Agujero, aunque no su paradero. Nadie se atrevió a decir ni una palabra más, y para qué, ya parecía que todo estaba dicho y que ahora vendría, más temprano que tarde, la sentencia. Temblábamos por dentro como pajarillos, alguno habría querido estar en su casa, con su madre. Todos permanecimos callados como tusos y el aire era un torbellino de

cigarras que iban a parar a las comisuras de los labios de los que estábamos mirando lelos aquel vendaval de brasas.

Aquel hombre vestido de verde y de azul mahón siguió golpeando la tierra con sus zapatos de charol y se frotaba las sienes con la energía de un potro mientras Crispín, a su lado, miraba al suelo. De pronto el hombre se serenó, se dirigió a mí y me dijo:

—Los perdono si me buscan al maestro.

Crispín pareció tener palabras para eso, aunque dejó ir el momento, como si estuviera aterido, atado por el compromiso de no pronunciar una sola sílaba, la boca caída hacia adentro, nublada la cara de matón callejero. Nadie dijo nada más, siguió el silencio, mientras yo pensaba qué hacer. «Contar dónde está el Agujero es ponerlo debajo de la bota de este cabrón», me susurré a mí mismo, y seguí sin decir nada, acobardado. Al levantar la vista vi al hombre agarrando del hombro a Crispín y el silencio se convirtió en una hoja de la platanera haciendo zigzag con su ruido.

Veo ante mí, mientras estas cosas vuelven a mi cabeza, la propia platanera de Tiramisú y ahí observo, como a la luz de un candelabro, las hojas de los plantones, esa sensación verde herida por el sol, toda mi infancia y toda mi adolescencia convertidas de pronto en un color de aire.

29

Yo sabía dónde vivía el maestro, pero en la cabeza se me hizo un agujero, una mano helada me tapaba la boca tanto como el entendimiento; no era cuestión de valentía sino de miedo. Ya se sabe: el maestro vivía más arriba, en el camino del Perdido, por donde se escondía también la Pelirroja, la chica que se había ido a la huerta de los cristales con el Lanudo. La imaginé desnuda, corriendo, sus piernas como llagas volando hasta la casa, encogido su cuerpo; no había a quién llorarle, ni con quién alegrarse, estaba sola. Alguien dijo, cuando preguntaron cómo es que iba desnuda, que se fue en enaguas, pero otro explicó: «La enagua no es un vestido», y yo asentí como un autómata.

Yo sabía de eso, pero no dije nada más. Veía al maestro cada vez que iba a comprar el pan, su paso sucinto, de monje civil o derrotado. Iba siempre con un libro distinto, lo dejaba sobre el mostrador y se ponía a hablar con el panadero, casi el doble que él de estatura, potente como un camionero. El maestro era flaco como un cangallo, un alfeñique, y tenía las uñas largas de un descuidado. Su boca era ancha, de labios finos, parecía un buen hombre aminorado que se peinaba obsesivamente un pelo escaso. A veces se tocaba la cara, como si le picara, y debía de leer más de la cuenta. El panadero le decía: «Tanto leer, te vas a quedar ciego». Y él se reía, la mano en el bolsillo del saco, de donde en ocasiones sacaba chicles que nosotros llamábamos Basuka. Era un hombre nervioso y risueño, que parecía estar en paz y al que le gustaba la escuela. No era maricón, qué iba a serlo, pero por entonces a todos los que pudieran serlo se les inventaban cosas para acabar con ellos. Él nombraba mucho el caso de Lorca, el poeta, aunque cruzaba los labios para que nosotros no repitiéramos por ahí la misma palabra, Lorca. Decía que a veces se decían esas cosas para borrar ya por siempre a las personas, y ahora justamente estábamos viviendo un momento así en el barrio, como si se precipitara de nuevo la maledicencia que, según mi madre, fue la primera piedra que lanzaron cuando comenzó la guerra.

A mí el maestro me daba pena. Nunca lo dije en casa, ni tampoco en el Muro. Yo no sabía entonces que había sentimientos muy distintos y que uno se llamaba piedad. Ahora que conozco todos los sentimientos, al menos los que yo tengo, sé que si en aquel entonces yo hubiera

dicho lo que sentía por el maestro a mí también me hubieran llamado maricón, y de hecho fue así, hubo ocasión para ello, y en la escuela una vez que nos vieron juntos, a Crispín, al maestro y a mí, nos pusieron en el pupitre un papelito que lo decía, MARICÓN; la misma clase de papel, las mismas letras mayúsculas e incluso el acento puesto como en un calco. Los tres nos deshicimos de esos papelillos no solo porque contaban una mentira, sino porque no quisimos dormir bajo el influjo de esas letras.

Antes de eso, cuando no era todavía tan famosa en el barrio, «maricón» fue la primera palabra fuerte que escuché en el Muro, y siempre la decían los chicos para referirse a hombres débiles que pasaban por allí. Crispín decía, y todos asentían: «Ese es maricón».

El insulto era una manera de hablar por entonces. Mucho más tarde comprobé que eso ocurría también en la vida diaria, fuera del barrio, en el pueblo, en la ciudad, en cualquier sitio de esos mundos por los que caminé. Para Crispín, todo el barrio estaba lleno de maricones, todos los hombres eran maricones, o todos estaban a punto de ser maricones.

—¿Y tu padre? —le preguntó un día el hijo del carpintero, al que llamábamos Tachas.

—¿Mi padre? ¡Mi padre! —Empezó a enfurecerse Crispín y el Tachas le dijo:

—Vale, tío, Crispín. Solo te pregunté por tu padre.

Le dio un golpe, lo quitó de su lado y le escupió en la cara. Tachas se limpió la saliva con las manos sucias. Crispín tenía esos prontos.

Lo recuerdo muy quieto, junto al hombre de la camisa azul mahón, que seguía indagando por el paradero del maestro. En voz baja, para que no se oyera ni un garabato, al fin Crispín le preguntó con una voz que parecía de fresa y chocolate: «¿Para qué lo quiere?». Entonces el hombre fachento volvió a enfurecerse, como si se lo llevaran los diablos. «Tan valiente Crispín», pensé, aunque no dije nada, «tan valiente que se ofrece a ayudar a buscarle la ruina al maestro». Yo pensaba esas cosas, pero decirlas me costaba trabajo, siempre había una mano invisible que desde dentro me advertía «cuidado, cuidado, cuidado, no lo digas». Crispín se acariciaba el flequillo, como si se hiciera un rizo con el dedo, mientras el hombre le seguía gritando: «¡¿Y a ti qué coño te importa para qué lo busco?!».

Poco a poco, sin que hubiera un porqué, como si esa esquina del mundo se inundara de casualidades, se llenó aquella punta del Muro de gente que conocía al hombre de la camisa azul mahón. Parecía el alcalde o su policía. Le daban palmadas en la espalda, en los hombros, besos carnales de forzudos, lo abrazaban como si viniera de una

guerra. Reían a carcajadas y también decían la palabra maricón, como una señal que marcaba a otros o servía para abrazar con fuerza, palmeando con ruido los omóplatos, aunque en este caso era evidente que la decían refiriéndose al maestro. «Ese maestro es maricón», se oyó gritar, y fue un escalofrío. Se decía tanto de cualquiera que era imposible que tantos lo fueran. Era un modo de condenar a las personas para que dejaran de existir, para que no fueran ni un rastro de sí mismas.

Uno de los que vinieron a darle golpes amistosos al Bigotes era el que cobraba las dulas. Había visto de lejos al jefe y mientras se acercaba a él gritó, henchido su pecho igual que su voz enronquecida: «¡El maestro! ¡Ese tipo no es de los nuestros!». El Bigotes miró al lugar de donde provenía el grito y hacia allí lanzó otro chillido que también tuvo su eco allá por donde se perdía el estanque y ya se oían los grillos del calor tan inhumano, el cielo encapotado y gris, pero caliente. «¡El maestro es un hijo de puta y no es de los nuestros, joder, ¿a quién más se lo tengo que decir?!».

El coro parecía una condena, un puñetazo en la mandíbula cansada de un contrincante. El estupor llevaba dentro la densidad de una navaja.

Me dio miedo esa expresión, «¡no es de los nuestros!». La dijo el carnicero, al que habían bautizado como el Tocino; la dijo el carpintero, que ya dije que era el Tachas; la dijo el Centauro, que era el hombre que una vez vino a correr en caballo una carrera de sortijas para bicicletas. En lugar de bicicleta trajo ese caballo con andares de burro. Lo había bautizado mi madre, con aquella ironía que tenía para poner nombretes:

—Adónde irá semejante centauro.

Así que todos le hicieron eco al jefe, que sacó de la valentía que le trajeron con ese grito una pregunta, que era el ruego de una denuncia: «¿Cómo demonios no sabe nadie aquí dónde está el maestro?». El Tachas se acercó al oído del jefe y le cuchicheó algo. Luego me miraron. En ese momento mi madre me gritó desde lo alto de la calle y me fui corriendo hacia allí, viéndome las puntas de los pies como si ellas mismas me estuvieran mirando, burlándose de mí, «a ver si corres», hasta que mi madre me alcanzó, me cogió de la mano y me metió en la casa.

Los chicos y los grandes se quedaron allí durante mucho tiempo. Cuando volví ya se estaban yendo, y parecía el fin de un temporal. Crispín permanecía quieto, junto al muro, en la parte de abajo. El Bigotes le señalaba con el dedo:

—Yo sé muy bien dónde vive el maestro y lo que está haciendo, así que lo puedo ir a buscar si quiero y decirle a la cara lo que ustedes gritan y además maricón, si hace falta. Pero lo que quiero es que me

lo busques tú, que demuestres que tú sí eres de los nuestros, así que búscamelo —repitió ya en la cara misma de Crispín.

Me quedé helado como si fuera yo y no él quien hubiera recibido la amenaza. Helado como el invierno. Recuerdo aún las manos de Crispín tapándose la boca como si ahí, entre las encías, estuviera el paradero de don Domingo, a esas horas seguramente escondido mucho más allá de lo que lo había estado en el Perdido.

30

Crispín hacía círculos con los pies. Esperó a que no hubiera nadie y luego se fue hacia el estanque, adonde el Bigotes había dirigido sus pasos. Yo me quedé mirando, pronto se iba a hacer de noche. El silencio recorría el barrio y aun así oí chapoteos en el estanque y también escuché risas que venían de allí; no sé de qué bocas brotaban y me dio curiosidad, pero solo me fui a casa rascándome el cogote.

Esos días todos los chicos estaban revueltos por las noticias sobre un camión en el que la policía decía haber encontrado a jóvenes y viejos haciendo juegos de sexo que los mayores contaban tapándose un lado de la boca cuando llegaban a los nombres propios.

La calle no era de juntarse, los chicos éramos los únicos que estábamos en el Muro todo el día, pero los rumores hacían que los mayores salieran a las puertas, como si alguien les hubiera tocado un tambor de hojalata. Salían las mujeres y las abuelas, y los hombres impedidos, y aquella vieja que vendía aceite sobre su embaldosado sucio, contra el que meaba de pie con el arte del descaro, las piernas abiertas, arremangada hasta arriba, mirando mientras lo hacía, la gente con su botella en la mano, el aceite moviéndose a la vez que la vieja meaba. Por esas noches ya se asomaban también los recién casados, que habían estado semanas y semanas reconociéndose, como decía mi madre, tan callada a veces para esas cosas. Allí estaba el matrimonio reciente, indagando con los otros lo que fuera menester para saber más, o menos, que todo el mundo.

Toda esa gente, y más que venía de otros sitios —el cartero Manuel, la vendedora de pescado que gritaba con vehemencia su mercancía, los parroquianos del bar que abría todo el día, también los que venían a ver si mi padre aún tenía chochos o plátanos secos con los que conducir el vino que él cosechaba en uno de sus secarrales—, tenía una versión de lo que pasó aquella noche en la que el Bigotes quiso acabar con el maestro. Pasó el cura, persignándose, como si atrás dejara un incendio moral, una desgracia. Fue por aquel entonces cuando el propio sacerdote convocó un aquelarre para quitarle al barrio el tufo de Satanás, al que algunos oíamos nombrar por primera vez.

El maestro no estaba allí, en la trasera de aquel camión trompudo, ni nadie lo pudo ver en circunstancia alguna porque estaba en otra

noche y en otro conciliábulo, buscando encargos, se supo luego, para ser útil al país que había perdido, eso dijeron en casa cuando nadie sabía que yo escuchaba.

Supe, pues, por mi madre, que el maestro había estado en un viaje que no le contó a nadie, ni tenía por qué, lejos del pueblo, una especie de misión en la ciudad a la que lo había llevado una persona que vino a buscarle y lo recogió justamente en el lugar en el que luego se produciría esa famosa orgía de la que todo el mundo hablaba a media voz. De modo que al cabo de un rato ya era un rumor enorme y también un griterío y, sin duda, una mentira a medias, por tanto tan dañina que aún hoy circula por las bocas de algunos, de tal forma que la matrícula de aquel camión, 5802, llegó a ser más famosa que la Chelito, decía mi padre, y dejó de usarse como si contuviera una maldición que llevaría a la ruina al que la escribiera o la dijera, como yo la estoy diciendo aquí para que también quede escrita: 5802.

De ahí salió esa voz unánime: el maestro también estaba en la orgía, aunque esta palabra, «orgía», no era de entonces, o al menos al respecto yo solo escuché en aquel momento la palabra «mariconadas». Uno de los que habían difundido que el maestro había sido el líder de la pandilla orgiástica, o como se dijera entonces, fue un hombre de pelo lustroso, muy bien peinado, al que mi madre llamaba «el Sarasa», quizá sin tener tampoco idea de qué significaba tal cosa. Ese hombre dio todo lujo de detalles, tantos que sus palabras llegaron hasta el Bigotes, igual que llegó la identidad de cada uno de los reunidos en la parte de atrás de aquel camión de la desvergüenza.

Le faltó esto, el canto de un duro se decía entonces, para hacer correr también el nombre propio, con apellidos incluidos, y no lo hizo acaso porque vio a mi madre venir con el delantal subido hasta la boca, y guardó un silencio que a él mismo lo dejó helado. Cuando mi madre se alejó, aquel hombre depositó el rumor en los oídos de una mujer que tenía radio, y que se fue enseguida a las restantes orejas como si ella también fuera una locutora. El matrimonio de recién casados reía, cómplice, agarrado al quicio de su puerta, la luz de dentro encendida, como si tuvieran ya entonces un televisor. Poco a poco se retiraron hacia dentro, quizá excitados por tanta novedosa ruindad. El Sarasa también se fue, no sé explicar cómo iba andando, pues más que caminar volaba riendo y cantando como cupletista.

Esa información era oro para el Bigotes, que en cuanto pudo le dijo también a Crispín, para obligarlo a admitir que sí, que él también lo sabía, y Crispín se lo fue a contar a mi madre. Esta le dijo:

—Si lo dices, te mato.

Luego se bajó de la alacena donde estaba guardando tazas y se

acercó al oído del chico.

Cuando Crispín recibió sus palabras, una a una, mi madre le dio la espalda y él se sacó las manos de los bolsillos, se levantó del asiento y empezó a dar vueltas, blanco como la pared contra la que había estado a punto de matarme. Salió de casa tirando suavemente de la puerta, mirando al suelo como si pensara.

31

El Lanudo no tardó en venir a decirme que Crispín era maricón. Las cosas corrían así; de la noche a la mañana el blanco era negro y viceversa. Mi madre decía que así se había calentado la guerra, con mentiras que decían en la plaza, por el bar donde estuvieron los futbolines y también en Acción Católica y el Frente de Juventudes y la Falange, donde yo mismo aprendí quién fue Fernando VI o qué significaban la Bandera y la Patria, que en aquel tiempo estudiábamos entre lo que se escribía con mayúsculas.

Muchas veces formamos allí los monifatos, y hombres como el Bigotes nos hacían desfilar como si ya fuéramos reclutas, y nos castigaban en el Frente de Juventudes, todo azul mahón y todo enmohecido, y se reían de nosotros si no gritábamos al cantar el himno: «Volverán banderas victoriosas…». Isaac preguntaba, sin intención de molestar, qué había pasado con esas banderas que habrían de volver si ya se acabó la guerra y solo había una bandera victoriosa, y ni plural ni hostias. Yo me permitía cruzar los labios, porque si lo escuchaban iba él a saber qué banderas eran esas… Pasaban las tardes del patriotismo como una langosta enorme sobrevolando el clima veraniego del pueblo, los chicos sudorosos fumando a escondidas, la playa llena de la humedad que hacía más viciosos los rostros de los adolescentes.

Una tarde vi volver de las huertas al Lanudo, con una canasta de llevar comida, como se hacía en aquellos tiempos. Estaba en la plaza del pueblo, esperando nada, mirando sin verlos los columpios de don Tomás, subiendo y bajando, mientras el viejo feriante cantaba melodías rimadas que venían de Cataluña, como él. «Estás como siempre», me dijo el Lanudo. Aparecía así, de vez en cuando, en auxilio de mi entendimiento, «te lo aseguro, este amigo tuyo le está vendiendo un favor al fachento».

Desde donde estábamos sentíamos el aire del mar, su salitre rancio entrando y saliendo del bar de los futbolines. Mi amigo Miguel pasó por delante, llevaba hielo en una bolsa grande de plástico sucio; no le dije nada porque a ciertas horas los amigos nos hacíamos invisibles. El sonido del agua en la plaza entontecía a las palomas. El Lanudo me lo

dijo al oído y yo moví la cabeza, le dije que no me lo creía. «La ignorancia», me dijo, «es también el disimulo».

El fachento, al que llamábamos el Bigotes y Duce y Fachento, sabía bien dónde vivía don Domingo, tanto como que él lo había alojado allí, pero ahora lo buscaba para darle un escarmiento, chantajearlo, hacerlo de los suyos y vender en jefatura un convicto más. «Una vez atado de pies y manos se marchará de la escuela», me dijo el Lanudo, «y verás como un día lo ves con flechas sobre una camisa azul oscuro tupida como el cielo este que nos entrecierra los ojos. Luego irá escalando y tú lo conocerás un día levantando el brazo como el propio Bigotes».

No me creí ni una palabra de lo que estaba escuchando, no solo era ofensivo sino mentira, pero en ese momento yo no sabía por qué era mentira. La plaza estaba a la sombra de eucaliptus viejos, olía a madera y a frutas, y el Lanudo se sentó ante mí un poco escorado, tenía pánico de que lo vieran. La humedad hacía su cara más insana, como una pus que marcaba el aire del sitio, el sonido del agua intermitente como el silbido de antes de dormir.

Lanudo era un chico esmirriado, con una boca grande, abierta hasta en silencio, como si llevara espuma dentro y se la quitara con golpes rápidos de sus brazos peludos. No se paraba a hablar con nosotros, pero cuando yo estaba solo me preguntaba por mis padres, me contaba lo que pasaba en el barrio y en las casas; era un hurón con información propia. Hablaba con la seguridad de los que tienen coche, y de hecho ahí estaba aparcado su automóvil descolorido. No solía escuchar mis respuestas. En realidad, casi siempre se comportaba como si yo no existiera, y me acostumbré a olvidar que había estado conmigo y que me hacía confidencias.

Cuando lo veía marcharse, sentía que el Lanudo no dejaba ni sombra tras de sí, su piel tan sebosa. Era un muchacho nublado que, incluso de frente, se daba la vuelta y desaparecía, una delgada línea de niebla que veía deambular por el barrio como si fuera yo mismo soñando sueños, aunque estuviera de pie y despierto. Eso, lo supe más tarde, es la ficción que te habita, y tú la sientes y la padeces y la disfrutas y te hace ser quien eres, un ser vestido para estar en la calle pero que todo el día sueña que sigue durmiendo.

Esta vez el Lanudo quiso que entráramos al bar y que nos sentáramos en la esquina más oscura, como si me fuera a decir un secreto. Un secreto que no se podía escuchar.

—A lo mejor lo sabe todo el mundo ya, pero yo no te lo puedo

decir.

—Adelante, Lanudo, no nos oye ni Dios.

Y el Lanudo habló, y me contó que Crispín ayudaba al maestro y ayudaba al Bigotes, a los dos a la vez, como los malos de las guerras.

—Que te haya pegado es lo de menos, lo peor es que hasta eso lo hace para disimular que ayuda a otro, cuando en realidad ayuda a los dos a la vez, a ver quién le da más. De eso gana, no lo verás nunca pidiendo. Lo protegen los dos y ellos no saben que es un traidor para ambos lados.

Su cara estaba picada de viruelas. Olía a alcanfor y a leche cortada, un olor que expelían su ropa y todos los poros de su piel.

Cuando ya éramos amigos un día vino a comer a casa y mi madre le dio sopa y dos huevos fritos, crujientes por las puntas, rojos de tan amarillos. Comió en el salón blanco, donde mi padre tenía la radio, sorbiendo la sopa como si nadara en ella, un sonido por el que yo lo hubiera matado. Después se puso en cuclillas, mirando el aparato de radio como si tuviera imagen. Quería oír los últimos minutos de la vuelta ciclista, en ese momento ganaba Anquetil.

Ya en ese entonces era sebosa su cara, y desde aquel día procuré evitarlo como se evita el tacto de las lagartijas. En una ocasión reapareció por casa, igual que un fantasma, con su tartera de llevar fiambres, miró hacia dentro y me encontró echado en la cama, bajo el Corazón de Jesús, y algo debió de pasar, un desvanecimiento, un sueño, que lo hizo desaparecer mientras me miraba; la colcha amarilla, tacto de aquella adolescencia, ruidos en la habitación, la calle quieta.

Mi madre me dijo que no había venido nadie, pero yo había visto sus ojos, una manta por los hombros, la tartera. Y él me había mirado. Se me quedaron las manos yertas del susto de verlo y no verlo a la vez y de sentir, de pronto, que se había diluido en el aire. Mientras ocurría todo se fue la luz, debió de ser eso. «Y cómo va a diluirse», me dije, «si pesaba». Nadie creyó en aquel entonces que aquel fantasma fuera de carne y mirara de veras desde el fondo triste y azul de sus ojos de gato.

«Tal como lo dices, describes la muerte», me dijo mi madre, y siguió cosiendo, un zurcido interminable del que solo la sacaban los suspiros.

Entre todo lo que se me quedó para siempre del Lanudo está su modo de sorber la sopa, como si soplara dentro del plato la boca de un lagarto. No hay onomatopeya para aquel sonido, solo él lo producía, un lagarto verde que vestía como las personas. Aunque nunca volví a verlo sorber sopa, jamás he podido disociar ese aspecto horrible e inolvidable, gatuno, de su cara después de haber escuchado que

ganaba Anquetil. Como si nunca antes lo hubiera hecho, una sopa que a esas alturas estaba fría como el fondo del estanque.

Por esos encuentros con el Lanudo, que eran como los de un fantasma visitando a un temeroso, supe más de Crispín, aunque apenas lo escuchaba hablar, solo movía los codos y no respondía nada. Siempre esperaba sus apariciones con temor por su manera de mirarme, sus ojos rotos de rojo, un espejo cortante. El día en que Crispín me golpeó contra la pared sucia del muro Lanudo pasaba por allí como una sombra que espía. Se me quedó mirando, otra vez como un fantasma, la tartera en la mano, un palillo de dientes sobresaliendo de su boca grande, los ojos como muertos. En ese momento sentí sobre la mano algo así como la mordedura de una sanguijuela; era el dolor de por dentro, que siempre amanece en las manos, sea la hora que sea. Cuando ya me levanté y me puse a caminar, dolorido aún, el Lanudo se había ido otra vez por donde había llegado y nadie al que le pregunté por él declaró haberlo visto. Como si no existiera o fuera un doble del que yo conservaba ya solo el recuerdo.

32

Aún hoy me pregunto si aquello ocurrió realmente o solo pasó ahora que lo imagino; si fue durante los duermevelas o si tan solo eran figuraciones que me hacía en otros tiempos, cuando dormía y la penumbra reproducía la voz asustada de los hombres que huían a Venezuela y venían a recoger a la ventana clandestina de la noche las confusas o ilegales cartas de llamada. En esas noches de tanto trajín entendí que todo ya era nuevo y peligroso, como las conversaciones que se tenían acerca de los misteriosos paquetes que contenían dinamita cuando parecía que dentro solo llevaban harina que allí le guardaran mis padres al panadero.

El peligro parecía una conjura de las madrugadas, y ahí estaba yo, creyendo que ocurrían cosas que nunca habían pasado. Al tiempo que los veía trajinar con esos papeles que parecían un navío o su niebla, yo mismo creía estar embarcado en una lancha o en un barco de vela, de papel incluso, porque entonces yo sentía que estaba en todas partes o que no existía en absoluto, un chico invisible pretendiendo estar tumbado en una cama, con el cielo a punto de estallarme en la cabeza, esperando a que amaneciera para saber de qué color es el firmamento la primera vez que lo miras.

Mi madre pasaba uno a uno los folios de la gavilla y los iba entregando igual que si pusiera un tesoro en las manos calientes de los emigrantes, aquellos hombres que silbaban su horror. Un tesoro o también un explosivo, pero qué iba a saber yo entonces sobre el contenido de la clandestinidad… A veces veo nítidos esos gestos, pero ahora siento que me los invento, que nada de eso pasó, y que aún estoy con un pie fuera de las sábanas inventándome historias para no dormir solo.

Pasado el tiempo, ahora recuerdo, con la espalda ya cansada de este soporte que es la misma piedra negra tantos años después, aquel silencio susurrado de la casa, que yo llamaba el sigilo venezolano. Nadie más lo sabía sino yo, era un tesoro inútil; nadie más accedía a esos juegos de palabras que no se atrevían a salir de mi boca adolescente. Reía entre dientes, como si navegara en medio de la penumbra de una pesadilla. Y eso que me ocurría en aquellos años indecisos, cuando las noches servían para olvidar los días, me sigue pasando hasta hoy; no solo cuando me marché sino también ahora que

he vuelto y todo es, en mi cabeza, como una noria o como la doma de burros que mi abuelo hacía para demostrar que no era asmático sino un atleta. En mi cabeza, pues, todo es confuso, todo se mezcla, hasta la respiración parece una mano manejada por la puta humedad de los azares. Me duele la espalda, es decir, la memoria, y no tengo ni aire para borrarla.

Ahora cae sobre mi lugar de siempre una tormenta roja de aire africano, por la costa se ve llegar una nube de langostas. En tiempos así nos refugiábamos donde el zapatero, y este nos embadurnaba de betún diciéndonos una mentira, que gracias a esa crema aquellos bichos iban a salir huyendo como de la peste. El Morisco decía lo mismo; era cierto que ambos estaban todo el día hablando de esos runrunes y riéndose, solitarios.

Se está acercando una tormenta como aquellas, hasta el mantel que puso aquí la chica con sus viandas ha estado a punto de volar y parece que yo ya me estoy reponiendo de un vahído que no sé cuánto ha durado, tal vez horas, pero estoy seguro de que por mí han pasado miles y miles de sueños, los sesenta segundos que te llevan al cielo. Ahora estoy despierto; una langosta, a la que nosotros llamábamos cigarrón, se ha posado sobre mi mano y hurga y hurga en los restos de azúcar que debo de tener aún entre los dedos.

33

Crispín estaba callado. Sentado como si no hubiera cielo, la cabeza entre las piernas, el suelo debía de ser para él un hoyo oscuro, un espejo de barro, un lugar parecido a sus sentimientos. «Callado como un tuso, tramando algo», decía mi madre. Pero esta vez quería contarme el origen de otra fechoría. El Bigotes le había dicho que buscara al maestro. «Dice que lo quiere ver. El martes, ya de tarde, en la Iglesia», me contó. La Iglesia era el bar de los billares, así lo llamábamos desde que habíamos dejado de ir a misa. Y ahí se presentó el maestro, lo vieron llegar; a esa hora en el bar solo había sombras de gente que traspuso sin decir ni una palabra al entrar el Bigotes con los puños cerrados.

El Bigotes entrenaba a un equipo de juveniles. Era fuerte, robusto, de músculos bien trabajados, un atleta de la posguerra, feliz de pecho, la mirada altiva, como quien no yerra. Hacía pesas, boxeaba y fumaba los puros largos con los que vino aquella tarde a buscar al maestro, aún en son de paz, o eso parecía. Don Domingo cumplió con la cita que Crispín le había dicho al oído. Nadie lo supo en el barrio, aunque algunos éramos artistas del secreto. El Bigotes cruzó el local a paso de gigante, seguro de que su mano valía más que una pistola, apretando el puño, los dedos una y otra vez entrenados para momentos en los que era eficaz herir y dar ejemplo. Tenía las llaves envueltas en los dedos, las exhibía como quien presume de descapotable.

Cuando el maestro volvió a la casa, al camino chiquito, «parecía un cristo», dijo mi madre, pero nadie supo por qué venía tan dañado. Ni él lo dijo; el miedo no habla, te esconde.

Unos días después, en la punta del Muro, sentado con Crispín, lo encontré taciturno. Me ocultaba, era evidente, lo que quería decirme. Hasta que se puso a hablarme al oído, escupiendo saliva. No lo hacía por la culpa que debía de producirle verme tan cerca después de haberme golpeado como para matarme. Era porque así se aliviaba, revelando un secreto, de dos pecados: haberme dejado a mí mismo hecho un cristo de llagas y haber contribuido a que el maestro sufriera una suerte aún peor y, además, el destierro.

Crispín había cumplido con el Bigotes, y este no tenía otro remedio

que agradecérselo. Aquella casaca de vivos amarillos parecía un buen regalo, que él acariciaba, sembradas las uñas del verde del estanque. La casaca no le quitaba el rictus oscuro, la mano en la frente, el sudor húmedo de la tarde. Me habló de lado, como si la boca mirara de reojo.

Leí mucho más tarde en un libro rojo sobre los pecados capitales que el iracundo siempre vuelve a ver la cicatriz de las heridas que causa. Ese fue el caso. El maestro era ya otra de sus víctimas, a través ahora de aquel fachento que simulaba ser militar del ejército, aunque nunca logró otra cosa que parecer un jefezuelo delante de un mapa que acababa cerca del estrecho de Gibraltar, con una inscripción que celebraba la cara de Franco con las letras de «Arriba España».

Después Crispín quiso recular, como los culpables. Me dijo: «Y yo qué sé. Y yo qué sé de lo que le pasó al maestro».

En ese momento yo no sabía que Crispín entrenaba con el Bigotes. A mí no me gustaba el fútbol, ni su ruido, ni podía jugarlo bien, por la maldición de mi hechura y porque la burla seguía a cualquier lance o fracaso. Y aunque parecía que estábamos siempre allí, en el Muro, cada uno tenía ya su vida, como decían los viejos, y en nuestro caso, el de Crispín y el mío, cada vez se fue haciendo más ancha la distancia, y no por aquellos golpes, sino por el disgusto de sentir que la amistad es, al fin, un resumen de resentimientos.

Ahora ya puedo contarlo más despacio; al fin y al cabo para qué apresurarme si he venido a fijar, al menos en este suelo, hechos que lo aclararon todo a su tiempo. Crispín me contó finalmente, por su iniciativa, cómo vino aquel ataque, y cómo era de veras su relación con el Bigotes. Un hombre al que luego empezaría a despreciar como padre, adoptivo o real —«adivina qué», me decía, «adoptivo o real»—, y que lo utilizó para buscar los nombres propios con los que había que llenar el expediente de sus perseguidos.

Le debía tanto al Bigotes, me dijo Crispín, que no supo negarle esos auxilios, hasta que quiso que le fuera dando cuentas de lo que hacía el maestro, y ya esto no solo le dio miedo, sino que le produjo esa angustia que él no sabía describir y que yo mismo sentía mientras me iba contando esas cosas, igual que me sucede ahora que las cuento yo mismo mientras se hace la tarde y entra el frío por mis pies cansados y estoy mirando y pensando y diciendo hacia adentro lo que es al fin el resumen de una vida que he venido a recitar aquí y ante nadie.

Callado Crispín y callado yo mismo, pasaron como horas que serían segundos hasta que yo le pregunté, mientras él se levantaba:

—¿Y por qué no cortaste?

Él volvió a sentarse, se apoyó en mi hombro, me miró a los ojos con el aire de ir a hacerme una confesión de cruz y raya. Estaba como una piel, blanco y a la vez cenizo, así que le pasé la mano por el hombro, como antiguamente, y él me la agarró como si se limpiara un llanto. Luego se levantó de donde estaba y se puso a dar vueltas como un trompo.

—De eso no te voy a decir nada nunca —dijo antes de seguir dando vueltas, mientras se marchaba. Lo vi ya lejos, mirando hacia atrás, camino del estanque, me pareció.

Por aquel entonces había palabras que no se decían, porque no se sabían o todavía no se ponían ni en los periódicos, y una de esas era la palabra pederastia. Nunca hubo tiempo más tarde para que él me dijera nada, se fue con su secreto que mi madre supo.

«Ay, si te contara», decía, limpiándose en el delantal sus labios blancos.

34

Nos gustaba ir al Muro después de la lluvia. Todo quedaba limpio como una patena. Mario traía unas mantas de casa, las compartía con todos, ese rastrillo de agua que nosotros llamábamos sereno nos dejaba como descansados, la tierra feliz desprendiendo el olor de la inocencia.

Crispín traía toallas, que no sacaba de la bolsa. Cuando escampaba y salía aquel sol nublado sentíamos una especie de felicidad chiquita que ahora, aquí, en el mismo sitio, trato de recuperar a solas, el sonido de los otros escuchándose como parte del rumor de las huertas, el barranco vacío, de vez en cuando el tránsito veloz de las motocicletas, los chicos llamándose a gritos mientras tanto, el estanque limpio de verde y de lagartijas.

A veces venían personas mayores. El maestro también, nos veía jugar, y los hombres que iban con sus caballos a la carrera de las sortijas, sus bicicletas y sus novias, las chicas esperándolos como a los cantantes de rock que había en la playa, sentadas sobre las sillas sin espaldar que traían de sus casas.

En ese entonces, como después, yo mezclaba en mi cabeza todas las cosas, como si fueran verdad y fueran posibles y como si ninguna incluyera dolor o muerte o venganza o colores o sangre. Te pegaban por cualquier cosa, las riñas eran la tarde de los sitios, la gente llegaba con su puño hinchado, el odio no era una palabra sino un gesto en la cara; los chicos también odiábamos, y yo lo aprendía cada día como un argumento.

Esa baba de maldad marcó nuestros primeros años, y ahora aquí lo rememoro, el barrio me rodea y yo siento que ante mí está mi fantasma diciéndome que duerma. Los ojos abiertos, por ahí llega la bruma del pasado.

Este duermevela del barrio me trae una imagen que parece lo de fuera de un sueño: el Bigotes llega hasta donde estoy ahora y me enseña un premio que ganó siendo gimnasta. De pronto está recitando una redacción patriótica en el campo de Falange, y regresa al barranco con ella, nosotros le volvemos la espalda y él sigue gritando para nadie, lleva anudada al cuello la bandera roja y gualda de la escuela, sus ojos son huecos y ríen a carcajadas. Se arrodilla, mira al cielo y grita, busca auxilio, una orquesta de pueblo celebra su recitado y él

recupera los ojos, desde ahí mira, nosotros no lo vemos caminar.

En el mismo sueño el Bigotes llega a la escuela, la abre de par en par, recupera el retrato de Franco, lo recoloca, camina con su uniforme de campamento hasta la habitación secreta del maestro y le prende fuego a todo, el puro en la mano; se va diluyendo su figura hasta que el fuego es toda la escuela y él grita de odio y de deseo como aquella mujer que parece feliz entre los libros que ha quemado.

Ahí está el Bigotes, mi sueño lo atrae, las manos llenas de lunares negros, el brazo en alto que tú bordaste en rojo ayer, la baba del puro sobresaliendo de la comisura manchada, el cinturón apretado, el paso marcial, el ruido y el aire y el polvo al pisar sobre la tierra, el sonido de las botas sobre el baldosado de las casas, la vigilancia del silencio o del terror. Sabíamos acerca de las cosas que pasaban en el pueblo, las habladurías, las malandanzas, el deseo de mal como una sed, y aquel fachento buscando en las rendijas de las casas fotografías que pudieran ser peligrosas para los que tuvieran mejores recuerdos. La patada en la puerta, «estos van al cuartelillo, hijos de su madre», mi padre escondido, un retrato prohibido detrás de la cómoda del salón, la radio vieja. «Aquí, Radio Pirenaica». Sabíamos qué era la política en voz baja, «de eso no se habla, muchacho», el Bigotes vigilando como un símbolo.

Hasta que acababas en la cárcel, y ahí veo entrando a mi madre, que camina decidida, es el sueño otra vez, y también está el maestro, maniatado, se le rayan los ojos. Yo estoy esperando en la puerta, desde el muelle llegan los gritos del pescado, nadie podía entender de qué hablaban el maestro y su amiga. Lo que es notable en el sueño es que nadie hace gestos con la boca ni con las manos ni se mueven sus ojos ni yo mismo los veo ya y me despierto.

35

Jero hablaba bajito. Crispín preparaba ruindades. Lo veía con el Bigotes, farfullando, los dos riéndose de los paseantes pobres. El hijo del Desnucado (nunca supe quién fue el Desnucado) se les acercaba para hacerles recuento de novedades, y entonces ellos se cagaban de la risa.

Al ir por aquellos pasadizos que ellos controlaban yo evitaba mirarlos, para no ser tenido en cuenta ni perseguido por sus fechorías. El Bigotes decía en alto, para que yo lo oyera, que me tenía puestas algunas faltas, «con el otro sí que venía a la escuela». Crispín me tiraba piedras como si no lo hiciera y yo hacía como que huía del frío, que por la tarde y tan cerca del estanque era musgo puro, bicho malo, deslizadero de los muertos, y a mí me mataba las rodillas. «Por la tarde resguárdate del frío, que es mortal, igual que los lagartos», decía Antonio el Morisco, que me enseñó a anillar palomas.

«Ese es una planta venenosa», decía mi madre, «no te juntes». El Bigotes blandía su cinturón negro y hacía sombras sobre el suelo, como si le diera latigazos; al llegar a la tierra levantaba semejante polvacera, y la gente se dispersaba, como si el ventarrón desprendiera sangre. Cierro los ojos ahora y lo veo todo nítido, como si acabara de llover y el suelo estuviera lavado y oliendo. El Bigotes concluía sus exhibiciones de circo con una carcajada sin matices, metal y metal y herrumbre, y luego silencio, como si se hubiera roto una cristalera y quedara sobre la tierra un enorme reguero de vidrios transparentes.

Los muchachos descalzos caminaban luego, decía la gente, como si temieran pisar huevos. Muchos venían cortados a casa, porque mi madre, no recuerdo por qué, coleccionaba mercurocromo. Luego los chicos se iban dando saltitos, sus pies descalzos vestidos de rojo como para un carnaval sin ruido. En el patio escribí con aquella pintura roja que olía a demonios la palabra FIN, en mayúsculas, como si antes hubiera una novela, pero solo había el deseo de que se hubiera acabado algo.

Mi madre me preguntó: «¿Qué es eso, otra poesía?».

36

Don Domingo estaba perseguido como si tuviera sarna. El Bigotes paseaba por el barrio, la fusta en la mano. Su cara gris como de pólvora, babeaba poder, era una serpiente vestida de musgo. Aquella carcajada exacta daba miedo. Era otro maestro, «el falso», decía Jero. El verdadero, expulsado del oficio, trabajaba en una funeraria, en un hospital, la gente especulaba, a lo mejor vivía a oscuras bajo aquel sol que parecía parte de la mano alzada de los fascistas.

Por esos días venía el Lanudo a verme para contarme sucesos que no habían pasado. A él empezaban a gustarle también los cuentos, y como no había tantos en la casa se los inventaba conmigo. Nos ayudaba Antonio el Morisco; al lado de aquel hombre de nariz roja nos hicimos inventores de historias que no habían pasado nunca o, si pasaron, ocurrieron en llanuras enormes, como del Oeste, y terminaban en mares inmensos, donde había un sol magnífico sobre barcos maravillosos.

El Morisco viró la cara para otro lado cuando el Lanudo tuvo la ocurrencia de sacar en la conversación al maestro que ya no estaba. Dijo que don Domingo era un maestro de verdad. El Morisco levantó la barbilla del suelo, juntó algunas piedrecitas y las fue tirando al barranco con la puntería de los rabiosos. Nosotros nos quedamos callados como si hubiéramos dicho algo que ya estaba tachado.

Aquel maestro, dijo el Morisco, era hombre de lecturas, afición que trataba de contagiar a los chicos. El viejo cuentacuentos se concentró en las piedrecitas que aún le quedaban a mano. «Lo peor es que lo hayan llamado maricón». Al cabo de un silencio que parecía del mar añadió el Morisco: «Aquí dicen eso y ya te matan». Le quedaba una piedra, y la arrojó contra una flor que destrozó por completo, ni un pétalo le quedó a aquella mísera expresión del verano. Luego se fue entre aquellos árboles pobres que nosotros llamábamos magarzas.

37

El Bigotes se llamaba en realidad Laureano. Mandaba en el barrio, en el pueblo y en la ciudad y hacía, como si fuera un general, su santa voluntad. Y era el terror del Morisco, por ejemplo, al que le tenía ojeriza. Crispín le fue con cuentos, y un día lo mandó a requisarle la llave. «¿Para qué quieres la llave, demontre?», y lo empujó cuesta abajo, hasta que llegó al sueño como una piedra. «Dile a ese cabrón que venga, que tengo aquí un buchón pa que se lo folle». No sé si Crispín fue después con el recado, desde entonces el Morisco no recibió visitas. Dormía con la puerta atrancada con muebles viejos, hasta un ataúd le sirvió para hacer fuerza. Nunca vi el ataúd, nunca vi su casa; él tan solo nos dejaba ver las celdas cagadas de palomas.

Don Domingo Mariz parecía un marino. Llevaba abrigos cuando hacía sol, siempre iba vestido como para irse de viaje. Las mujeres se asomaban a medias en las puertas de las casas al verlo pasar. Cargaba con unas carpetas finitas en las que llevaba poemas. Eran carpetas azules, de elástico, que abría al entrar en clase haciendo un ruido que le gustaba, porque lo repetía como los niños. Detrás de donde se sentaba había un crucifijo que imitaba el plomo, y un mapa de España, todo entero, de colores desvaídos, que parecían muy usados al lado de aquella fotografía en la que a Franco le caía una borla ridícula sobre la frente. Llamaba la atención la barbilla, hacia delante, como si quisiera llegar antes con el mentón que con los ojos. En esa foto justamente tenía la lengua adelantada, como si hubiera sido pillado en medio de un discurso en el que estuviera diciendo *patria* exactamente por la letra te.

Cuando el maestro llegaba, nosotros permanecíamos de pie a ver si teníamos que cantar un himno o cualquier cosa, pero él nos aposentaba con la mano, como diciendo «tranquilos». No había himnos, nunca nos habló de la palabra *patria* ni nos explicó qué quería decir la canción *Cara al sol*, ni tampoco hubo jamás, en los dictados, algo que insinuara que él quería hacernos saber cualquier otra cosa aparte de enseñarnos las montañas o los ríos.

Yo estaba como a la mitad de la clase, al lado de Crispín, cerca de uno de los numerosos hermanos de Rafa, y podía ver desde allí a cada

uno de los que luego veríamos cómo Crispín nos enseñaba los pelos del pubis y a destripar las lagartijas al borde del veneno verde del estanque.

Hasta que vino el Bigotes a ocupar el sitio de don Domingo, su abrigo de frío, su semblante arrugado y moreno, las manos llenas de pelos negros, su carraspera, la mirada atenta a los intrusos, desconfiado. Ya no habría más poemas.

Un día de aquellos en los que no exhibía otro temor que el que le tenía al frío, don Domingo leyó un poema en el que se decía cómo recibir el fracaso y la dicha, o la victoria y la derrota, y tratarlos como impostores para que ni una ni otra cosa te exalten sin motivo. Le pedí que me lo dejara, para copiarlo. «Llévalo a casa y mañana me lo traes». Añadió: «No lo subrayes».

Me lo llevé dentro de la libreta de los copiados y con el lápiz de señalar en el mapa empecé a escribirlo, con mano fuerte, en la mampostería de la puerta. Eran como versos clandestinos, o de amor, una palabra que ya empezaba a latir con esa sensación que tiene la vida prohibida en la lengua de los chicos.

Aquel hombre desapareció, pues, pero días antes pasó por casa, lo vi entrar, con el misterio del que huye. Luego le pregunté a mi madre por lo que pasaba y ella me dijo, la cara aún pálida, misteriosa como el gesto: «Nada de lo que a ti te pueda interesar», y se dio la vuelta como si tuviera prisa por cerrar la puerta. Tenía las manos sudorosas, así que no hizo como siempre, y me dejó despeinado como estaba.

38

En el camión había seis muchachos, y ahí no estaba el maestro ni mirando. La calumnia luego juntó a una caterva. El Bigotes soltaba nombres como incendios que llegaban retumbando a las aceras feraces del barrio, todo el mundo asomándose por los ventanillos, el regocijo de contar poniendo la boca de lado, ese cuchicheo propio de la maldad, los ojos hacia abajo, los dedos señalando: «Yo lo vi», decían, «llevaba la bragueta abierta, las bembas como si todavía lamieran, ¿y los otros qué hacían?, la mirada perdida, los pobres, las manos atrás, desmadejados». Y aquí venía la sonora carcajada, hasta que otro contaba una nueva historia, y así continuaba la cadena que a esa hora parecía una soga exacta sobre los cuellos de los damnificados.

De pronto se incorporó a la retahíla el nombre del maestro y ya no hubo manera de detener esa mierda de la que se hacía eco hasta el barranco. Nadie sabía dónde estaba don Domingo, pero él era la fuente de la mayor carcajada, qué ejemplo para los muchachos, las risas entonces eran de color azul mahón, como las camisas.

Uno de aquellos lesionados por la maledicencia se fue al monte cuando ya no pudo más y se pegó un tiro. Se dijo que nadie tuvo la culpa, pero culpa era lo que había detrás del bisbiseo. Los que fueron al entierro se miraban de reojo, ninguno de ellos estuvo ausente de la masacre de palabras, y allí estaba también, con su camisa blanca del domingo a las doce, el mismo Bigotes, vestido de limpio, las manos dibujando obsesivamente el filo de su cinturón, derramando por fuera la lágrima que no le habían pedido.

Otro de aquellos muchachos se quitó la vida mucho más tarde, cuando ya yo no estaba allí, ni casi nadie se acordaba de aquella humillación continua, pero él no pudo más. Era de los compañeros de la playa, donde, como él decía, éramos libres o felices. Se llamaba Francis, se reía tanto todo el día que parecía que así quemaba cualquier apetito de borrarlo del mapa. Lloré por él, por todos, pero por el mal sigo llorando porque no era solo un nombre propio.

Aumentaron las habladurías. A nadie se le ocurrió preguntar por qué nombraban al maestro cuando de él no se sabía nada, ni se supo si lo habían llevado al cuartelillo o si eran ciertas las conjeturas que

circulaban como pimienta. El Bigotes seguía lanzando rumores, su lengua un venablo, un establo de estiércol, un incendio; se paseaba arriba y abajo buscando cómplices, oídos, se paraba junto a los ventanillos, iba con los cuentos al pueblo, dejaba atrás el mal olor que tiene el odio.

Hubo un momento en que parecía que dentro de ese camión había viajado el pueblo entero, fulano y fulano y fulano, y el maestro también, el recuento era infinito y explosivo. No pasaba nada sin que alguien hiciera, cada día, una crónica de lo que no había visto, para asesinar así, de palabra y obra, a unos y a otros, y sobre todo para matar de maledicencia a los enemigos marcados de rojo.

Cualquiera que cupiera en aquel vehículo valía para alimentar la maldad y la risotada. Sobre esas palabras sobrevolaba la mariposa de la palabra maricón, un apósito del que no se libraba nadie que no fuera afecto al *Cara al sol* en la plaza, todo el mundo mirando al cielo mientras pasaba la Virgen y se escucha el disco grabado con aquella canción que parecía arena en la garganta. Si no cantabas, decía la gente, te podías caer por el barranco, resbalar sobre tu sangre, irte al carajo. Nunca canté, era muy chico. En medio de aquel ejército de barítonos siempre estaba el Bigotes, su mano quitándose moscas del verano los 18 de julio.

39

Al maestro le cayó ese lastre, aunque jamás hubiera pisado aquel camión, que pasó a ser, para los que estuvieron de veras allí o los que fueron señalados, la puerta abierta a la desgracia administrada como ricino en los despachos policiales, con uniformados que llevaban sobre los hombros aquellas chaquetas que parecían el mismo invierno.

Esa lista resultaba interminable, y después de los sucesos que aún habrían de ocurrir hubo quienes, por agradar a la autoridad, fueron añadiendo sospechosos nuevos, de modo que el pueblo terminó cercado de nombres propios que alguna vez habían estado a bordo del 5802 buscando placer y, finalmente, hallando camastro en la carcelilla que había más acá del muelle, junto al desfiladero de piedra que daba al mar.

El maestro no estaba en aquella expedición, eso se sabía, pero la policía había recibido una denuncia en la que aparecía su nombre, junto a los de un grupo de jóvenes del pueblo que se masturbaban mutuamente en la parte de atrás de un camión que corría a la pata coja. Hasta allí llegaban viajeros desnudos, despojados de sus camisas de nailon y de su ropa de dril, de sus zapatos de señoritos sin calcetines. Ahí el Bigotes había colocado, como si manipulara una fotografía, el traje y la corbata y el modo de ir de don Domingo, que ya dormía en otra parte, o quizá había logrado reunirse con aquellos con los que compartía algún acuerdo o esperanza.

Circuló la denuncia contra él, su fotografía estaba en manos de los guardias civiles y en las carreteras vigilaban a quien tuviera ese aire de ir vestido como un maestro de escuela, los ojos pardos, la nariz trompuda y ese andar pisando huevos que lo distinguía. Apuntaron también que a veces iba con abrigo, pero con qué abrigo si era julio, un tiempo en que hasta en las medianías hacía un calor intransitable.

Nadie lo vio, cómo lo iban a ver, si estaba encerrado en la casa que le franquearon en lo alto de la ciudad, mirando al mar de lejos, sobre el aire a veces irrespirable de una refinería. Tenía una *chaise longue*, algunos libros que se llevó con él, y había, frente a su mirada, un ventanillo por el que entraba una luz lechosa que daba al mar, una balsa más allá de la orilla.

Crispín y yo sí lo fuimos a ver. Él nos pasó recado de que hiciéramos ese viaje y allí nos presentamos, porque quería regalarnos algunos libros que había salvado de la quema, pues su casa, cuando no lo encontraron, fue objeto de saqueo, de destrucción y de incendio. Desde la nuestra, cuando mi padre había regresado de una excursión que lo llevó por pueblos y pueblos hasta llegar a donde tuviera acordado, percibimos los distintos ruidos de aquella destrucción que convirtió la casa del maestro en un cementerio de fuego.

Sentimos primero el olor de paja quemada que desprende el fuego en tiempos de mucho calor, y después se fueron escuchando los ecos de chispa que venían de cada cosa quemada, las mantas, las tablas de madera, la sartén… Debieron de explotar, incandescentes, todos los cacharros, pues mi madre fue enumerando una a una cada cosa que iba escuchando que se rompía en medio de aquella cumbre de fuego, hasta que todo fue ceniza como la penumbra.

A mi madre (y a mi padre también) los alivió que en medio de tanta herrumbre quemada no quedara rastro de lo que hubiera sido una tormenta que hubiera alcanzado también su casa, en caso de haberse quedado atrás cualquiera de aquellos libros que ellos habían estado recogiendo y que iban cargados de dinamita. Mi madre juró que todo eso, y también lo que se había guardado en la escuela, había sido puesto a buen recaudo, así que no tenía temor de ser señalada, pero ella sabía que en algún momento podría caer sobre ella, y sobre mi padre también, la sospecha y luego la cárcel y después quién sabe, y yo formaba parte de esta última parte de las preocupaciones que no enumeraba.

Ahora que lo recuerdo tiemblan mis piernas como si hiciera frío y yo estuviera en lo alto de una montaña, cayéndome, helado. A mi lado pasa el hombre que barre y barre la basura que ya no hay, y yo lo miro para distraerme de otras cosas que ya son pasado pero siguen insistiendo por ser vivas.

40

Recuerdo los prolegómenos de las llamas, el trajín antes de la tormenta de fuego, cómo fui espectador de toda aquella aventura que es la que, en cierto sentido, me tiene ahora aquí, como si viniera a reconstruir lo que ya es nada y además hecha pedazos, como tantas cosas.

Busqué acomodo en mi casa ante tanto desaire, mi padre no había llegado y mi madre estaba tan atareada que no me vio entrar ni apagar las luces para echarme sobre el primer camastro que encontré. Ella hacía recuento, iba y venía del sótano, traía en sus manos sucios paquetes de cierto grosor, como libros usados, y los iba poniendo a la altura de la puerta de la calle, hasta que pasaron algunos minutos y, con una sincronía impropia de él y de la casa, apareció mi padre con un fotingo, que aparcó tan cerca de la puerta que sentí que entre la carrocería y la entrada no había más de un centímetro.

Observé desde el ventanillo toda la operación. Bajo la luz cenicienta de la calle los dos se afanaron en llenar de paquetes la carrocería, luego ella se acercó a donde estaba la casa vacía del maestro y empezó a transportar parecido cargamento. Fue un momento de alivio también para mí cuando escuché que los dos decían «¡ya!». Entonces se escuchó cómo mi padre levantaba el freno de aire y daba marcha atrás, hasta que yo mismo dejé de oír el sonido de las viejas llantas.

Mi madre siguió en la puerta, como siempre su boca en el delantal, esperando que aquel hombre se alejara de allí con todo su cargamento de libros falsos.

Yo conocía esas envolturas, no habían podido engañarme, pero no iba a poner a nadie, y menos a mis padres, en ningún apuro, así que no era preciso que mi madre viniera a decirme, las luces apagadas: «De esto ni media palabra».

Ahora siento todavía el miedo de mi madre como una valentía. Recuerdo que pensaba en el maestro, aquella noche aún no sabía de su paradero, y me acordaba de aquellos paquetes que tenía en el cuarto secreto de la escuela donde no entraba nadie excepto Crispín, y de pronto tuve claro que o eran los mismos o eran iguales a los que mis padres guardaban en el sótano de los ratones, y pensé también que eran exactos a los que mi madre había traído de la casa del maestro y que fueron cayendo uno a uno sobre la potente carrocería cubierta del

fotingo, que luego mi padre conservó hasta su muerte como si se tratara de un héroe de guerra.

No tardaron mucho tiempo en escucharse las sirenas venir calle arriba para apagar el camastro y los enseres y los libros y la ropa y cualquier cosa que un fuego vertical y anónimo había hallado a su paso por la casa vacía del maestro. Mi madre me preguntó si había escuchado alguna explosión. Le dije que no había escuchado absolutamente nada y ella respiró aliviada, y más o menos se quedó con la satisfacción de que el trabajo se hubiera hecho hasta el fin, sin mayor suceso. Luego me santiguó y me dijo: «Quítate las lonas y descansa, que ya has tenido bastante trajín con estos traslados».

41

He venido aquí como quien va de camino en busca del sosiego que dicen que da el regreso, o el final del camino, pero de pronto he sentido el viento de entonces, la incertidumbre; todo parece regresar y ser lo que fue en otro tiempo, igual de peligroso. No se oye ni una mosca, ni tabobos hay, dónde se habrán metido las palmeras, los pájaros lustrosos, el bar de los billares, el sonido del futbolín, las casas terreras, la vieja que vendía aceite meando ante nosotros con descaro, los recién casados con su televisión ya vieja. La casa de Alessandra está vacía, allá en lo alto no hay ni sombra de la escuela, el barranco está limpio de chatarra. Se oyen voces, pero no son de ahora, ya no está la fogueterías, se quemó entonces, detrás hay tanto recuerdo de fuego, de mesas y de barriles, la memoria de Mario sacándose no sé qué de la comisura de los labios, las fotografías en blanco y negro que mi padre fue tirando, una a una, a un bidón vacío para que la policía no buscara más rastro, ya los tenía todos y no eran tantos.

El estanque sigue aún ahí, el agua verde, pero dónde andarán las lagartijas. Los muchachos que van y vienen con sus motocicletas aceleran hasta hundir el pie fuerte y hacer crujir las llantas. La chica que hace un rato me trajo dulces pasa ahora peinándose el cabello y yo tengo la sensación de que todo lo que veo y oigo es falso, no ocurre, no ocurrió, y salta a primer plano lo que pasaba entonces, el cuchicheo, el hombre aquel, tan bigotudo, que pasaba repartiendo malos presagios, el señor del lápiz que vendía la muerte. Yo lo rememoro pero ya no soy sino el de entonces, de modo que aquí está, como si hubiera nacido ahora mismo, la voz del Lanudo, que sigue hablándome, una niebla blanca le da paso, yo me adormezco.

Ahora veo esa vereda y siento que fue ayer y que hacía frío, pero aquí estoy, soy yo, y soy ya muy mayor y estoy quieto, con las manos en la espalda, aguantando a pie firme el solajero. Ya pasó el mediodía y aquí el sol pegó justo a esta hora en que soy capaz de hacer de nuevo sobre el suelo lo que hace la sombra, un espejo de tierra me devuelve el tiempo y yo sonrío. Sudo como nunca lo hice antes. Algo por dentro me remueve. Cuando no sé qué me espera me pasan estas cosas y siento que no soy yo ni nadie sino una sombra arrimada a un muro que en realidad no es sino el aire o el vacío. Una piedra lanzada hace siglos que me llega a destiempo y descompone mi cuerpo en

pedacitos.

La ansiedad tuvo sus razones y se explica mejor sin las palabras.

Recuerdo ahora aquí al Lanudo, de los últimos que vi en este sitio, a mi lado como una sombra común, como el Muro mismo, un aliado. Iba para escritor, eso decía. Tenía asma, que se le agravaba por la humedad del barranco, donde en invierno las torrenteras, con sus chatarras, parecían empujones de un gigante. Era mayor que nosotros, pero había perdido mucho tiempo, así que a veces iba a clase, a veces no iba, y yo le prestaba los apuntes. Él me guiaba en otras cosas, era tan mayor y a la vez tan muchacho. Se había desarrollado antes que nosotros y se reía de nuestras reuniones sexuales secretas en las huertas. En ocasiones lo veía merodear por allí, en su bicicleta negra, a la que le había puesto una luz enorme, como si fuera ciego. No quería jugar con nosotros, él ya no estaba para juegos. Siempre llevaba un libro en las manos. Iba serio, circunspecto, como un cura sin seminario.

Decía nombres. Decía Miguel de Unamuno, decía Sylvia Plath, decía Blasco Ibáñez, decía Virginia Woolf o decía Alberto Moravia. A nosotros esa retahíla nos parecía una lista y ya está. Un día trajo *La náusea*, de Jean-Paul Sartre, y nos la comenzó a leer en la huerta, el público semidesnudo y el orador de pie, como un sacerdote. Cada uno hacía con su cuerpo lo que le viniera en gana, y él se exponía, leyendo, con su ropa de señorito, la camisa blanca y el pulóver sobre los hombros. La huerta olía a que todo estaba recién hecho, las atarjeas sonando, esa monotonía feliz del agua que se bebe a sí misma mientras surca los meandros por los que la hace deambular el que preparó los recovecos.

Mientras cada uno se procuraba sus respectivas alegrías, aquel muchacho al que el pelo le seguía llegando más abajo de los hombros parecía una figura espiritual, tratándonos de llevar al bien que es la lectura. Explicaba dónde nos iba a conducir aquella vida que dilapidaba el fruto que echábamos a las atarjeas, extasiados con el descubrimiento del cuerpo. Se iba con el libro amarrado al pantalón vaquero y al pasar a mi lado me decía al oído cualquier frase que yo recordaba como un mandamiento. «El infierno son los otros, chaval». Yo lo apuntaba después, como si fuera un verso.

En esa ocasión, después de que se acabara su retahíla, se quedó mirando alrededor, blandió el libro como una amenaza y exclamó, como un predicador loco: «¡Náuseas me dais!». Cuando ya bajó la mano con el libro e iba a retirarse con sus ínfulas, de las que la mayor parte de nosotros se reía, Crispín sacó de algún sitio una navaja que le cabía en la mano y la hizo llegar, desnuda, hasta la cara del rapsoda. A este enseguida le supuró la sangre y se le llenó la cara de ese rojo; los demás nos callamos como si hubiéramos asistido a un asesinato.

Crispín me miró, me gritó «¡no seas cagón!», y se acercó a ver qué le pasaba al Lanudo, contra quien había atentado esta vez. «¡Bah, no es nada, pedazo de maricones!», y él mismo, vestido a medias, lo cargó y lo llevó al estanque, «¡para lavarte la cara, pollaboba!». Entonces se irguió el herido, como impulsado por un resorte, y exclamó: «¡Ahí no, que está el veneno de los estanques!».

La otra vez que lo vi ya no tenía ni cicatriz ni nada, estaba leyendo en la parte de acá de la huerta, con los pies descalzos, y me dijo como único saludo: «Tú también me das náuseas, aunque te soporto». Le alcancé unas hierbas, para olerlas, y él siguió leyendo. Me senté junto a él, que me miró los zapatos, tan viejos, «esos te los regalé yo, ¿no fueron esos?», dijo, y con los suyos me echó tierra para que yo rabiara. En la mano tenía una venda, como si viniera de una pelea, y yo le acaricié el pelo para que me sintiera cerca. No supe si en ese momento estaba en la plaza de los columpios o soñando.

Aquel muchacho, el Lanudo, hablaba poco o nunca, pasaba por el barrio, se detenía apenas en el Muro antes de seguir su camino. Solía buscar con la mirada a la Pelirroja y si la encontraba se estaba algo más. Un día pasó por allí cuando yo estaba con Crispín, cuchicheando. Al vernos así se acercó a mi oído. Escupió antes de decirme: «Tú ten cuidado». Igual que lo que le habían dicho a él los delatores del barrio; tan simétrico resultaba todo aquello que me daba miedo, una mala sombra que regresa cuando ya la niebla es también todo tu cuerpo. Aun así no le hice mucho caso; podía ocurrir, tan solo, que ese fuera un modo de saludo corriente en aquella vida, cuando vas sabiendo de todo y en todo lo que sabes hay un cierto peligro, el que transcurre por la sangre caliente de la adolescencia, la maldad que se transmite con el aire pesado del mediodía, ese trozo de tierra que huele a recuerdos podridos y a venganza, como desechos de higos de pico en la acera llena de basura. Tiempo después, en una circunstancia que ahora recuerdo como si la oliera, el maestro me dijo, quitándose de la cara un exceso de helechos:

—Aquellos eran los dados de un conjuro. Vendrá otro tiempo, que yo no veré.

Me quedé mirándolo, tenía la palidez de los viejos. Él alzó la mano diestra, su puño al aire, y luego rio, frotándose las manos. «Tú no estabas en eso. Lo inventó Crispín para entretenerte. Ni le dije que te pegara ni armé tanta historia para insinuar que ustedes no eran ni cómplices ni nada, amigos simplemente, y esa riña por fortuna no les rompió sino la cara».

Me mintió el hombre, quién sabe si para tranquilizarme, porque en el barrio el rumor era una carta en el aire, llena de detalles. Se decía que le gustaban los hombres, y sobre eso se montó una escalinata de mentiras viscosa, igual que la cucaña de las fiestas. Todo estaba ya

olvidado entre nosotros, pero la mentira siguió haciendo un trabajo turbio, cuyo sentido final era que al maestro lo hundiera el miedo y se entregara sumiso a la policía para dejar en manos del Bigotes, como miseria, su porvenir y su pasado.

Logró tan solo aquel fachento que don Domingo se fuera del barrio y del pueblo, y ahí estaba, en la ciudad, escondido como un lagarto de verano, subiendo y bajando sus pies desnudos de la *chaise longue* que se encontró para leer ante la ventana que daba al mar, como la de un navío. Solo mis padres y él mismo sabían que se marchaba con un plan diseñado como por un geógrafo; sabían también cuánto se iba a quemar tras su marcha y cómo iba a reaccionar, como un caballo, aquel Bigotes de los cojones.

Por el camino de hierbas de aquellos pueblos mi padre había dejado el cargamento en una vieja casucha que había sido casa de vinos, la llave guardada en la tercera columna del Puente de Hierro. Una señal, una cruz, iría indicando, paso a paso, cómo llegar a ese tesoro que en realidad iba a explotar como las guerras.

Era material disponible para la lucha, decían, pero esas cosas las escuché sin que en casa supieran que ya entonces yo oía hasta los suspiros. El maestro había venido con direcciones y contactos, tenía bien guardado su manual del clandestino y aunque en la escuela nunca diera parte de sus conocimientos, enseguida que aquello empezó a parecer una guerra él se sintió militar, como antiguamente. No daba órdenes pero tenía soldados y mis padres lo seguían, de modo que parecía mentira que alguna vez hubieran sido anarquistas.

Ahora me emociona recordarlo. La verdad es que jamás pensé que los dos y el maestro fueran como héroes de una batalla que poco a poco sentí que alcanzaba sentido como un coro. Y tuve miedo, cómo no, tuve mucho; por ellos, por Crispín, por el maestro, me dolían los pies de tanto frío y temor hasta que algo me envalentonó, no supe qué, pero aprendí a ser mejor que lo que había sido, o al menos no fui tan débil o tan cobarde.

Por eso algunas veces he pensado que aquella tunda de palos que me dio mi amigo había sido precipitada contra mí para que me diera cuenta de que la vida iba en serio. Ahora que reflexiono sobre ellos aquí, en la punta de este Muro que fue el primer paso de los que me quedaban, me río solo porque, como decía mi madre, tampoco es para tanto.

No se sabe nunca de dónde vienen estas casualidades, pero de pronto he visto algo que es imposible que ocurra en este momento preciso y es que se está quemando otra vez la foguetería, aunque ya no exista, y Mario me avisa con la mano, agita sus dedos quemados, y

los dos reímos porque todo es mentira.

42

Quién sabe para qué estábamos allí. Don Domingo sabía ser irónico o enigmático. Alrededor estaba el reloj de flores del parque, y el maestro había reaparecido para llevarme con él en este viaje otra vez, tiempo después del incidente. Me buscó como quien quiere algo secreto, y a mí entonces me empezaban a gustar esas oscuridades que hay dentro del misterio. Cuando al fin me encontró, no era tiempo todavía de que me explicara para qué quería que le acompañase; no me lo dijo, hasta que lo supe.

Él estuvo escondido en aquella casa alta por encima de la refinería y cuando se fueron calmando las habladurías y ya nos habíamos visto con él Crispín y yo para que nos diera algunos libros —uno de Lorca, por cierto, que ahora traje conmigo—, don Domingo se acercó al pueblo y anduvo por ahí, no por la plaza, ni por el muelle de arrojar prisioneros durante la guerra y más adelante, tampoco estuvo en la calle donde abofeteaban a los transeúntes, ni buscó especialmente a nadie. Solo deambulaba, lo vimos así, las manos en los bolsillos, la chaqueta desvaída, miraba alrededor para que no lo vieran; era un fugitivo caminando y no parecía asustado sino digno, un hombre llegado de fuera tras cumplir una promesa.

En estos tiempos habíamos vuelto a encontrarnos, a veces por el pueblo, o en el pueblo de arriba, donde vivió también solo y disimulando. Mantenía secretos que nos fue diciendo, como ese que nos llevaba a los dos a la ciudad donde, me dijo al llegar, alguien le había pedido el favor de conocerme. De vez en cuando volvía incluso al barrio, por la noche lo recibían mis padres y algunos vecinos viejos que le habían mantenido fidelidad en las horas de mayor peligro, cuando la maledicencia lo puso en la boca de todos. Se había salvado esquivando al Bigotes y sus habladurías, yéndose de la casa que luego fue incendiada para encerrarse en una choza vieja, entre toneles de vino, donde había una tronja como la nuestra, hasta que alguien lo llevó a la ciudad y allí permaneció una temporada, oliendo petróleo, leyendo en su *chaise longue*, atrás y adelante, haciendo tiempo, «qué voy a hacer aquí si no».

Allí vivió hasta que empezó a clarear. Leía más que lo que está escrito. Nos contó que le habían dejado una pistola que ahora guardaba entre telarañas y que mantuvo en la casa por si el Bigotes lo

encontraba. Se la había llevado con él y era el único arsenal que conservaba. Al cabo del tiempo se diluyó aquello del camión, o al menos ya él encontró que eso no era asunto de interés, y se atrevió a ir por las librerías. En una de ellas, en la cuesta del pueblo de arriba, fue donde me encontró y se le iluminó la cara.

—De algo tengo que hablarte y es un secreto.

Fue así como se armó aquel viaje, que él hizo con una gorra de visera. Crispín iba vestido como de domingo y yo iba como Dios me dio a entender. Así llegamos, caminando por el parque de las flores, donde le esperaba un hombre con espejuelos al que él insistió, una y otra vez, en denominar «mi jefe».

El hombre me miró como si no me viera, sus espejuelos de varios fondos. A Crispín lo ignoró, porque Crispín lo ignoraba asimismo a él, mirándose las uñas, ausente. Aquel hombre le dijo al maestro, para que nosotros lo oyéramos:

—¿Te fías de ellos?

Y don Domingo le respondió, las manos haciendo visera:

—Como si fueran mis hijos.

—Los hijos traicionan, son los primeros en hacerlo —respondió el hombre, chasqueando la lengua como un gánster.

En el camino, por donde los urinarios, acababa de ver de soslayo a aquel al que mi madre llamaba el Sarasa, pero no le di más importancia que la que se merecen las sombras y las coincidencias. «No te fíes», fue lo que me susurró Crispín, lo único que dijo.

Aquel hombre con tanto espejuelo ni me dirigió la palabra. Hasta que pasó el tiempo y él mismo vino a pedirme que le explicara el asunto aquel de los libros falsos. «Mejor le dice el maestro». Llamábamos libros falsos al material que se fue recopilando en los sótanos, en la escuela y finalmente en un lugar secreto, bajo un puente. Yo no era quien lo tenía que explicar, de eso sabía mejor el maestro, así que lo miré de lado y me entretuve, sin pasión, en otear los alrededores. En una de esas mesas estaba sentado de nuevo el Sarasa, junto a un hombre que se acercaba a su perfil como si lo estuviera interrogando. El Sarasa reía y miraba a todas partes, buscando afanosamente que lo miraran otros. Cuando se cruzó conmigo y con Crispín bajó la vista hacia el café con leche.

El hombre de los espejuelos escuchó al maestro y el silencio cayó sobre todos cuando él se dispuso a decir lo que llamó «su propuesta». Le proponía al maestro «hacer algo» con ese cargamento que ahora dormía su peligro en un sitio muy bien señalado, y oculto, del trayecto, y si se le quería dar utilidad lo mejor era hacerlo explotar «donde más duela».

El maestro se sobresaltó y exclamó a su vez, interrogándose: «¿Donde más duela?». «No te asustes, camarada». Se refería a un lugar

concreto por donde no transitaba nadie, pero que no era querido por nadie y que era un monumento a lo peor que nos ha pasado, aquel bribón, como decían todo el tiempo en que se referían al enemigo mayor, «aquel malandro».

Al maestro le vino a la cara un aspecto rojizo, como de susto, y me miró, como si yo tuviera que dar la aprobación. Se trataba de tomar una decisión que ahora mismo, mientras escucho esos ruidos de piedras que hace el azar en los barrancos, se me viene a lo más hondo del estómago y hace esa señal del miedo que siempre amanecía conmigo en días graves o de susto. Ahora, como entonces, me tiemblan las piernas y las manos y todo el cuerpo porque por una vez parecía que en mi cabeza se iba armando un rompecabezas que no era aún apto para adolescentes. Pero yo estaba allí y tenía que hacer algo con esa autoridad sobrevenida, debía decir qué me parecía que fueran a volar por los aires un trozo enorme de piedra duradera, un incendio mayor sin duda, «un símbolo de la cabronada», subrayó el camarada, como también había dicho el maestro. Pero para hacer eso que ellos al fin llamaron atentado había que tener agallas y decisión y compañía, no lo podían llevar a cabo un maestro y dos chiquillos y ese camarada que nos miraba callar como si fuéramos pescados muertos.

Estoy mirando al horizonte y lo veo todo borroso, está borroso hasta el recuerdo.

43

Entre el rebumbio aquel de guardias civiles vi pagar la cuenta de lo que había consumido el Sarasa, y más allá de las mesas de metal barato vi, de pie, la mirada del Bigotes, que se había detenido en mí con saña, como si me quisiera romper allí mismo la edad y el porvenir y el pasado. Pero sobre todo advertí que se llevaban a don Domingo dos de aquellos policías sin uniforme, uno de los cuales lo apuntaba con un revólver chico en el parietal mismo. El maestro miraba al suelo, disimulando quizá su estupor, y junto a él estaba, desmayado, el camarada que había ido a poner en marcha el sueño de romper en plena ciudad un monumento que no hubiera resistido ni una de aquellas cargas que mis padres habían ido guardando como si fueran libros. A Crispín y a mí nos cogieron, a la vez, dos policías del mismo calibre, también vestidos como cualquiera; no nos dijeron nada, solo nos doblaron la mano para que supiéramos dónde estaba la fuerza, y Crispín comenzó a llorar.

En el Gobierno Civil, que estaba como a tiro de piedra, nos metieron por un boquete oscuro que daba a una sala en la que había un hombre con los ojos vendados, o al menos disimulados tras unas gafas que parecían de ciego. Nos hizo bromas sobre nuestro aspecto de mariquitas y empezó a acariciarnos con una pistola de juguete antes de pasar a las armas verdaderas. Luego dijo «no se asusten», y se hizo el silencio, en medio del cual empezamos a escuchar sonidos horrendos de personas que sin duda estaban siendo torturadas. A Crispín se le ocurrió preguntar por eso, y sentí entonces que ni el propio Crispín hubiera soñado jamás con golpes tan arteros. Él lloró, le dijeron que «como una niña», y a mí me amenazó el hombre con un golpe igual y así siguieron parte de la noche y de la madrugada.

En un momento determinado quisimos preguntar por el maestro y por el camarada, pero nos ordenaron silencio, de modo que callamos hasta el amanecer.

El despacho del comisario tenía uno de aquellos retratos, como el de la escuela, e incluso había un mapa igual. Nos dijo que nos quedáramos en pie, que nos tenía ya destinos asignados, pero antes nos soltó un sermón sobre la patria que yo escuché a medias, preocupado por lo que esperarían mis padres que pasara, y por lo que sentiría la muy olvidada madre de Crispín; dónde estaría esa mujer, la

imaginé en aquellas playas, desmadejada, habiendo consumido ya la grifa o lo que fuera, pero el comisario me alertó contra el despiste y me pegó con una fusta que parecía de caballos.

Había alguien que nos recogería y que nos llevaría a los adecuados reformatorios. Esa persona tardó en llegar, y vino precedida de un olor propio de curas. Era en efecto aquel canónigo que mi madre había tenido como predilecto. Se dirigió a mí, y me dijo al oído:

—Ella ya lo sabe todo. Al maestro y a su amigo les espera un buen tiempo encerrados, a tus padres los han llevado al cuartelillo, aún no hay cargos, pero ya se precipitan. Tardarás en verlos. Ustedes se van a Zaragoza, los reformatorios de allí son mejores que aquí, y yo estaré cerca.

Recuerdo muy bien ese momento, el viaje en avión, separados Crispín y yo por otros asientos. Durante todo el trayecto ni nos levantamos a mear. Yo tuve la imprudencia de copiar con bolígrafo, sobre la mesita plegable que hay en los aviones, la dedicatoria que me había puesto el maestro en el libro de Lorca y que me sabía de memoria, y que quisiera decir ahora, pues aquí es de donde soy y de aquí tratan estas palabras que nunca olvidaré y que no eran del maestro, pero ahora sí que son mías. Todo se desvanece mientras las digo: «En este mundo de pobreza y de luz en el que he vivido y cuyo recuerdo todavía me preserva de los peligros que me amenazan, la satisfacción y el resentimiento…».

Ahora, con ese bagaje, emplazado por esas palabras, emprendo al fin lo que queda del viaje, estos mil doscientos pasos, ojalá llegue, ojalá. Ojalá.

Madrid, 2020-El Médano, agosto de 2021

Agradecimientos

Me han ayudado a entender qué escribí personas como Carolina Reoyo y Ulises Ramos Medina. Julio Llamazares no sabe hasta qué punto su estímulo disimuló mis carencias. Lo agradezco de corazón, es decir, desde lo que mi corazón tiene aún de la perplejidad propia de los muchachos.

Edición en formato digital: mayo de 2022

© 2022, Juan Cruz Ruiz
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de portada: © Archivo ABC / Virgilio Muro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-6165-6

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
Twitter: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Una novela sobre la infancia y el descubrimiento de la maldad. Una época oscura de la historia de España. La incursión definitiva en la ficción del «escritor de la memoria».

Un hombre regresa, después de mucho tiempo, a su lugar de origen y, apostado en un punto desde el que puede ver todos aquellos sitios que fueron importantes para él —su hogar, la vieja escuela, donde jugaba con sus amigos, donde descubrió el dolor, donde experimentó por primera vez la violencia, el miedo—, recuerda su infancia y ese momento de frontera que es el paso a la adolescencia. *Mil doscientos pasos*, exactamente los que separan a este hombre de la casa familiar, es una novela de iniciación, de amistad, de descubrimiento de la vida, de secretos no confesados por el temor a las consecuencias. Y también es el relato de un momento crítico de nuestra historia: el de los años duros, oscuros y atemorizantes de la posguerra en una pequeña ciudad española.

Juan Cruz Ruiz (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1948) es licenciado en periodismo por la Universidad de La Laguna. Ha desarrollado una extensa labor como periodista en el diario *El País*, en el que trabaja desde su fundación en 1976. De 1992 a 1998 dirigió la editorial Alfaguara. Su dilatada trayectoria literaria se manifiesta en obras como *Crónica de la nada hecha pedazos*, *Cuchillo de arena*, *Retrato de humo*, *El sueño de Oslo*, *La foto de los suecos*, *Serena*, *Edad de la memoria*, *El territorio de la memoria*, *La playa del horizonte*, *Retrato de un hombre desnudo*, *Ojalá octubre*, *Muchas veces me pediste que te contara esos años* y *El niño descalzo*. Su labor como editor y como periodista ha quedado plasmada en *Egos revueltos* (XXII Premio Comillas), *Especies en extinción*, *Jaime Salinas. El oficio de editor*, *Beatriz de Moura. Por el gusto de leer*, *Toda la vida preguntando*, *Una memoria de «El País»*, *¿Periodismo? Vale la pena vivir para este oficio* y *Literatura que cuenta*. En el año 2000 fue Premio Canarias de Literatura. También ha obtenido los premios Benito Pérez Armas, Azorín de Novela y el Nacional de Periodismo Cultural. Fue maestro de escuela y ahora su nombre es el de un colegio público en su barrio de La Vera, Tenerife.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Mil doscientos pasos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Agradecimientos

Créditos
Sobre este libro
Sobre Juan Cruz Ruiz